



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# Estampas del siglo XIII en la crónica de Fra Salimbene de Parma

Autor:

Ángel castellán

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1954 - 6, pag. 55 - 119



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# ESTAMPAS DEL SIGLO XIII EN LA CRÓNICA DE FRA SALIMBENE DE PARMA

POR

**Angel Castellán**

EL SIGLO XIII

I

A riesgo de invertir los términos, creemos de interés hacer preceder este nuestro estudio sobre algunos aspectos de la Crónica de Fra Salimbene de Parma, de una teoría del siglo XIII.

Si fue mérito indudable de la historiografía del siglo pasado el haber sentado el principio de que no es posible una historia sin documentos, principio que ya nadie se atrevería discutir, pensamos que la historiografía de este siglo ha dado un paso más al señalar la necesidad de explicar aspectos antes descuidados que subyacen en la trama del documento.

En el siglo de la historia y la filosofía de la cultura ya no es posible permanecer en el mero plano erudito, que si bien es útil para el conocimiento de determinados sectores o parcelas del pasado, no alcanza a variar la problemática fundamental de la gnoseología histórica.

Por esto aún se observa que la investigación erudita se mueve con extrema comodidad dentro de cuadros aceptados, aunque notoriamente envejecidos que llevan a una fácil, pero inexacta caracterización del espíritu de épocas que ya, con cruda evidencia, se manifiestan diversas de como las concebimos. Es posible aceptar, sin mayores inconvenientes, que la ciencia histórica nació bajo el signo de lo político-institucional, con su indispensable aderezo bélico y una pizca de formas económicas.<sup>1</sup>

En nuestro siglo comenzó a insinuarse la idea, concretada en realizaciones historiográficas, que debían atenderse, con preferencia, aquellos aspectos que proceden de la tradición Voltaire-Burckhardt, que incidía en la necesidad de una historia de las ideas, sentimientos y costumbres, con una seria atención dirigida a los motivos psicológicos que preceden a las realizaciones políticas y económicas. No podía ser de otro modo en momentos en que toda la atención intelectual volvía a orientarse definitivamente hacia el tema del hombre, ya que no otra cosa parecen indicar los múltiples trabajos que en Europa y América centran su interés en esa nueva disciplina que se define como antropología filosófica. Por otra parte, cabe preguntarnos, ¿qué es esta historia que pretende prescindir del hombre y que

<sup>1</sup> LUCIANO DE SAMOSATA: "Cómo debe escribirse la Historia": "Y parece fuese verdad aquel dicho, que la guerra es madre de toda cosa si la aparición de un solo vestigio ha generado tantos historiadores". Edic. R.B.B., Le Monnier - Firenze, 1943, pág. 139.



procede con sus productos como si estos alguna vez se hubiesen independizado definitivamente de la entidad espiritual que les dio origen? En realidad, un esquema de cosas muertas que no interesan a nadie, y todos sabemos que quizá no sea ajeno a esto, el fastidio hecho memoria con que los jóvenes transitan por el camino de la ciencia histórica. Pero el hombre está, estuvo siempre, aunque nos hayamos empeñado en ignorarlo; y porque está, en todo tiempo dejó su mensaje, un mensaje hecho de tremenda sustancia humana que fue dejando a su paso huellas indelebles que no podemos desconocer. ¿No habremos insistido demasiado en la pregunta del qué, sin preocuparnos mucho del cómo y del porqué? O en el mejor de los casos, ese cómo y ese porqué, ¿no se habrán diluido en fórmulas fáciles que a fuer de repetidas han terminado por perder todo sentido?

¿Basta ya que algún historiador del siglo XVIII, detrás de su seco y pedante racionalismo haya enunciado esas fórmulas para que éstas sigan vigiendo en la actualidad? ¿O es que mantenemos aún su viejo compromiso progresista y anticlerical? Al enunciar una gnoseología histórica libre de esos hábitos mentales no estamos solos, nos acompañan entre otros, ya que es aún audacia el prescindir de autoridades, a pesar de la *instauratio ab imis* cartesiana, que porque lo que sabemos no tuvo vigencia más que para él, porque en sus seguidores sólo significó el reemplazo de una autoridad científica por otra, Huizinga, Piur, Walser, Zabughin, Burdach y Toffanin.

Podemos también coincidir con Croce en lo que se refiere al juicio de valor<sup>2</sup>, ya que más que juzgar pretendemos comprender, comprender el mensaje humano de cada época y recogerlo en su íntima y rica trama, que no será más que el espíritu de unos hombres, cuya vida en su tiempo, fue, por lo menos, tan compleja como la nuestra.

De esto resulta que lo principal es comprender, comprender el sentido de la historia del momento que nos toca interpretar, y esto no podrá lograrse nunca con la mera permanencia en lo descriptivo. ¿Cuál es el sentido de los acontecimientos con que trabajamos? ¿Dejamos que ellos lo expresen o los condicionamos a nuestro previo esquema mental? Si así no fuera, ¿por qué seguimos aceptando categorías que otros engendraron y que en un momento tuvieron su explicación porque respondían a condiciones mentales que ya no son las nuestras?

Creemos que la causa está en la dirección erudita de los estudios históricos que atendiendo al dato local, olvida con frecuencia el sentido profundo de las épocas.

Aunque éste no es momento de hacer la crítica de la actual clasificación en épocas históricas, que pesa como una lápida en casi todas las caracterizaciones de la historia occidental, pensamos que este estudio sobre uno de los documentos más reveladores del siglo XIII, es excelente motivo para insinuar la rectificación de algunos conceptos.

Objeto de este estudio es el hombre del siglo XIII, el hombre que como Papa, rey, clérigo, burgués o campesino ha de mostrársenos, en la "crónica del siglo", en toda su intimidad humana de ángel y demonio. Oiremos la voz de estos hombres, veremos qué nos dicen y tendremos la humildad de escucharlos, porque la complejidad del mensaje quizá pueda trastornar alguna vieja fórmula.

---

<sup>2</sup> B. CROCE: *Teoria e Storia della Storiografia*, Laterza - Bari, 1927, pág. 78.



II

“Siglo árabe”, dijo Gravina; “siglo sin Roma”, escribió recientemente Toffanin; siglo crítico diremos simplemente nosotros. Esta sola mención basta para expresar conceptos cuya explicitación llevaría largo espacio y que por otra parte, nos conduciría muy lejos del objeto de este trabajo.

Desde el 1216, muerte de Inocencio III, hasta 1296, comienzo del conflicto entre Felipe IV el Hermoso, de Francia, y Bonifacio VIII, transcurren ochenta años decisivos para la historia de Occidente.

Inocencio III, señor universal, logra durante su pontificado llevar el prestigio de la institución a su máximo esplendor. Si bien es cierto que en el plano teórico, Gregorio IX e Inocencio IV fueron más allá en su caracterización del poder pontificio, ninguno de ellos pudo igualar la extensión de sus conquistas reales. Resulta evidente, incluso en los hechos, que en el siglo XIII el prestigio del Papado, como institución rectora y monitora de reyes y naciones, comienza a declinar llevando consigo el crepúsculo del Imperio, que resurgió en Occidente por acción de la Iglesia.

Hasta cierto punto el proceso se revela como estrictamente lógico. Luego del episodio romano en que León III depositó la corona sobre la cabeza de Carlomagno, el supuesto acuerdo entre ambas instituciones dejó mucho que desear. La puja por el primado durante cinco siglos daría frutos adversos<sup>3</sup>, y las otras entidades, minúsculas en un comienzo, irían creciendo a la sombra de esas disensiones hasta alcanzar, en el siglo que nos ocupa, su mayoría de edad, prontas a recoger el producto de la historia.

Desde el conocido dictamen del Papa Zacarías, en la consulta de Pipino, el Papado había comprometido su posición espiritual en la pugna política.

Deseoso de retener y en lo posible acrecentar el patrimonio de San Pedro, no siempre, para no decir frecuentemente, condicionó su acción a los dictados de su alta misión moral. Su censura fue en demasiadas oportunidades, censura política, la excomunión, en otras tantas, fue el vehículo de una ambición meramente material<sup>4</sup>.

Estas actitudes, renovadas en el curso de los siglos preparaban un desprestigio que culminaría en los siglos XV y XVI, cuando el Papa romano hace figura de príncipe local.

El siglo XIII presencia el sucederse en el Solio de grandes figuras políticas que, a su vez, deben enfrentarse con soberanos de nuevo cuño. Ya Barbarroja había demostrado un singular desapego a la presencia monitora de la Iglesia, posiblemente porque esa Iglesia aparecía demasiado comprometida en pleitos seculares extraños a su divina misión<sup>5</sup>.

Que la Iglesia hubiese desempeñado un primerísimo papel en la defensa de Occidente contra la barbarie, nadie podría dudarlo; pero, a medida que

---

<sup>3</sup> PAOLO BREZZI: Roma e L'Impero Medioevale. Licinio Capelli Editore, Bologna, 1947, pág. 37. “*Davanti ai posteri resterà solo un' immagine a ricordo di tutto questo episodio, e sarà quella dell' imperatore inginocchiato davanti al pontifice*”. (En el sector izquierdo del triclinio lateranense se ve a San Pedro entregando el palio a León III y el estandarte a Carlomagno, con lo que se entiende significar que el nuevo Imperio derivaba su autoridad de la Iglesia). Tav. II, pág. 32-33.

<sup>4</sup> GABRIELE PEPE: II Medio Evo Barbarico d'Italia. Einaudi, Torino, 1945, pág. 185. “*Con la risposta di Zaccaria incomincia, quindi, il potere temporale della Chiesa, se temporalità della Chiesa non è il dominio su un pezzo più o meno grande di terra con la facoltà di farvi eseguire le proprie leggi, ma capacità di operare nel quadro degli interessi umani con mezzi umani, rivolti alla conquista di un successo, non all' affermazione di un ideale*”.

<sup>5</sup> RUDOLPH WAHL: Barbarossa. Trad. di Giorgio Agosti. Einaudi, Torino, 1945, pág. 114. En especial en lo que se refiere a la política desarrollada luego de la dieta de Roncaglia.



nos acercamos al siglo XIII advertimos un desplazamiento creciente de los intereses culturales en beneficio de la nueva clase burguesa que afilará sus armas en Bolonia, Salerno y Montpellier.

El malentendido que no beneficiaría a nadie, y a la Iglesia menos que a nadie, proviene de la natural resistencia del hombre y de las clases a comprender las nuevas situaciones y adecuarse a ellas. Aferrado a una situación que se superaba rápidamente, el Papado debía inevitablemente chocar contra las nuevas concepciones del Estado que se iban perfilando. Competíale aceptar, como evidencia concreta, una situación que cada día se hacía más difícil dominar. Persistiendo en la excomunión, que era ya con demasiada claridad un arma política, corría el riesgo de anular sus efectos. Cuando a la teoría se contestó con la teoría, el conflicto se reveló inconciliable. Ya Enrique IV la había insinuado en cartas a Gregorio VII<sup>6</sup>, pero respondería al siglo XIII y en especial al César Federico II, el asentarla sobre bases bíblicas y teológicas. A medio siglo de su muerte, Felipe el Hermoso, al frente de las clases de su reino, la refirmaría rotundamente. Aún respondería a Federico II el intento de acuerdo que Inocencio IV, con clara visión política, hizo imposible. Desde su retiro de Lyon, el Papa anuló todo intento de paz, porque resultaba obvio, en esos momentos, el fracaso de una política de unión.

El Papa comprendió en la emergencia que la pretendida paz, experimentada durante un siglo, sería como tantas otras veces, una mera tregua<sup>7</sup>.

La diarquía política de Federico, rey de Sicilia y emperador del Sacro Romano Imperio, se debió en gran parte a la política cautelosa de Inocencio III que fracasó por el peso de las circunstancias históricas. El pupilo de la Iglesia, relegado al Reino, como un recurso de la Curia para eludir la tradicional política antieclesiástica de los Staufen, había llegado al Imperio por obra del mismo Inocencio. Esas vacilaciones del Papado estaban indicando su impotencia para dominar al Emperador y colocarlo dentro de los carriles de una acción política grata a Roma. El fantasma de la unidad italiana resurgía cada vez que el Emperador pretendía ejercer sus derechos en Italia. El sentimiento localista, a su vez, completaría el cuadro del fracaso aprovechando en beneficio propio la contienda de los dos Institutos.

En la lucha de Federico con las Comunas lombardas, éstas obtuvieron el apoyo del Papa, y en compensación, devolverían a la Iglesia, el cuadro heterogéneo e indócil de las sectas heréticas del siglo.

Al pretender restituir a la Iglesia su pureza primitiva, Federico, con sus juristas Pier della Vigna y Tadeo de Sessa, se daba extrañamente la mano con sus adversarios comunales. Los enemigos políticos coincidían en los motivos fundamentales de la nueva religiosidad, y en este triángulo de acciones y reacciones, quien quedaría inevitablemente en el centro de la

---

<sup>6</sup> Carta del 24-I-1076, de Enrique IV a Gregorio VII: "Pero tú entendiste que nuestra humildad era temor y no vacilaste en alzarte contra la misma potestad regia concedida por Dios a nosotros y te has atrevido a amenazarnos con quitárnosla; como si nosotros hubiésemos recibido de ti el reino, como si el reino y el imperio estuviesen en tu mano y no en la mano de Dios". Transcripta por Karl Hampe. *La Alta Edad Media Occidental*. H. U. G., t. III, pág. 456-57.

<sup>7</sup> GABRIELE PEPE: *Lo Stato Ghibellino di Federico II*. Laterza, Bari, 1938, pág. 85. "E interessante constatare con quale profondo disprezzo della moralità Innocenzo, il cardinale Ranieri di Viterbo e altri ecclesiastici sappiano superare Federico con un machiavellismo della più bassa specie ma fortunato".



encontrada polémica sería la Iglesia. La resultante de todo esto sería la llamada cautividad de Babilonia.

¿Habría sospechado Inocencio III que un siglo después uno de sus sucesores se hospedaría en Avignon? ¿Y no sería el retiro provenzal un símbolo de cosas nuevas, en las que se mezclarían la juventud juglaresca de Francisco de Asís, la Vita Nuova de Dante y la Laura inmortal? ¿No estaban en ese camino el tribunado romano de Cola di Rienzo y la coronación capitolina de Petrarca?

Nadie duda ya que Federico II es la gran figura política del siglo; ¿pero, en qué consiste su originalidad si cabe; en qué, la novedad que representa? Por lo menos, si aceptamos a título provisorio, la conocida afirmación de Burckhardt de ser Federico el primer hombre de Estado moderno<sup>8</sup>.

A la muerte de su padre, Enrique VI, la madre, Constanza, se apresura a asegurarse el apoyo de la Curia, apoyo que revistará formas concretas frente a la muerte casi inmediata de la emperatriz y las pretensiones de los capitanes tudescos que comenzarán a jugar partidas de rapto con los legados de Inocencio III. El objeto de la disputa, el niño Federico, tendría así una infancia borrascosa y pintoresca, pasando sucesivamente de manos romanas a manos germánicas. La previsión del Papa, que deseó a todo trance evitar la presencia de otro Suabo en el trono de Alemania, hizo de Federico, en primer término, un rey de Sicilia. El proyecto estaba, como tantos otros, condenado al fracaso, porque tampoco Otón IV garantizaría las posesiones de la Iglesia como el Papa deseaba. Nueva excomunión, nuevo emperador, era la técnica que en este caso se volvería una vez más contra sus creadores, porque Federico II, en la correcta tradición de su familia, se encargaría de complicar los proyectos y disminuir las ilusiones de la Curia.

Condición impuesta fue, en la emergencia, la prohibición de unir el reino de Sicilia con el Imperio; pero, ¿era racionalmente concebible que Federico pudiera prescindir en su acción de su condición de señor de ambas entidades? ¿Érale posible ceder territorios que, como el ducado de Espoleto y la marca de Ancona señalaban el camino obligado de su tránsito regular hacia el Norte?<sup>9</sup> Un emperador aislado en el Sur, ¿sería realmente un emperador? Las promesas, como siempre, cederían paso a las realidades. Todavía queda en pie el reproche de algunos historiadores que significaron la despreocupación de Federico por los destinos del Imperio, que después de él comienza a descender en fuerza y prestigio. Dejando de lado por el momento la realidad de la acusación, conviene apuntar que Federico se inicia como rey de Sicilia, y que por diversas razones, a las que no es extraño su nacimiento, le corresponde un papel indudable en el juego político italiano. Una vez más, entre el *Regnum Siciliae* y el *Regnum Italiae*, se instalaban los estados pontificios, cuya presencia retardó durante siglos la unidad italiana<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> J. BURCKHARDT: La cultura del Renacimiento en Italia. Trad. de R. de la Serna. Losada, Bs. As., 1944, pág. 9. Esto a pesar del empeño de Burckhard de italianizar todas las novedades, cuando en realidad se trataba, simplemente, de las exigencias del Estado que avanzaba firmemente.

<sup>9</sup> P. S. LEICHT: *Regnum Siciliae e Regnum Italiae ai tempi di Federico II*. En *Scritti Vari di Storia del Diritto Italiano*. A. Giuffrè, Milano, 1943, t. I, pág. 323 y sig.

<sup>10</sup> E. GEBHART: *L'Italia Mistica*. Trad. di Armando Perotti. Laterza, Bari, 1924, pág. 13. Quizá fuera esa una exigencia de los tiempos: "*Non hanno compreso che, nello stato feudale del mondo, la grandezza secolare era per la Chiesa la guarentegia dell'integrità religiosa*".



¿Soslayó Federico ese sueño? Parecerían indicarlo las preferencias de Dante y la simpatía evidente que trasluce la Comedia por los hombres de Federico. Queremos significar de paso, que en estas reflexiones previas dejamos de lado las referencias concretas que consideraremos, al volver sobre el particular, en el análisis de la crónica de Salimbene.

Volviendo a lo nuestro, cuánta ternura subyace en las referencias a la romántica figura de *Re Manfredi*, el Marcelo del nuevo Augusto! Todo el círculo de Federico dejó un recuerdo imborrable en la historiografía y en la literatura del tiempo, y en las tradiciones de épocas posteriores. ¿Se intuyó la malograda posibilidad de una *plenitudo temporum*, como soñaría un siglo después Cola di Rienzo, gestada por el nieto de Barbarroja? ¿No aparecería éste, incluso en las formas externas de su reinado, como un nuevo César rodeado de juristas, filósofos y poetas? ¿No teorizaría, él también, sobre el origen y los derechos del poder imperial haciéndose portaestandarte de las ambiciones laicas del siglo? Porque en esto no podría substraerse a las tradiciones de la familia paterna, aunque sus realizaciones modernas, si cabe el término, se aplicasen con preferencia a la estructura jurídico-administrativa del Reino<sup>11</sup>.

El contacto con el mundo musulmán dotaría a su figura de un halo de impiedad y prácticas extrañas, en las que haría blanco la crítica enconada de la Curia, que recoge con tanta prolijidad como incomprensión, nuestro Salimbene. Sus avances sobre las pretensiones pontificias, como lo prueban sus leyes contra los herejes, no eran ataques a la religión cristiana, sino actitudes de gobernante contra un enemigo político. Todas las vacilaciones en torno a la figura de Federico provienen de esa incomprensión, que, en el curso de la historia de Occidente se ha repetido con frecuencia. De ese encuentro de ambiciones surgió el encono en el lenguaje y en los actos, y toda la historia de Italia marcharía tras las huellas de ese desencuentro entre espiritualidad y política.

Como emperador, Federico se cree en la obligación de teorizar sobre el origen de su poder. En el prólogo de las Constituciones de 1231, dadas en Amalfi, reaparecen conceptos agustinianos en los que el Imperio aparece como el agente excogitado por Dios para la conducción de los hombres por el recto camino. La culpa original había engendrado el caos, produciendo el desequilibrio. Los hombres aparecían librados a la propia concupiscencia y en el juego de apetitos, el desorden social dominaba la tierra. Dios creó entonces el poder imperial llamado así, providencialmente, a una función monitora.

Antes del pecado original el hombre era libre y perfecto; caído luego en los excesos que produjo su corrupción, el principado era el medio del que Dios se había servido para frenar sus pasiones y traerlo a la buena senda por el recurso de la ley.

En la mente de Federico II, el Estado se convierte así, en un instrumento de redención paralelo a la Iglesia, cuya misión era traer al hombre nuevamente hacia el bien. El monarca es un nuevo Adán en el período de inocencia, sujeto sólo a Dios y en consecuencia, único ser libre al que todos los demás deben obedecer. El emperador es el hombre ideal, es Adán antes del pecado, el ungido del Señor. Cuando se exaspere la lucha con Roma, no vacilará en proclamarse el nuevo Mesías, exaltado por Dios contra el "Anticristo de Roma".

<sup>11</sup> GABRIELE PEPE: Op. cit., pág. 10; P. S. Leicht: L'Empereur Frédéric II de Souabeet les Parlements. Op. cit., t. I, pág. 154.



Por todo esto la *Justitia*, ya no es para él, como en tiempos de Gregorio VII, la coincidencia de su acción con las leyes de la Iglesia, sino el encontrarse de los intereses de la soberanía con el interés de los súbditos<sup>12</sup>.

Este remitirse de Federico II al derecho divino de los reyes, tal el fundamento último de este planteo, altamente antieclesiástico, le permite anticipar actitudes posteriores, porque se encuentra en una línea altiva e independiente de toda sujeción terrenal. Pero algo más anticipa Federico II, colocado, en su tiempo, en la feliz circunstancia de ser a la vez rey y emperador. Como monarca siciliano su acción no es menos decisiva, y se coloca muy cerca del soberano nacional que cerrará el siglo, con una actitud inusitada por lo rebelde y revolucionaria, nos referimos a Felipe el Hermoso. Es cierto que las providencias más radicales de su política fiscal aparecen como reediciones de otras anteriores de Roger II y Guillermo, pero conviene anotar, que renovar un acto es también, hasta cierto punto, recrearlo, máxime si se tiene en cuenta que, durante la anarquía producida a la muerte de su madre, y su minoría de edad, esas disposiciones habían sido violadas con frecuencia. Propendiendo a la formación de patrimonios personales en detrimento de las vastas posesiones de las órdenes religiosas, tendía a favorecer a las clases burguesas del Reino.

Su acción atacaba directamente las grandes posesiones territoriales de las órdenes eclesiásticas y militares. Cuando la Cruzada que Federico, en tan especiales condiciones para el clima espiritual de su tiempo, llevó contra los infieles, sólo le permaneció fiel la Orden Teutónica. Hospitalarios y Templarios no lo fueron tanto; la mayoría de sus miembros, ingleses y franceses, implicaban una falta de lealtad en potencia dentro del reino. Eliminar toda posibilidad de rebelión o resistencia, era una sabia medida de gobierno que Federico, firme en su política centralizadora, no podía descuidar.

El artículo de las Constituciones que se refiere al particular, no excluye a esas Ordenes de la herencia de bienes muebles; la disposición ataca directamente la cuestión de las grandes propiedades que extendiéndose por ese recurso, en manos de eclesiásticos o de las Ordenes militares amenazaba con asfixiar la potencia económica del Reino<sup>13</sup>.

En los confines del siglo, Felipe el Hermoso, que como monarca nacional es el sucesor lógico de Federico, adoptará disposiciones semejantes.

No otra cosa inicia su conflicto con Bonifacio VIII y no otra cosa, es en el fondo, aunque la acción se escudase en motivos adyacentes, su ataque a la Orden de los Templarios. Ambos monarcas, hijos de este siglo apocalíptico, valga la expresión en cuanto siglo de muerte y alumbramiento, tienen en su gobierno, con clara noción de lo que luego se llamará la "razón de Estado", a quebrar en el orden interno toda oposición capaz de obstaculizar u oscurecer los propósitos de su política.

La gestión fiscal y el anticlericalismo implícito, indicaban la voluntad laica del siglo, que gestaba a través del universalismo en crisis, el carácter particularista de la Europa moderna. La misma imputación que se hace corrientemente a Federico II, de haber descuidado los destinos del Imperio, nos está indicando lo decisivo de su acción como monarca siciliano.

Rodeado por sus burgueses, entre ellos el nuevo Séneca, Pier della Vigna, Federico anticipa la experiencia de Felipe, junto al cual, Pierre Flotte y

<sup>12</sup> R. MORGHEN: Il mito dell'Impero Medioevale. En Ricerche religiose, vol. XIX (3 - 4), Diciembre 1948 (III - 1949), pág. 206-207.

<sup>13</sup> GABRIELE PEPE: Op. cit., apendice II, pág. 151-52.



Guillermo de Nogaret cumplirán parecida función. Ya la excomunión, repetida a lo largo de su reinado, se había evidenciado impotente para detener los progresos de la política de Federico. El mismo San Luis no pareció nunca muy convencido de la razón de la Curia frente al hombre que recogía todas las injurias y malos deseos del güelfismo. Esta sensación un tanto vaga se concretará en 1302, cuando Felipe reúne en París los primeros Estados Generales del reino francés. Allí, clero, nobleza y burguesía, el primero con leves disculpas ante Roma, apoyan al monarca y la excomunión pierde efecto. Ese acto, cuya importancia trasciende la esfera del mero marco local, es el acta de fundación del autónomo Estado moderno. La excomunión, arma política, había dejado de tener efectos políticos<sup>14</sup>.

El sueño papal de una Italia controlada por la Curia se esfumaba rápidamente, porque aun la caída de la casa de Suabia no llegaría a devolverle la tranquilidad perdida. Cuando Carlos de Anjou, con fría determinación, pero con indudable sentido político, decide la muerte de Corradino, los Staufen dejan de inquietar al Papado, pero la anhelada paz no se logra. El de Anjou encontrará pronto un competidor en Pedro de Aragón y poco después, una banda capitaneada por un francés y un romano perpetrará el atentado de Anagni.

Cuando Dante piensa en el logro de la unidad italiana, su vista se volverá nuevamente a una figura imperial, vinculada imperecederamente a su sueño, Enrique VII. Ya no podrá evitar Italia el quedar tomada en el juego de las ambiciones europeas y el sueño de la unidad desaparecerá por siglos.

El siglo VIII había presenciado un *Regnum Longobardorum* que a partir del 817, por decisión de Ludovico Pío, se convierte en *Regnum Italiae*<sup>15</sup>. Eso era en el Norte de la península; al Sur surge luego de la conquista normanda el *Regnum Siciliae*. Si Federico los hubiese podido unir, el reino de Italia, con plena significación geográfica y política se hubiera realizado. No fué más que una ilusión, tanta la fuerza de la Donatio Constantini.

### III

En todo lo expuesto anteriormente quedamos todavía en el mero plano político, aunque ya podían observarse debajo de él otros motivos inspiradores que nos dan la pauta de la profunda ruptura que el siglo XIII implicaba respecto del orden que había triunfado durante siglos.

En el fondo, la posición del círculo de Federico se enlazaba con la teoría de Gelasio I, coexistencia independiente de ambos poderes y sumisión en el orden de las respectivas esferas. Este retomar de una tradición perdida, constituía en el siglo XIII una entera novedad, porque la tesis esbozada por los decretalistas había ido mucho más allá de lo que Gelasio expuso a fines del siglo V. Por otra parte, la teorización del poder papal desde Gregorio VII hasta los Inocencios y Gregorio del siglo XIII había crecido de continuo. Resultaba entonces hasta cierto punto lógica la actitud de Federico que unía su acción política con el deseo de llevar al Papado por lo menos a la situación que tenía en el siglo IV. Condición de la independencia del poder secular aparecía en esos momentos un retroceso de las pretensiones pontificias. El planteo de Federico a pesar del aparente triun-

<sup>14</sup> VICTOR MARTIN: *Les Origines du gallicanisme*. Bloud et Gay, Paris, 1939, t. I, pág. 177 y sig.; P. S. LEICHT: *Dalla "Monarchia" al "Principe"*, op. cit., t. I, pág. 269.

<sup>15</sup> P. S. LEICHT: *del Regnum Longobardorum al Regnum Italiae*, op. cit., t. I, pág. 224.



fo de la política de Inocencio IV y la rápida liquidación de los Staufen en Italia había minado a fondo la posición de la Curia. Esto se advertiría prontamente en el momento mismo en que Bonifacio VIII, sin atender las exigencias del tiempo querrá reeditar las teorías de sus antecesores.

Las condiciones mutadas emergieron aparentemente de pronto aunque el trabajo de todo un siglo había preparado el acontecimiento. El ascenso de la burguesía, cuyos hijos apuntalaban el edificio jurídico y económico de los estados nacionales con su nueva mentalidad, estaba preparando la caída de un orden asentado en otros valores.

Queremos dejar establecido que cuando hablamos de burguesía o de concepción laico-burguesa, no nos referimos tanto a lo que comúnmente se entiende por ello, sino a una mentalidad en rápido ascenso, que ponía el acento en lo práctico y en el sentido de la jerarquía social gestada por obra del trabajo y del mérito personal. La aparición de esta cosmovisión puede rastrearse con eficacia en las fuentes del siglo XIII y en algunos episodios reveladores del quehacer del siglo. El ataque al principio hereditario, base de la concepción aristocrática, se insinuaba en las mismas discusiones que se tenían en la corte de Federico, acerca de si fuese superior la nobleza de la sangre o la del talento<sup>16</sup>.

Este planteo, profundamente escandaloso en esos momentos, nos está indicando las nuevas preocupaciones de los hombres que provenían de los estudios de las ciudades y que tendrían que afrontar en consecuencia la adversión de la nobleza. En cuanto la privanza de Pier della Vigna sufriera algún contraste, los nobles del reino se apresurarían a explotarlo en su beneficio. Contra ese hombre, figura de nuevos tiempos y cosas nuevas, se orientaba por igual el odio de la nobleza y el resquemor de la Curia<sup>17</sup>.

El mismo Federico, como puede suponerse, no era extraño al influjo de estos hombres que había traído junto a sí, intuyendo que en ellos encontraría el apoyo necesario para la fundación de su monarquía burocrático-administrativa. Ellos eran los teorizadores del Estado tiránico, porque entre otras cosas traían consigo el aparato jurídico del derecho romano renacido y esto implicaba, inmediatamente, la corrupción del orden jerárquico feudal. Este orden, asentado sobre las autonomías regionales debía perecer en el esfuerzo centralizador de la nueva monarquía. Detrás de Federico, está Felipe el Hermoso, detrás de Felipe se yergue Luis XI y ya en el horizonte se vislumbra el triunfo de Richelieu. El esfuerzo de un grupo de hombres no basta para cambiar totalmente un orden establecido, pero sí es suficiente para quebrarlo y dejar abierto el camino al esfuerzo de los continuadores.

Otra muestra de las nuevas ideas se observa en la actitud de Federico II frente al problema de la Cruzada. A pesar de los resultados materiales que se derivaron a lo largo de todo ese contacto de la Europa occidental con el mundo bizantino y musulmán, y a pesar de que no siempre la recuperación del Santo Sepulcro se evidenciaba como la preocupación esencial de esos cruzados, era indudable que aunque más no fuera como pretexto el motivo existía. En consecuencia, quien dirigiese el esfuerzo debía, por lo menos teóricamente, representar la fuerza ortodoxa de Occidente. El jefe de la Cruzada, emperador o rey, aparecía como el brazo material que la Iglesia prolongaba en Tierra Santa, para el supremo objetivo de la recu-

<sup>16</sup> R. CAGGESE: Dal Concordato di Worms alla fine della Prigionia di Avignone. U. T. E. T., Torino, 1939, pág. 153.

<sup>17</sup> F. D'OVIDIO: Nuovi Studii Danteschi. Hoepli, Milano, 1907, pág. 261-262.



peración de los lugares sagrados en los que había nacido el Cristianismo y padecido su fundador. Entendido esto, absurdo hubiese sido que el portaestandarte de una tal misión fuese un hereje o un excomulgado; pero, nuestro siglo XIII, evidentemente, se nutrió de absurdos, de soluciones contradictorias, de empresas en las que se mezcló la flor delicada del ascetismo y el fruto agridulce de lo descabellado.

Para escándalo de su tiempo, eterno signo de contradicción, Federico II inicia su Cruzada estando excomulgado. En esas condiciones no podía representar a una comunidad que prima facie lo había expulsado de su seno; a lo sumo, la empresa podía resolverse en una operación con miras políticas particulares. Quizá la Cruzada aparecía a sus ojos como un motivo para volver a grangearse la benevolencia de Gregorio IX, cumpliendo con una promesa siempre postergada; quizá no era ajena a su propósito la peculiar posición de su reino, colocado en la zona adyacente del mundo árabe que refluía de continuo sobre Europa; pero, de todos modos, la empresa iniciada en tales condiciones aparecía como extraña a las ideas rectoras que habían provocado la marcha hacia Palestina en las ocasiones anteriores. Federico aparecía como el jefe, desautorizado de antemano, de una Cruzada que no podía representar. Su decisión, siempre dentro de nuestro distingo de política y espiritualidad, podía significar que se consideraba digno de la obra porque la excomunión era sólo el producto de su disensión política con la Curia y no de una posición anticristiana dentro de lo que podíase calificar corrientemente como herejía. A lo sumo, y esto podemos comprenderlo perfectamente, la herejía de Federico era una herejía política, siendo el gibelinismo en el siglo XIII una forma de impiedad.

De todos modos, siempre queda en pie la sospecha de que para Federico, la acción militar en Oriente fuese una prolongación de sus miras políticas. La marcha iniciada al margen de la comunión eclesiástica, es ya una operación laica, en la que un soberano temporal decide ampliar su esfera de influencia en un terreno propicio para incrementar su poderío y ganarse la simpatía de la opinión europea. De paso, Gregorio IX quedaba en descubierto al mostrarse intransigente con un soberano que aparecía preocupado por los intereses de la cristiandad en Oriente.

Éste es el primer paso de su acción desconcertante, pronto seguiría otro que suscitaría un cúmulo de interrogantes explayando la extraña practicidad de Federico. La Cruzada no era sólo una empresa religiosa, era también, en gran medida, una empresa caballeresca, que no en vano alimentó todo un ciclo de la poesía épica europea. Era un desprenderse de condiciones materiales, un abandonar de posiciones adquiridas y un abrir la bolsa a un entusiasmo lírico de trascendencia inigualada. Ese armarse en defensa de la Fe, igualaba, hasta cierto punto, la epopeya de los mártires, porque muchos de los que partían dejaban la vida en ofrenda de un supremo ideal. La lucha contra el infiel estaba hecha de lirismo caballeresco y de intransigencia espiritual; se descendía a un ruedo mayor a dirimir, no ya la flor percedera de una sonrisa femenina, sino el premio inmortal de la tumba de Cristo; se iba a combatir y a combatir sin tregua contra el usurpador de las tierras que habían presenciado el nacer del cristianismo; se iba al duelo y no a la componenda. Y aquí, Federico se muestra en todo el frío racionalismo del monarca moderno. Su Cruzada es una acción extraña, una lucha que se resuelve en diplomacia, un desafío que permanece en la tibia solución del acuerdo. ¿Por qué luchar si lo mismo podía lograrse en el juego de mutuas concesiones? y aquí de nuevo lo original y escandaloso



de la conducta de Federico, porque la lucha contra el infiel aparecía aun entonces, como el encuentro inconciliable de dos creencias que no podía resolverse sino por la victoria<sup>18</sup>.

Como ignorando todo eso, Federico, trata, acuerda, compone, logra concesiones y esta forma inusitada de tolerancia insinúa un reconocimiento de los derechos del adversario que a los ojos de Occidente parecía intolerable. El logro del objetivo se antepone a la justicia de la causa y acuerda al enemigo, en el pacto estipulado, el beneficio de su permanencia en el lugar del que debiera habérselo expulsado sin remedio.

En formas claramente expresivas, inaugura nuestro hombre la línea de una política sin ideales, concebida como racional realización de fines propuestos. Como vemos, no habrá que esperar tanto para que en política se opere con la preeminencia de los fines sobre los medios. Los resultados podían ser iguales o superiores a los logrados anteriormente, pero la forma de lograrlos era intolerable para la mentalidad occidental de ese momento. Es que Federico avanza en un nuevo camino cuya aceptación será trabajo de siglos, pero importa señalar que no se encuentra solo en esa empresa. No sólo los juristas que le acompañan, sino también los pequeños burgueses de las ciudades se irán embarcando en una cosmovisión hecha de practicismo y fines inmediatos. Serán estos burgueses los que resistirán la entrada de sus hijos en órdenes religiosas, porque esta emergencia les priva de su continuación en el manejo de los negocios. El pacífico universalismo se derrumba estrepitosamente, los nuevos hombres de la ciudad apegados a la guarda del propio interés, fijan los ojos en la tierra y comienzan a olvidarse del cielo. Se esbozan los primeros estatutos de esas Comunas que prepararán el camino a la Señorías, donde la nivelación de los individuos bajo el tiranuelo inaugura la forma del Estado moderno. Comienza entonces la teoría política que es signo evidente de la aparición de la ciudad y del espíritu burgués, porque la preocupación por el gobernante o por la República ideal sólo puede surgir en un medio en el que se insinúa la idea de que la misión del hombre se agota en la tierra. La aparición de la teoría política es la señal más acabada de la aparición de una mentalidad burguesa tras las huellas de un bien definido inmanentismo.

Símbolo de ese localismo serán también las pujantes sectas heréticas que florecerán como los hongos a lo largo de todo el siglo. Esa irrupción del sentimiento religioso, teñido de formas apocalípticas, es otra muestra de la incertidumbre de los tiempos. No nos referimos tanto al Joaquinismo, que en su expansión europea revistió formas más bien aristocráticas, porque fué patrimonio de gentes cultas, sino a las sectas populacheras que fueron apareciendo en el Norte de Italia.

Carácter común de estas manifestaciones era la rigidez de costumbres y la exigencia de pobreza, con cierta dosis de anarquismo, pronto a revestir formas desenfrenadas a la menor ocasión<sup>19</sup>.

Esta exaltación mística aparece en primera aproximación como contradictoria, respecto de las características del siglo que antes señalamos; pero en el fondo, como expresión de un desconcierto no lo son tanto. Ellas también pretenden un repristinar de la pobreza evangélica, que por otras razones teorizara Pier della Vigna y junto con esto contribuyen a conmover

---

<sup>18</sup> A. B. DUFF: Frédéric II de Hohenstaufen. En *Hommes d'Etat*. Desclée de Brouwer, Paris, 1937, t. II, pág. 63-64. "*L'Occident ne tardera pas à accuser Frédéric II d'avoir trahi la couronne de Jérusalem, et la chrétienté d'avoir trahi la cause de la croisade...*".

<sup>19</sup> Véase E. GEBHART: op. cit., especialmente el cap. I.



los cimientos del orden social y religioso. Las aspiraciones de esas sectas, más o menos vagas e incontroladas, iban contra el aparato externo de la Iglesia, que en algunos aspectos, cabe aceptarlo, aparecía dotado de formas rígidas demasiado consustanciadas con formas sociales y políticas que no siempre habían permitido expresar la esencia de los principios cristianos.

La Iglesia, en cuanto institución divina, pero humanamente realizada, no había podido evitar el peso de la historia y con demasiada frecuencia se expresaba en formas aristocráticas que poco tenían que ver con el espíritu cristiano. Gregorio I, de imperecedera memoria, había expresado, por última vez, en muchos siglos, el ideal del pontificado padre de los pueblos. Él había sido realmente *Pastor Fidei*, pero a partir del siglo VI, demasiadas contingencias se habían dado en Italia para que el Pontífice pudiese desprenderse de su condición de soberano temporal. Por otra parte, esa condición le había permitido poner un límite a la prepotencia de los señores laicos y es indudable que a pesar de las objeciones corrientemente formuladas y de algunos yerros lamentables, la función histórica del Papado en la Italia de los "siglos oscuros" no puede subestimarse.

En esas ásperas luchas, el Pontificado salvó, a pesar de todo, la independencia de la Iglesia y evitó que le aconteciese lo que no pudieron soslayar los patriarcas de la sutil Bizancio.

En el siglo XIII, con el surgir de nuevas condiciones y la aparición de nuevas fuerzas y aspiraciones, se imponía un nuevo espíritu que recogiese la corriente del tiempo. De ese siglo que ardía en el amor de cosas nuevas, de inspiraciones frescas no siempre conducidas por la vía de la sensatez. En el siglo XII, el localismo exacerbado florecía en multitud de sectas, que en su casi totalidad, estaban fuera del marco de la ortodoxia. Era una exaltación del sentimiento religioso que buscaba, fuera del marco formalista de la religiosidad oficial, desahogar nuevas apetencias. Bandas de inspirados o de simples falsarios recorrían las ciudades italianas seguidos por una turba de ancianos, mujeres y niños que entonaban cánticos con fervor singular, llevados por una euforia que amenazaba siempre desembocar en desenfreno. Faltaba algo que orientase ese movimiento colectivo, una voz que acallase la herejía, conduciendo las nuevas esperanzas en el seno de la Iglesia<sup>20</sup>.

Esa voz surgiría de la entraña misma del siglo, en la familia de un ambicioso burgués, que por serlo, se opondría tenazmente a los propósitos del vástago ilusionado. Francisco Bernardone, muy pronto Francisco de Asís, porque su nombre quedaría para siempre unido a la ciudad que presenciara el nacimiento de su obra, era el hombre que la Providencia había elegido para el singular menester. Ni la prisión, ni el escarnio pudieron contra su firme vocación, y cuando depuso ante el obispo, las ropas que constituían lo último que debía a su padre, su misma desnudez atestiguó al siglo el triunfo de Madonna Pobreza.

El rústico sayo, el pie desnudo, el mendrugo frugal, el báculo andariego, fueron la heráldica de su sueño. Así iluminada, la pobreza franciscana marchó al encuentro de la naturaleza, de esa naturaleza rica en desnudez, pobre de ornamento que trasuntaba en el perfume de su rocío, de sus auras, de sus amaneceres y crepúsculos en los que relumbraba la orla dorada de

<sup>20</sup> PAUL SABATIER: L'actualité de la figure de Saint-François; en l'Influence de S. F. d'Assise sur la Civilisation Italienne. Leroux, Paris, 1926, pág. 14.



*frate sole*, en los senderos por donde transitaba furtivo *frate lupo*, en los cantarinos arroyuelos donde susurraba estremecida *sora acqua*.

¡Qué tremenda la dulzura de Francisco, qué fresca libertad la de su mensaje, qué comunión espontánea con las criaturas que no dejarían de responder a su amor con delicada adhesión!

La esencia del mensaje franciscano se revelaba como una ruptura contra toda rigidez formal; esa vuelta a la naturaleza era una consecuencia del mismo y un intento de retomar el espíritu evangélico en su prístina pureza. El intento vale en cuanto tal, porque el franciscanismo tampoco escaparía a las formas paganizantes del siglo.

A través de las prolijas referencias de Fra Salimbene, que expondremos oportunamente, hemos de advertir el sentido de la afirmación. Aún en vida de Francisco, el General Elías de Cortona adoptaría todas las actitudes externas de los señores del siglo con exquisiteces que repugnaban al espíritu franciscano; el mismo Salimbene en muchos aspectos, no podría arrojar la primera piedra.

El nacimiento del franciscanismo no estaría exento de dificultades. La recepción de la Orden por Inocencio III se apoyaría en una reflexión altamente reveladora. El cardenal que la deslizó, expresaba una verdad e insinuaba una alarma. ¿No podían esos hombres vivir según el Evangelio? Prohibirles seguir el espíritu de la Regla que nacía equivalía negar esa posibilidad. ¿Podía la Iglesia comprometerse en una declaración semejante?<sup>21</sup> Inocencio III comprendió, y la Orden franciscana despuntó con el fervor de cosas nuevas. Y no sólo en lo religioso se advertiría el influjo de la Orden; el espíritu franciscano alimentará las fuentes nutricias del nuevo arte: Danté y Giotto no le serán ajenos. La leyenda de San Francisco dará motivo a toda una serie de frescos en los que Giotto inaugura, tras las huellas de Cimabue, la nueva concepción plástica del siglo. Esa inspiración vuelve el interés al plano de lo natural, rompe el hierático fondo bizantino y abre la eglógica perspectiva del paisaje que dota a las figuras de primer plano, de un escenario del que hasta entonces no habían disfrutado. Esta marcha hacia la naturaleza que es en el franciscanismo un fermento de renovación espiritual, denota en otras facetas del siglo un acentuado interés por las investigaciones naturalistas que en París y en Oxford alcanzarán carta de ciudadanía. Esa aparición de la naturaleza, concretada en primer término en la presencia del paisaje, renovaba el mundo de la pintura y el de la literatura en lengua vulgar que alcanzará en ese momento, el triunfo definitivo sobre el latín. Esto a pesar de la filología del 400, que ya se nos muestra con toda la realidad de una actitud científica frente al problema del lenguaje. A partir del siglo XIII, el latín es ya una lengua muerta, a la que no pudieron resucitar las exquisiteces de los humanistas. El mismo ciceronismo, del que tan sutilmente se burlará Erasmo, es un síntoma de artificialismo impotente. Dante renuncia en su Comedia a la universalidad de una lengua común, y queda encerrado en el marco local de su dulce Toscana. El fresco lirismo de Jacopone de Todi ensaya el camino de la literatura vulgar, y el mismo Federico II, inquisidor y poeta, anticipa a Lorenzo. El triunfo de esta corriente, triunfo sin atenuantes, se observa en el siglo XV cuando con Alberti, Lorenzo y Pico de la Mirándola se retorna a Dante, lo que vale como un retornar al idioma nacional<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> G. MONTICELLI: *Vita Religiosa Italiana nel Secolo XIII*. Bocca, Torino, 1932, pág. 207.

<sup>22</sup> F. MONNIER: *El Quattrocento*. Trad. Ruiz Llanos. Argos, Bs. As., t. II, pág. 261 y sig.



Si pensamos lo que esos burgueses de las ciudades, preocupados de su hacienda y del orden político adecuado a la recta administración de la ciudad, objetaban a los humanistas, tendremos la esencia de la situación. Desconocedores de la vida, les decían; sumergidos en el cielo ideal de sus preocupaciones estéticas, ignoraban las exigencias de la historia contemporánea: los negocios y la política. El humanismo, ensayo magnífico en pro de una universalidad perdida, queda como el audaz intento de una minoría selecta. Las corrientes populares constructoras de la ciudad, se expresaban en el dialecto vernáculo y levantaban barreras en las que perecería la universidad desterrada para siempre.

Que la historia de Europa sea la historia del particularismo, no podrá dudarse en cuanto se atiende la fuerza de estos argumentos; y es que el mismo pensamiento se particularizaba en el relativismo de la ciencia.

En el mismo siglo se encuentran Tomás de Aquino y Rogelio Bacon. El primero, representante excelso de la concepción clásica, culminación y caída, arquitectura la pujanza formal de su *Summa*, agotando de una vez las exigencias del pensamiento sistemáticamente expuesto. El Angélico se encuentra aún sumergido en lo universal, medioeval, si con esto se quiere expresar creaciones que miran a la trascendencia. Lo clásico como expresión de una fe constante en el poder de la razón, engendrando el primado de la metafísica como núcleo central de una filosofía, nunca más se daría con tal perfección. Junto a él se esbozan las primeras corrientes gnosológicas que harán en la Europa del particularismo, extraordinaria fortuna.

¿Quién es ese Rogelio Bacon que en tierras de Britania, anticipa al canciller isabelino, por rara coincidencia su homónimo, aun en el método? ¿Quién es este hijo de San Francisco, extraño discípulo de griegos y árabes, que troca la fresca naturaleza del maestro en otra intelectual de métodos y reglas? Es uno de los tantos padres lejanos del significativo Doctor Fausto, creador él también de un pequeño paraíso terrenal, en el que reina el rebelde Prometeo, que de nuevo hurtó el fuego a los dioses. ¿Coincidencia, que esas primeras investigaciones se aplicasen a la electricidad y el magnetismo, ese fuego fluidificado sobre el que se estructuró la técnica de Occidente? Supongámoslo, ya que nuestra ciencia no nos autoriza a ir mucho más allá de los hechos concretos.

Tenemos así un esquema de este siglo XIII en el que se edificará la crónica de Fra Salimbene. Con estas reflexiones previas queda preparado el camino para una mayor intelección de nuestros cronistas, porque difícil sería suponer que un documento de tanta importancia para la definición moral del siglo, fuese el mero producto de un fraile encerrado en su convento. Que Salimbene fuera un hombre del siglo corresponderá señalarlo oportunamente, pero precisamente por esto, su escrito vale como expresión cabal de una época.

Hijo de burgueses, franciscano, joaquinita a ratos, crítico certero, inquisidor exigente, a veces blando y complaciente, catador de vida, romero incansable, protegido de reyes y amigos de papas, él es como pocos un representante de ese siglo crítico, viraje de la historia de Occidente, hecho de sustancia humana, de exaltaciones místicas y de literatura apocalíptica. Es éste un rasgo común a todas las épocas de incertidumbre; arde el siglo en estremecimientos de parto y pronto el niño hará oír sus primeros vagidos, preludios de la pujante juventud.



El vuelco de la historia occidental, de Constantino a Federico II no se hará esperar. Las Cruzadas, los árabes, los griegos, los viajes y América irán marcando las etapas de un exteriorizarse cultural, acción inevitable en la historia de las culturas para el logro de la madurez, que es mezcla de la propia riqueza y de la extraña.

Aquí, como ya en Grecia, el contacto con nuevas o simplemente extrañas formas de cultura, de técnica y medios expresivos, producirá el ensancharse del horizonte y la obligada reflexión acerca de lo propio y de lo extraño. De ese cotejo, todas las normas del vivir histórico se enriquecen, toman mayor conciencia de sí mismas, y se expresan con una pujanza que antes no poseían.

El proceso, sin embargo, no se cumplirá sin cierto extrañamiento de los propios valores. El siglo de Salimbene saluda a la modernidad.

## EL AUTOR

### I

Antes de internarnos en las circunstancias reveladoras de la vida de Fra Salimbene, conviene anotar que utilizamos para nuestro trabajo la edición que de la Crónica hizo Osvaldo Holder - Egger para el Monumenta Germaniae Historica - Scriptorum XXXII - pars I - II - III - Hannoverae - Lipsiae - MDCCCLV - XIII<sup>1</sup>.

La misma Crónica nos sirve de fuente para el conocimiento de su vida y hechos principales, que Salimbene va describiendo aquí y allá a merced de las circunstancias, como hace con tantos otros hechos.

Como insinuamos más arriba, en su vida se reúnen los motivos necesarios para hacer de él una de las figuras representativas del siglo. Su nacimiento, su vocación, su dedicación a la historia, se unieron en feliz aproximación de hechos reveladores. En su caso, que repite extrañamente al del fundador de la Orden, se conjugan como en el antecedente, episodios de la vida burguesa local, de la inquietud religiosa y del ansia de ver que lo aproxima a nuestra sensibilidad.

El niño así señalado desde la cuna, destinado a historiar su siglo y entrar con pie firme en la historia literaria de Italia, tendría un nacimiento conforme con su destino, el que, por otra parte, no secundaría en las ambiciones materiales, a pesar de las amargas reconvenciones paternas. Él también, como Francisco, sería un tráfuga del siglo, destinado a iluminarlo tras las huellas del Santo, pero en una actividad específicamente laica. Este encontrarse de coincidencias no escaparía a la pluma de Salimbene que dará cuenta de ellas con interesada prolijidad. Como sucedió con tantos otros, Salimbene parecía aspirar, en los episodios de su vida, el aire de la inmortalidad.

Salimbene de Adam, nació en la ciudad de Parma el 9 de octubre de 1221 en una rica familia burguesa del lugar, como parecen atestiguarlo, además de las explícitas referencias de la Crónica, las vinculaciones de la familia. Hijo de Guido de Adam y de Inmelda, hija de Gerardo de Cassio, su padre había participado en la Cruzada de 1202-5 donde se destacó. Salimbene es el último de los hijos del segundo matrimonio de Guido. La primera mu-

<sup>1</sup> Esto sin ignorar la edición posterior de F. BERNINI en la colección de Scrittori d' Italia, Laterza, Bari, 1942, 2 vol.



jer de su padre era de familia noble, los Marsilii<sup>2</sup> y la segunda, Inmelda, de familia burguesa.

Era pues, su familia miembro de esa pujante burguesía que pronto asumiría los primeros cargos en la futura ciudad. De estas familias surgirían los futuros señores, aquellos que como los Medici, constituirán por su cuenta una segunda nobleza. Expresión de la importancia de su familia sería su padrino de bautismo: "*domnus Balianus de Sydone, magnus baro ex Francia, qui venerat de ultramarinis partibus ad imperatorem Fridericum secundum, me de sacro fonte levavit in baptisterio Parmensi, quod erat iuxta domun meam, sicut referebant michi mei*"<sup>3</sup>.

De la vecindad del baptisterio atestigua otro pasaje inmediato donde Salimbene cuenta un episodio de su infancia. En 1222, un fuerte terremoto afectó Lombardía y Tuscia. Nuestro hombre, niño de un año, se encontraba en la cuna; su madre aterrorizada, según le refirió en muchas oportunidades, huyó con sus dos hijas, dejándolo abandonado, por miedo a que el baptisterio vecino se derrumbase sobre la casa<sup>4</sup>. El episodio, revelador en el mejor de los casos de un gran desconcierto, mueve en Salimbene una pintoresca reflexión. Le extraña la actitud de su madre que huye con las hijas, dejándolo a él, varón, cuando en realidad, dice, debió ocuparse primero de él, por su condición masculina que de las hijas. Esto que podría quedar dentro del marco de lo episódico, nos indica qué concepto se tenía, aún en esos momentos, del sexo femenino. La acotación de Salimbene nos da la pauta de un cerrado patriarcalismo que tardaría un par de siglos en modificarse. La aparición de lo femenino se advierte a lo sumo en la presencia de alguna enérgica abadesa, o en algún episodio que permite observar cierto sentido de independencia y de reacciones personales. De todos modos, si insólita fue la actitud de la madre, también lo es la observación del hijo, porque no puede dudarse, según creemos, que la relación entre padres e hijos no está regida por especificaciones de sexo.

Más adelante tendremos ocasión de advertir que Salimbene, a pesar de sus hábitos y de su franciscana renuncia, no dejó nunca de participar de los sentimientos de la familia a que pertenecía, tanto en los juicios sobre los hombres como en la concepción de la jerarquía social. Por lo que parece, los nuevos ricos constituyeron en todos los tiempos una categoría especial.

El 4 de febrero de 1238 se produce en su vida un acontecimiento decisivo: decide ingresar en la Orden de los frailes menores. Esta decisión, según se deduce de lo que afirma, y de la reacción del padre, la tomó sin el conocimiento de su familia.

El ministro general de la Orden, fray Elías de Cortona, se encontraba de paso en Parma. La circunstancia fue aprovechada por fray Gerardo de Modena, amigo del joven, que lo presentó al General, participándole sus deseos. Accedió fray Elías, y Salimbene que contaba entonces diecisiete años, fue recibido jubilosamente por los franciscanos que le obsequiaron con una cena tan suculenta como poco franciscana. El ingreso no concordaría con los largos ayunos y las menestras imposibles que padecería después.

El novicio sería pronto enviado al convento de Fano<sup>5</sup>. A todo esto, su padre, desconcertado por la decisión de su hijo, tentó todos los medios

<sup>2</sup> H. E., pág. 54; *qui fuerunt antiquitus nobilis homines*. (Indicamos con esas siglas la edición de Holder-Egger). <sup>3</sup> H. E., pág. 34. <sup>4</sup> H. E., pág. 34. <sup>5</sup> Esto en diversos lugares: H. E., págs. 39, 75, 96, 99.



para substraerlo a la Orden. Como primera medida se entrevistó con Federico II y obtuvo de éste una carta de presentación para Elías de Cortona. El ministro, atento a los deseos del padre, escribió al convento de Fano, para que los frailes dejasen en libertad a Salimbene de reintegrarse a su familia. El padre lleno de confianza en los resultados de su gestión, se encaminó a ese lugar para conversar con su hijo. Esperaba convencerle de lo absurdo de su destino y de las promesas que el siglo contenía para él, heredero de casa acomodada, máxime si se tiene en cuenta que su hermano mayor Guido, ya con anterioridad había abrazado la carrera eclesiástica. Después de algunas dilaciones, provocadas por los frailes, Guido de Adam consigue la entrevista y en ella, su hijo, frente al reunido consejo de los frailes, le manifiesta que es su firme deseo permanecer en la Orden. No convencido aún, el padre insiste en una conversación que se tiene en privado, y que, en el relato de Salimbene, no está desprovista de cierta comicidad. Guido habla con evidente desprecio de esos frailecillos, oponiendo la suerte que le espera al hijo dentro de la Orden y fuera de ella. A pesar de la elocuencia desplegada y el tono acre de su reconvención, no logra torcer la voluntad del hijo que se siente fuerte en su vocación, sostenido por los frailes que a la sordina asisten a la entrevista. La negativa llena de cólera a su padre, que mezcla en sus maldiciones a sus dos hijos y a la Orden<sup>6</sup>.

Aquí se repite, aunque con menos presión, el episodio de San Francisco, el fundador<sup>7</sup>. Este recuerdo sería grato a Salimbene y es para nosotros revelador de las ambiciones laicas del siglo. No era ya honor, en estas familias, la destinación eclesiástica de los hijos, que con ella veían perderse la continuidad del esfuerzo. Lo secular clamaba ya por sus derechos, las fortunas exigían su acrecentamiento, los negocios su continuación. En la economía urbana que crecía rápidamente, la falta de continuadores agotaba el esfuerzo e imposibilitaba el ascenso hacia la nobleza entrevista. La vocación religiosa, otrora honor de la estirpe, era ya para estos burgueses una calamidad. Pietro Bernardone y Guido de Adam, colocados ante idéntica circunstancia, no pueden menos que abominar de estos hijos ingratos que así destierran de sus preocupaciones el peculio trabajosamente amasado por los padres. ¿A quién pertenecía el reino de lo absurdo, a los padres burgueses o a los hijos visionarios? Es que ya se perfilaba, con caracteres definidos, el rostro inmanente de la Europa particularista, y por siglos, las exigencias del cielo y las urgencias de la tierra, no volverían a encontrarse. Los constructores de la nueva Europa no resignarían la contienda hasta que Calvino les mostrara, en el horizonte del oro acumulado, la perspectiva de la tierra prometida. Según el relato de Salimbene, su decisión le valió una providencia de fray Elías, autorizándolo a residir en la provincia de la Orden que mejor le pareciese<sup>8</sup>. Otro resultado de la misma fue la visión que tuvo de la Virgen con el niño Jesús, la que consideró un premio por su actitud<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> H. E., pág. 40. "*Veruntamen post parietem ascultabant, qualia diceremus. Tremebant en im sicut iuncus in aqua, ne pater meus suis blanditiis meum animum immutaret; et non solum timebant pro salute anime mee, sed etiam, ne recessus meus occasionem daret aliis ordinem no intrandi. Dixit igitur michi pater meus: "fili dilecte, non credas istis pissintunicis" —id est qui in tunicis mingut—, "qui te deceperunt, sed veni mecum, et omnia mea tibi dabo". Oída la negativa de Salimbene dícele su padre: "Comendo te mille demonibus, maledicte fili et fratrem tuum, qui hic tecum est, qui etiam te decepit. Mea maledictio vobiscum sit perpetuo, que vos infernalibus commendet spiritibus".*

<sup>7</sup> Para el problema de San Francisco, véase THOMA DE CELANO: *S. Francisci Assisiensis. Vita et Miracula. Legenda Prima*: V y VI. <sup>8</sup> H. E.: pág. 42. <sup>9</sup> H. E.: pág. 41.



Allí en el convento de Fano comenzó sus estudios de teología, pero pronto se iniciaría la vida andariega de Salimbene. No siendo residencia segura ese convento, porque según parece su padre había encargado a algunos piratas de raptarlo, es trasladado a Jesi y luego a Luca. Pasando por Città di Castello se encuentra con el último fraile entrado en la Orden, quien al oír que se le llamaba Omnebene, considerando que esto parecía una irreverencia contra la grandeza de Dios, le cambió el nombre por el otro simbólico de Salimbene<sup>10</sup>.

En Luca estuvo dos años, retomando sus estudios de teología e iniciándose en los de música en los que tuvo como maestro a uno de los mejores cantores del tiempo, fray Vida de Luca. Allí Salimbene, que comenzaba a destacarse, se hizo de amistades fuera del convento, entre ellas, la de Nazario Gherardino, cuya mujer *uxor sua, Domina Flos - olive*, fue según lo nota nuestro cronista con ojo experto, aunque sin franciscana continencia, "*pulchra, pinguis et carnosá*". Ella también le favorecía con su amistad, porque agrega, *et michi familiaris et devota*<sup>11</sup>.

Esta observación no es aislada, estando en Francia dará nuevas pruebas de la atención que le merecían las mujeres. En esto, como en su gusto por los manjares, Salimbene se exhibe como un franciscano *sui generis*.

En 1241 es enviado a Siena y allí traba conocimiento con fray Bernardo de Quintavalle, el primer fraile recibido por San Francisco, relatándole éste circunstancias y recuerdos de la vida del fundador<sup>12</sup>.

Allí recibe su consagración como subdiácono y observa que en el convento hay veinticinco hermanos laicos, que a su entender, son completamente inútiles<sup>13</sup>. En ese lugar se encuentra por primera vez con fray Hugo de Digne, que pasaba por ser el máximo joaquinista de su tiempo, y del que dará en la Crónica abundantes noticias.

En 1243 pasa Salimbene al convento de Pisa. Su padre, en tanto, no cejaba en su empeño de traerlo consigo y pensó valerse de la amistad que tenía con Inocencio IV, el nuevo Papa, que subió al Solio en el mismo año. Según el relato, Inocencio había sido canónigo en la Iglesia de Parma y dada su buena memoria, no había olvidado que junto a ella vivía la familia de Adam. El propósito de su padre no logró consumarse, porque murió en 1244 sin haber conseguido lo que persiguió durante tanto tiempo<sup>14</sup>.

En Pisa, en 1246, fue promovido al diaconado. Luego de ocho años vuelve a su provincia, se instala en Cremona, a mediados de 1247, y allí recibe la noticia de la rebelión de Parma contra el emperador. Para Salimbene ese fue uno de los acontecimientos decisivos del retroceso de la casa de Suabia. Allí, en Parma, tiene ocasión de presenciar las operaciones del sitio y las respuestas de sus conciudadanos. Hasta 1247, Salimbene había recorrido diversas ciudades italianas, de acuerdo con la concesión que había recibido de fray Elías, aunque su libertad de movimiento se vio limitada por los acontecimientos bélicos que se derivaban de la acción de Federico II en el norte de Italia. A partir de esa fecha, su radio de acción se amplía y lo veremos, incluso, salir de Italia. Esta posibilidad enriquece el horizonte de nuestro cronista y satisface sus ansias de conocer. Enviado a Francia a perfeccionar sus estudios, aprovechan su partida para enviar correspondencia a la corte pontificia, que en esos momentos residía en Lyon. El Papa lo acoge con benevolencia, ya dijimos que conocía a su padre, y el recuerdo

<sup>10</sup> H. E.: págs. 38-39. <sup>11</sup> H. E.: pág. 67. <sup>12</sup> H. E.: pág. 39. <sup>13</sup> H. E.: pág. 99.  
<sup>14</sup> H. E.: pág. 61.



de la entrevista quedaría grabado por mucho tiempo en la mente del joven<sup>15</sup>. De este momento data el favor que Salimbene conseguirá, en todas partes donde actúe, de los mayores exponentes de la Curia y de la vida política del tiempo. Allí, en la Corte, su inteligencia y desenvoltura le granjearon el favor de los circunstantes. Él mismo se complace en contar cómo su respuesta acerca de la opinión que merecía a los de Parma el legado pontificio cardenal Octaviano degli Ubaldini, los llenó de admiración y entusiasmo hacia su persona<sup>16</sup>. La vivacidad y franqueza de la respuesta nos da la pauta del carácter de Salimbene. Otro en su lugar, y dado el sitio en que se encontraba hubiera buscado una contestación más diplomática y contemporalizadora. Al atacar directamente la cuestión, orilla el posible disgusto de su interlocutor y conquista la simpatía que merece por su desenvoltura y franqueza de ánimo. De todos modos, no se puede negar en ésta como en otras circunstancias, su audacia y despreocupación.

En Francia, su actividad no es menor que en Italia y recorre continuamente de un lugar a otro, siempre ávido de novedades. Entre ellas merece destacarse el relato, que le hace fray Juan de Pian de Carpini, de su estada entre los Tártaros, de los obsequios que trae al Papa y de la carta del Kan, que Salimbene transcribe en su Crónica<sup>17</sup>.

Va luego a Troyes, y de allí a Provins, donde topa con dos frailes que le exhortan a seguir las enseñanzas del abate Joaquín, de las que por otra parte, como sabemos, tenía noticias anteriores. Luego de diversas alternativas, sus superiores lo destinan a Auxerre, lugar en el que había florecido el eminente teólogo y filósofo Guillermo de Auxerre. Luego de recorrer la diócesis, va a Sens, para participar en el capítulo provincial que se reuniría en presencia de Juan de Parma, general de la Orden en ese momento. Allí llega también, el rey San Luis, que causa a Salimbene óptima impresión y que les agasaja con esplendidez<sup>18</sup>. No paran ahí los viajes de Salimbene, que se dirige luego a Marsella y de ahí a Hyeres, lugar donde se encuentra fray Hugo de Digne, según su testimonio el más destacado joaquinista de la época. Ese contacto dejará huellas en la vida posterior de nuestro cronista, que acrecentó allí el conocimiento que tenía de la doctrina, y al mismo tiempo parece haber adherido a ella con decisión. Por lo menos así lo demuestran otras referencias de Salimbene<sup>19</sup>.

Estamos en 1248 y en ese año, estando en Arlés, Salimbene aprobó su examen para predicar en público. La vida andariega del nuestro no parecía ser del agrado del General, que ordenó a él y a fray Hugo que se estableciesen en el convento de Génova<sup>20</sup>. En esa compañía, el joaquinismo de Salimbene no podía menos de aumentar, máxime si se tiene en cuenta que los acontecimientos italianos y la lucha del emperador con el Papa tenían cierto sabor apocalíptico.

Su posterior desilusión, se basa en el incumplimiento de las profecías joaquinistas, en lo que respecta al nuevo período a iniciarse con la muerte

<sup>15</sup> H. E.: págs. 53, 61, 178, 206.

<sup>16</sup> H. E.: pág. 384. Le interrogó Guillermo de Flesco, sobrino del Papa Inocencio IV y Salimbene contestó: "*Parmenses dicunt, quod proditor erit Parme, sicut fuit Faventie! Tunc dominus Guillelmus dixit! 'Há pro Deo! non est credendum. Cui respondi et dixi: 'Si est credendum vel non credendum, nescio, tamen Parmenses ita dicunt'*".

<sup>17</sup> H. E.: pág. 207. De paso anotemos que según el texto transcripto, el Kan, adoptaba respecto del Papa y de los cristianos en general, un tono conciliador, pero digno, pronto al acuerdo, pero también pronto a la guerra.

<sup>18</sup> H. E.: págs. 221-22. <sup>19</sup> H. E.: pág. 233. <sup>20</sup> H. E.: pág. 312.



de Federico II. Por el momento, nuestro fraile se encuentra imbuído de esas ideas que profesa más o menos abiertamente.

En Génova, a fines de 1248, es ordenado sacerdote. Luego, a principios del año siguiente, va de nuevo a Francia y vuelve a mediados de año a Italia, donde luego del solito vagar, se asienta por siete años en el convento de Ferrara<sup>21</sup>.

A partir de esa fecha, las noticias sobre la vida de Salimbene se hacen cada vez más escasas en la Crónica, lo que produce cierto desconcierto si se piensa que la obra se escribió después de 1283. En rigor, el segundo período de su vida, por estar más cerca de la fecha de composición, debía ser el más lúcido; no obstante sucede lo contrario y Salimbene parece tomado por cierto hastío. Según piensa Michael<sup>22</sup>, eso se debe a la nueva vida que se ve obligado a llevar, más sedentaria y con menos vicisitudes. Salimbene que amaba ese andar sin pausa, se encontraría embarazado con su nueva situación. Esa serenidad que repelía su espíritu, se había reflejado en la Crónica que a partir de ese momento se torna monótona, sin el colorido de la primera parte. Por otra parte, ese asentamiento de Salimbene sería el punto de partida para su labor historiográfica. Allí, en Ferrara, comenzó su obra en el conjunto de la cual sobresale nuestra Crónica con mérito indudable<sup>23</sup>.

Luego de 1256 recomienza sus viajes; va a Reggio, luego a Módena, y en 1259 lo tenemos un año en Borge San Donnino y de ahí vuelve a la ciudad anterior, para estar en 1261 en Bolonia. Su permanencia ya no es continua como durante su estada Ferrarense. Diversas ciudades le prestan alojamiento, entre las que merece destacarse Ravena. En 1265, ya se encuentra en Faenza y de allí va a Assis, luego a Perugia y de ahí a otras ciudades. Su continuo peregrinar hace ociosa la prolija enumeración. En 1273, estuvo con los de Bolonia en el sitio de Borli<sup>24</sup>.

Del período que va de 1275 a 1283 las noticias se pierden. En 1284 sabemos, por sus afirmaciones, que se encuentra en Reggio<sup>25</sup>. Parece también haber residido en el convento de Monfalcone hasta el 8 de setiembre de 1287. La Crónica, en lo que quedó de ella, trae datos hasta ese año, pero hay referencias a dos acontecimientos de 1288, uno de ellos un privilegio del Papa Nicolás IV a los Menores, y el otro, la muerte del escudero de Pinotto de Gente<sup>26</sup>.

A pesar de ser un espíritu de excepción, nuestro cronista no ocupó cargos dentro de la Orden, impedíalo su espíritu inquieto y su vocación en el fondo frustrada. A pesar del empeño que significó su ingreso en la Orden, su actitud fue más la de un hombre del siglo que la de un franciscano.

Esta insuficiencia de su vocación, no obstante, se convirtió en ventaja para nosotros, que gracias a sus cualidades, y aun a sus defectos, podemos disponer de este elocuente documento de su siglo. De lo que no cabe duda fue, que la larga experiencia acumulada en sus viajes, que le permitieron

<sup>21</sup> H. E.: págs. 332-33.

<sup>22</sup> E. MICHAEL: Salimbene und seine Chronik. Innsbruck, 1889, pág. 48, citado por N. Scivoletto, Fra Salimbene da Parma. Laterza, Bari, 1950, pág. 32. Aprovechemos para indicar que el trabajo de Scivoletto nos ha servido para cotejar nuestra investigación sobre la vida de Salimbene y en ocasiones la hemos ampliado con sus observaciones.

<sup>23</sup> N. SCIVOLETTO: op. cit., pág. 33. <sup>24</sup> H. E.: pág. 191. <sup>25</sup> H. E.: págs. 517-18.

<sup>26</sup> H. E.: págs. 625, 638. Además de la citada obra de Scivoletto, puede seguirse, en la enumeración de los hechos de su vida, la Introducción de B. Schmeidler al tomo XXXII del M. G. H.



ver en el lugar los acontecimientos, fue un precioso auxiliar de su vocación de historiador.

Si como franciscano dejó mucho que desear, como hijo del siglo embozado en el sayo, se constituye en una voz poderosa y elocuente. Queda todavía, como el testimonio indudable del tránsito de las formas historiográficas que de la Crónica universal derivan a la historiografía de ciudad. Detrás de él están Compagni y los Villani, más atrás Maquiavello y Guicciardini.

## II

Antes de comenzar con el análisis de los aspectos salientes de la Crónica, conviene que dediquemos algunas líneas al método histórico que Salimbene dice seguir, para ver hasta qué punto es posible colocarlo en la corriente de las nuevas formas historiográficas. La composición de la Crónica sigue en primera aproximación, la forma analística, detallando con precisión, año tras año, los acontecimientos que se sucedieron. Esta disposición del material, no obstante, no prima absolutamente y vemos que aquí y allá, cuando la ocasión o el personaje lo requieren, efectúa excursos más o menos largos, con abundantes citas bíblicas o de los Padres, para indicar las características que desea destacar, retomando luego el hilo del decurso. Conviene advertir que su relato no es indiferente como en la "crónica-tipo", sino que se coloca con vehemencia en el cuadro de los intereses que representa. La causalidad histórica, como veremos, no le es ajena, y no omite, ni el juicio, ni la crítica, ni la explicación.

El pragmatismo que rezuman sus páginas corrige la narración habitual y lo aproxima a las nuevas formas historiográficas que pronto se anunciarán. El simple hecho de preocuparse por expresar las directivas metodológicas que le guiaron en la composición de la Crónica, nos está indicando cierta capacidad crítica que no podemos subestimar, pero que conviene situar en sus justos términos, a fin de no exagerar la novedad del enfoque. Parece inevitable que en tiempos de transición todas las manifestaciones humanas, y especialmente las culturales, queden situadas a medio camino entre lo viejo y lo nuevo. Lo interesante en estos casos es determinar, si el desprendimiento insinuado de las nuevas formas posee suficiente vigor, como para conducirnos con cierta claridad en una perspectiva futura. Esta primera aproximación al método, deberá ser completada, posteriormente, con la observación de su educación a los hechos, vale decir, con el cumplimiento efectivo de sus postulados. Esa falta, en muchos casos, no se debe tanto a la poca claridad en la enunciación de los fines, sino a la impotencia de los medios conducentes a lograrlos. De esta segunda parte del problema nos ocuparemos luego a lo largo del análisis de sus cuadros y opiniones, quedando en este momento en la escueta postulación del método.

Gracias a lo afirmado por el propio Salimbene, y a los trabajos de crítica y reconstrucción que se efectuaron sobre la Crónica<sup>27</sup>, sabemos que éste dependió para la composición de algunos aspectos de la misma, de otras crónicas; entre ellas, especialmente, la del obispo Sicardo y la de Alberto Milioli. Esto se observa en particular para la primera parte de la Crónica, en la que Salimbene siguió el relato de Sicardo. En la página treinta y nue-

<sup>27</sup> Enviamos para la bibliografía de la Crónica a la obra ya citada de N. Scivoletto: pág. 46 y sigs., cuya enumeración sería ocioso repetir. Acerca del valor de la misma véase lo dicho en pág. 57.



ve de la edición de Holder-Egger, anota el nuestro: "*Hic verba Sichardi episcopi deseruerunt*".

Luego de esa afirmación, nos encontramos con una primera exposición del método que dice seguir. Comienza excusándose por haber incurrido en palabras incultas, rudas y gruesas, cuando no superfluas, siguiendo a aquellos que, en muchas partes, incluso no observan la gramática, aunque mantienen cierta congruencia en el relato histórico. Puesto él en la propia tarea, convendrá, dice, en el presente, ordenar, mejorar, agregar o quitar, según sea oportuno, y al mismo tiempo, guardar la buena gramática. Todo eso como ya hizo antes en el curso del relato respecto de muchos lugares, en los cuales descubrió variadas falsedades y rudezas, introducidas por otros escritores que presentan los hechos falsificados y deformados. Se advierte que se refiere a las otras crónicas que siguió, porque dice que eso solía acontecer por desidia de los copistas, que por su cuenta intercalan y modifican el relato original. Toda esa simplicidad, y la ingenua fe que se les prestó, no merece mayor consideración, ya que esto hicieron o para evitarse trabajo o por falta de pericia en las cosas de la historia. No obstante esas dificultades, dice Salimbene, mejor fue que escribiesen, aunque lo hiciesen simplemente, porque de ese modo pudieron tenerse noticias de lo acontecido en los mil años posteriores a la Encarnación del Señor, de los hechos ocurridos, de alguna verdad histórica, de las gestas y negocios acaecidos, de los que, a no ser por ellos, nada sabríamos, salvo que Dios los hubiese revelado como lo hizo con Moisés, Esdras, Juan en el Apocalipsis y Metodio, mártir en la cárcel y a muchos otros a los que fueron reveladas las cosas futuras y los secretos celestes. Y agrega luego, "lo mismo hicimos en muchas otras crónicas que por nosotros fueron escritas, editadas y enmendadas"<sup>28</sup>.

De lo antedicho puede observarse la actitud crítica de Salimbene. El nuestro es consciente de su superioridad frente a los que antes de él escribieron de historia. Debió purgarlos de sus errores de información y lenguaje y colocar en sus justos términos, lo que su ingenuidad e impericia deformaron. Puede advertirse también su distinción entre los acaecimientos históricos y las verdades reveladas. Con todos sus defectos, los relatos anteriores guardaron noticia de un pasado que caso contrario se habría oscurecido totalmente. Por otra parte, al referirse a la Revelación, distingue que ésta se aplicó, en los santos varones que la recibieron, a las cosas futuras y los secretos celestes. Ni unas ni otros corresponden al dominio de la historia, que opera con los hechos de la tierra. El futuro y lo celeste implican una trascendencia que escapa al historiador que de ningún modo puede presumir de vate o iluminado.

Aunque no conviene suponer demasiado en el terreno en que nos movemos, podríamos preguntarnos, si no se advierte en Salimbene la tácita afirmación de que esas crónicas se salvan del vilipendio absoluto, precisamente por haber recogido hechos que de ningún otro modo se hubiesen conocido. En sus palabras, "*Nisi Deus revelare vellet*", transparenta cierto escepticismo por una hipotética revelación que, como él muy bien sabía, se aplicó siempre a las cosas del futuro más que a las del pasado. En sus reflexiones parece insinuarse la idea que las cosas de los hombres, deben ser retenidas y transmitidas por los hombres.

Luego de habernos expuesto su posición frente a los que antes de él escribieron de historia, en otro pasaje de la Crónica, Salimbene se refiere

<sup>28</sup> H. E.: pág. 29.



a su propio método. Las observaciones anteriores quedan en el plano crítico, estas últimas apuntan a lo constructivo de su labor personal. Tenemos de su propia mano algunas indicaciones metodológicas, a través de las cuales se observa la presencia de un indudable sentido crítico. Llevado a definirse en la propia tarea, nos advierte el propósito consciente y honesto, hasta donde se lo permite, claro está, su posición espiritual y política, de referir las cosas buenas y útiles, todo lo digno de ser contado y de formar parte del contenido de la historia<sup>29</sup>. Estas indicaciones implican una profesión de honradez, y un sentido de selección que nos muestra a Salimbene un tanto apartado de la farragosa Crónica universal que recogía sin discriminación, multitud de datos. La consigna es no abdicar de la verdad histórica y especialmente saber elegir el objeto a que debía aplicarse esa verdad. Es conveniente saber, dice nuestro cronista, que entre los diversos tiempos hay siempre uno más hermoso que compete narrar a la historia. Por eso él no se aplicará a cualquier historia, a la de otros tiempos, sino a la de la época que tiene ante sus ojos, cuyas vicisitudes presencié, y que fué ilustrada por la acción de Federico II. Luego de la muerte de éste, prosigue su relato con los acontecimientos posteriores que alcanzan al período en que está escribiendo, o sea el año 1284<sup>30</sup>.

No hay que preocuparse, dice, si su estilo desconcierta, porque ya escribe en plural, ya en singular, porque es costumbre corriente en la Divina Escritura y en el estilo de los profetas.

Dijimos más arriba que se advertía en las disposiciones metodológicas de Salimbene cierto sentido de selección, que a su vez, implicaba una actitud crítica indudable. Todo esto sin que pretendamos exigirle, en ese momento, miras y alcances que la historiografía tardará siglos en conquistar. De todos modos sus expresiones son claras: "*bona et utilia et digna relatu*", lo bueno, lo útil, las cosas dignas de ser contadas.

Cinco siglos después, Voltaire, pensará algo parecido, cuando dice que sin descuidar la trayectoria del pasado conviene exaltar en especial, aquellos momentos en que la humanidad expresó de modo más cabal su esencia superior. Esos momentos servirían para ilustrar, con el ejemplo, el camino presente y el futuro. Ese pragmatismo, de larga data, pasaría también por Salimbene. Ya no es el sucederse indefinido y poliforme de cosas que se van eslabonando en un acaecer indiferente. Algo queda, sí, de la vieja Crónica, mucho aún, pero cuánto progreso en la distancia a través de esas pocas palabras: "lo bueno, lo útil y lo digno de ser contado".

Su tiempo, *tempore imperii Friderici*, resultaba particularmente apto para aleccionar con sus hechos a los hechos futuros. Era un tiempo digno de ser recordado y Salimbene lo hizo con precisión y detalles.

Esa preocupación por la verdad parece anteponerse a toda otra consideración, incluso a las exigencias de la forma literaria. Antes, como vimos, había afirmado que debió ocuparse en ordenar, según el buen uso gramatical, las crónicas de sus antecesores, que incluso en el idioma pecaban de rusticidad. Ahora no abdica de esa necesidad, pero renuncia al mismo tiempo a todo ornato que pueda oscurecer la claridad de la narración.

Sus propias palabras en este caso eximen de mayores comentarios: "*Ego quoque scribendo diversas cronicas simplici et intelligibili stilo usus*

<sup>29</sup> Que Salimbene advertía las dificultades de una objetividad absoluta lo muestran sus propias palabras: "*debet enim in hystoriarum scriptor communis esse persona, ita quod nec tantum omnia mala describat unius et omnia bona subiceat*". H. E.: pág. 472.

<sup>30</sup> H. E.: pág. 185.



*sum, ut neptis mea, cui scribebam, posset intelligere quod legebat, nec fuit michi cure de verborum ornatu, sed tantum de veritate historie conscribende*"<sup>31</sup>.

Cuando Salimbene, a pesar de su actitud crítica, reconoce a las crónicas anteriores un mínimo de utilidad: el conservar acontecimientos que de otro modo se hubieran perdido, salvo el caso de una revelación divina que se advierte remota, entiende subrayar el primado de los materiales en cuanto testimonios, sobre la forma y la belleza de la exposición.

Al hombre, pues, corresponde, no sólo hacer la historia, sino también recordarla, transmitiéndola a la posteridad; pero, ¿implica esto la exclusión total de toda fuerza trascendente? ¿Los hechos del hombre le corresponden absolutamente, o hay algo que en última instancia escapa a su acción? ¿Hay una causalidad inherente a las cosas, que explica su desenlace en un plano inmanente y concreto, o en última instancia un agente externo y supremo conduce el curso de la historia humana? Un hombre del siglo XIII, como lo es Salimbene no podría prescindir totalmente de la categoría trascendental: en última instancia Dios orienta la historia.

En 1176, Barbarroja, el desprejuiciado emperador, es derrotado en la batalla de Legnano. Frente a los hechos consumados, el César prepotente debe ceder y humillarse, "*sub potente manu Dei*", entrando en tratos con el Papa Alejandro III en la ciudad de Venecia. El acontecimiento mueve algunas reflexiones de Salimbene que ilustran su posición: "*O rota fortuna, que nunc humiliat, nunc exaltat! Immo non fortuna, sed Dominus est, qui mortificat et vivificat, deducit ad inferos et reducit. Dominus pauperem facit et ditat, humiliat et sublimat*"<sup>32</sup>.

Aquí, el pensamiento de Salimbene, sin el acostumbrado auxilio erudito de sus extensas citas bíblicas, se expresa con toda claridad. El pronto reemplazo del hado tradicional, recurso obligado de la causalidad pagana, por la acción divina, lo sitúa en el clima habitual de la historiografía cristiana. Por sobre el recurso externo de los episodios humanos, ordenando el cuadro heterogéneo de los vicios y ambiciones, la Providencia divina restablece el equilibrio. Emperadores o Papas, humildes y soberbios, soldados y campesinos, no escapan a esa acción que nuestro cronista considera decisiva. Este ingreso de lo sobrenatural en la explicación de los acontecimientos históricos, producido con el Cristianismo, retrotraía, en apariencia, el proceso historiográfico al planteo herodóteo; la diferencia introducida por el Cristianismo, no obstante las semejanzas externas, era mucho más profunda. Al enlazar el plano de lo divino con el plano de lo humano, el Cristianismo hizo posible la verdadera historicidad, integrando el destino del hombre con una realidad que no le era indiferente. La historiografía griega, con Heródoto, había quedado en el plano de lo maravilloso y al liberarse de esa perspectiva había incidido en el pragmatismo asentado sobre la repetición cíclica del acaecer humano. El pragmatismo que se expresa en Salimbene es más profundo, porque no excluye en la utilidad del relato la perspectiva final del destino humano.

### III

Para terminar con esta presentación de Salimbene, digamos algo sobre el idioma y el estilo de la Crónica. A pesar de su buena intención, no des-

<sup>31</sup> H. E.: pág 187. En líneas anteriores hace el elogio de Orosio, de su erudición y de la eficacia de su obra. <sup>32</sup> H. E.: pág. 2.



pojada de cierto tono jactancioso, de *bonam gramaticam ponere*, queda ésta en mero proyecto sin contenido real. Está el cronista demasiado comprometido en el clima social y político de su tiempo, tomado en ásperas luchas y crueles desgarrones, faltaba serenidad, ese mínimo de euforia necesaria para que florezcan en las ciudades italianas las exquisitas creaciones del Cuatrocientos.

El siglo de Salimbene es tiempo de cosas inciertas, está tomado en el conflicto de jerarquías y definiciones, vislumbra una aurora que aún no se concreta, y a la espera, la vela de armas se exaspera en riñas de taberna. En el mismo Salimbene no germinaba con demasiada convicción la semilla franciscana, futuro fruto del nuevo espíritu; en su mentalidad priman aún los motivos de la religiosidad anterior, gestada en la vida de los tiempos de hierro, con sus temores, incertidumbres y asperezas. El optimismo franciscano no tardaría en imponerse, porque su pobreza no es esterilidad, sino opulencia, confianza en la pureza del alma que se abre con igual espíritu hacia el Creador y las criaturas. Sin polémica con los muertos, creemos que Gentile equivocó la definición cuando escribió que el franciscanismo encarnaba la esencia del prístino cristianismo en formas budistas<sup>33</sup>, ya que sólo en apariencia podrían asignársele motivos nihilistas; aunque lo quisiéramos allí estaría Giotto para desmentirnos.

Salimbene no escapa al marco de su tiempo, su idioma es, aun en la superficie, una lengua vulgar que sólo en las desinencias y no completamente, adopta formas latinas. Su sintaxis, detestable en algunos casos, no corresponde ya a las tradicionales formas de la construcción latina. El uso repetido de las conjunciones copulativas, preanuncia, debajo el vocabulario a medias latino, la coordinación del vulgar. Las mismas palabras están fuertemente transformadas, los diptongos *ae* y *oe*, están reemplazados por la *e*, con reminiscencias del futuro italiano. La *h* intermedia, aparece cambiada en *ch* en vocablos como *mihi* y *nihil*, que se convierten en *michi* y *nichil*. Algunas vocales intermedias desaparecen, por ejemplo, *dominus* se convierte en *domnus*, prefigurando el futuro *don* y *dom*. Los verbos adoptan sus formas populares lo que da a la narración un tono de monotonía y plitud. Podemos coincidir con lo afirmado por Momigliano en que todo su modo de concebir, colorear y ligar el pensamiento es vulgar<sup>34</sup>. Dígase lo mismo de la diferencia que se advierte entre el latín de las citas que transcribe y el suyo propio. Esta calificación de vulgar debe entenderse, no como mera oposición a lo aristocrático, sino como expresión de sentimientos nativos, no refinados por la educación y la reflexión<sup>35</sup>.

La falta de serenidad en la tónica del siglo de que hablamos más arriba, se advierte también en el detallismo innecesario de algunas referencias, detallismo que por otra parte, se complace en el relato de lo feroz o lo obsceno en una medida que ofende al gusto más educado de épocas posteriores. De esta sensación puede uno evadirse cuando la procacidad alcanza los límites del grotesco y el disgusto se troca en sonrisas.

Si la Crónica tomada en su conjunto resulta monótona no es porque lo sea en su totalidad; en algunos pasajes Salimbene logra levantar el tono y entonces no podemos desconocerle cierta dramaticidad y eficacia descriptiva capaz de hacernos vivir la situación.

<sup>33</sup> G. GENTILE: Il pensiero italiano del Rinascimento. Sansoni, Firenze, 1940, pág. 22.

<sup>34</sup> A. MOMIGLIANO: Motivi e forme della Cronica di Salimbene, en Cinque Saggi. Sansoni, Firenze, 1945, pág. 83.

IBID.: pág. 82.



Su adjetivación, para terminar, guarda aún la vehemencia intolerante que se ejerce sin reticencias contra el adversario político o el perturbador religioso, aunque, al pasar, sabe discernir con generosidad las cualidades del oponente.

## EL CÍRCULO DE FEDERICO II.

### I

Con el fin de valorar mejor el contenido documental de la Crónica de Salimbene, hemos de quebrar su continuidad extrayendo de ella los aspectos que más interesan a nuestros propósitos. Por esta razón, comenzaremos por explayar el panorama político del siglo a través de las figuras que por los motivos señalados en la introducción, permiten definir esa época caótica y reveladora. Es lógico entonces, que este capítulo esté dedicado al círculo de Federico, núcleo de hombres que causó en su tiempo gran perturbación, porque a los ojos contemporáneos, y no sólo a los de la curia, su actitud aparecía evidentemente escandalosa.

En primer término está Federico II, el hombre que, recogiendo en su persona todas las tradiciones del pasado, las prolonga en el futuro que anticipa, depurándolas del pesado lastre de los siglos.

Salimbene con su método característico, interrumpiendo aquí y allá el orden cronológico que suele adoptar en su exposición, nos habla de Federico en múltiples oportunidades; en un caso, para trazar en breve perfil la totalidad de la situación, en otros para referirse a sus virtudes o a sus vicios, a los que llama sus supersticiones o a los que define como infortunios. Según las circunstancias del tema, el boceto original se amplía y enriquece con nuevos motivos, quedando el medallón definitivo librado a nuestra reconstrucción.

A pocas páginas de comenzada la Crónica esboza en breves líneas la situación de Federico. Depuesto Otón IV, Federico, hijo de Enrique VI, es elegido y elevado al honor del Imperio, dictando leyes excelentes en defensa de la libertad de la Iglesia y en contra de los herejes. Abundó, superando a todos los otros, en riquezas y glorias, pero al mismo tiempo abusó de la soberbia. Esto se manifestó en su acción tiránica contra la Iglesia y las violencias que ejerció contra sus miembros, por lo que Gregorio IX lo excomulgó. Finalmente, Gregorio, atribulado por las múltiples cargas de su pontificado, feneció, sucediéndole en la acción punitiva Inocencio IV, que reunió en Lyon un concilio deponiendo en el mismo al Emperador. Éste, depuesto, murió poco tiempo después dejando libre la sede del Imperio que aún hoy, dice Salimbene, se encuentra vacante<sup>1</sup>.

En esta rápida enumeración, se distingue el comienzo del reinado de Federico y su continuación, contrapuestos por valores diversos, cuando las "*Leges optimas pro libertate ecclesie*", se trocan en "*tyrannidem contra ecclesiam exercuit*". La euforia del primer momento deja paso a las realidades de la vida política italiana y a las exigencias del cargo que Federico encarnaba como rey de Sicilia y emperador de Alemania. Esta primera y esquemática presentación del personaje, se irá completando con notas aclaratorias de las causas del conflicto que comienza ya con Inocencio III, para desbordar luego en calificativos cuya contundencia traiciona la

<sup>1</sup> H. E.: pág. 22.



parcialidad de Salimbene. Sería por otra parte demasiado ingenuo que pretendiésemos otra cosa de él en este asunto; pero si no escatima el adjetivo, se muestra por el contrario preciso en discriminar el momento crucial del conflicto futuro. Inocencio III, bajo el cual floreció fortalecida la Iglesia de su tiempo, había conseguido someter bajo su férula al Imperio Romano y a todos los príncipes y reyes de la tierra. El principio de las disensiones y maldiciones, dice Salimbene, se produjo durante el gobierno de Otón IV y de Federico II, al que exaltó acogiéndolo como hijo de la Iglesia<sup>2</sup>. Sin decirlo expresamente, nuestro cronista parece insinuar que la elección de Inocencio III fue un error de su parte. El pontífice que tan prudente se había mostrado con el posible ascenso al Imperio del heredero de los Staufen, tomado luego en la disyuntiva y ante la rebelión de Otón, no tuvo otro candidato que Federico, produciéndose lo que con tanto empeño había querido evitar, cuando su anterior pupilo reveló con presteza una singular despreocupación por lo que tradicionalmente conocemos como derechos y libertades de la Iglesia.

Aclarado el proceso del advenimiento de Federico, Salimbene se apresura a emprenderla con el hombre cuyos hechos prestan a la Crónica singular articulación, y a fe que lo hace con lujo de adjetivos, con esos adjetivos tan típicos del siglo y de los hombres de iglesia, para con todos aquellos que contrariaban sus intenciones.

Federico fue hombre pestífero y maldito, cismático, herético, epicúreo y el más corrupto de toda la tierra, porque, siempre según Salimbene, sembró en las ciudades italianas el germen de la división y la discordia que duran aún en momentos en que el nuestro escribe<sup>3</sup>.

Esas circunstancias, apunta Salimbene, dan actualidad a lo profetizado por Joaquín de Floris al emperador Enrique, padre de Federico, cuando éste le interrogó por el futuro de su hijo, un niño en aquel entonces. El abad había sido preciso, el niño sería perverso y turbaría la tierra, sin descuidar a los mismos santos. Por lo tanto conviene a él lo dicho por Isaías, refiriéndose a Senacherib y Assur y aun el concepto bíblico fue cubierto por Federico en toda su amplitud, de lo que no puede dudarse, porque el mismo Salimbene lo vio con sus ojos, y lo escribe en el año de gracia de 1283<sup>4</sup>.

Y aquí vuelve nuestro cronista a un esbozo de explicación de la actitud de Inocencio III; cree que el Papa puede ser excusado por su elección luego de lo acontecido con Otón IV. Fue con buena intención que depuso al uno para exaltar al otro y en estas palabras, "Quia bona intentione", parece entenderse un oculto lamento. El Papa no podía prever lo que acontecería; ¿pero es esto completamente real y objetivo o es una mera disculpa por cosas que salieron de un modo distinto de como se preveían? Para nosotros, que aparentemente, por lo menos, estamos más al tanto del juego político de Inocencio, lo acaecido no es el producto de una ingenuidad del Pontífice, sino la consecuencia lógica de un proceso que trató de evitar hasta donde le fue posible. Caso contrario, la elevación de Otón, previa a la de Federico, no hubiera tenido sentido, ya que el niño por su condición de hijo de Enrique y nieto de Barbarossa era el indicado para ocupar el Imperio, dado que además, su minoría de edad lo ponía bajo la protección de la Iglesia como aconteció con el reino de Sicilia.

Pero el problema no era tan simple, ya que el niño pronto se haría hom-

<sup>2</sup> H. E.: pág. 31. <sup>3</sup> H. E.: pág. 31. <sup>4</sup> H. E.: pág. 31.



bre, y el peligro de ese heredero de casa rebelde, dueño de Reino y del Imperio, no podía desconocerse. Al decidirse por Otón, Inocencio había pesado cuidadosamente las posibilidades y no fue ingenuidad la suya si agotada la pacífica solución del pleito, tal cual se entrevió al principio, vino a dar en una salida que en el fondo aborrecía. A lo sumo podemos concederle el beneficio de la duda, como si hubiese dejado abierta la puerta para soluciones inesperadas, o pensase que, finalmente, el Suabo entraría en una docilidad extraña a su familia. Esto podía esperarse de Inocencio, que, según el nuestro, fue hombre audaz y de gran corazón.

Finalmente en 1220, Federico es coronado por Honorio III que de este modo sanciona la herencia que le dejó su antecesor<sup>5</sup>.

Mayor espacio dedica Salimbene a la narración del conflicto entre Federico e Inocencio IV. Se explica esto, en parte, por la mayor trascendencia de esa lucha, en la cual Federico es excomulgado y depuesto, por las consecuencias sociales y económicas de la misma y por el particular interés que el cronista tiene en subrayar a los dos protagonistas. A Federico por su cualidad de máximo enemigo de la Iglesia, con todo lo que implicaba su personalidad original, y a Inocencio IV, por razones familiares y personales, no olvidemos la amistad con su padre, la benevolencia que demostró en Lyon hacia Salimbene, y la energía que desplegó en la contienda, que no podía dejar de ser grata al nuestro, embarcado en un definido güelfismo.

La descripción de las calamidades acaecidas no está libre de cierta vivacidad y precisión, en la que logramos palpar el grado de perjuicios que la contienda produjo. Dura guerra y de gran duración la de aquellos tiempos, nos dice Salimbene; los hombres no podían arar ni sembrar, ni podar viñas ni vendimiar, ni siquiera habitar en las ciudades, especialmente en las zonas de Parma, Reggio, Módena y Cremona. Los hombres trabajaban cerca de las ciudades con el auxilio de los soldados, que se dividían en grupos, según el número de puertas que cada ciudad poseía. Todo el día, soldados armados custodiaban a los operarios y a los campesinos que trabajaban la tierra y esto era necesario porque el número de los ladrones y depredadores se había multiplicado, y cogían a los hombres conduciéndolos a prisión hasta que se redimiesen por dinero. Y se llevaban el ganado para comerlo o venderlo; a los que aprisionados no lograban redimirse, colgaban por las manos y los pies y les extraían los dientes, restregándoles en el rostro sapos, para que más rápidamente se redimiesen, lo que para ellos era más amargo y abominable que la peor muerte. Éstos eran más crueles que los mismos demonios. Y así desconfiaban unos de otros cuando iban por los caminos como si vieran el diablo, y se sospechaban mutuamente por el temor de ser capturados y conducidos a prisión<sup>6</sup>.

Los males se habían multiplicado en la tierra y con ellos las aves y bestias salvajes, faisanes, perdices y codornices, liebres, cabritos, ciervos, antílopes, jabalíes y lobos rapaces. No venían ya a las ciudades, según la antigua costumbre, para devorar a los corderitos y ovejas, porque aquéllas estaban incendiadas, y los lobos congregados en gran multitud en torno de alguna ciudad, aullaban con gran clamor a causa del hambre; entraban de noche en las ciudades y devoraban a los hombres que dormían bajo los pórticos o en carruajes, cuando no a las mujeres y los niños. A veces también perforaban las paredes de las casas y sofocaban a los párvulos en las cunas. Nadie podría creerlo si no hubiese visto como yo vi, dice Sa-

<sup>5</sup> H. E.: pág. 33. <sup>6</sup> H. E.: pág. 190.



limbene, las cosas horribles que sucedieron en ese tiempo, tanto a los hombres como a los animales de todo género y especie. También los zorros se habían multiplicado, y el mismo Salimbene tuvo ocasión de presenciar cómo se apresó a uno de dos, que privados hacía tiempo de carne, habían subido, atraídos por dos gallinas, al techo de una enfermería en la ciudad de Faenza<sup>7</sup>.

Ejemplo del temor de las gentes es lo acontecido en la ciudad de Parma, grata al cronista por su nacimiento y las virtudes demostradas en la lucha contra Federico. El emperador había dispuesto que en caso de tomarse la ciudad, fuese ésta destruida en pago de su rebelión, y para sempiterno oprobio y ejemplo, fuese sembrada con sal, símbolo de esterilidad, para que nunca más resurgiese. Enteradas de esto, las mujeres del lugar, en especial las ricas, nobles y poderosas, fueron ante la Virgen en actitud implorante, a fin de que liberase a su ciudad de Federico y de sus otros enemigos, ella que tenía bajo su nombre y advocación la Iglesia matriz de la ciudad de Parma. Para que la Virgen mejor las escuchase le hicieron hacer una corona toda de plata, que Salimbene dice haber visto, dedicándosela por su intercesión<sup>8</sup>.

Tantas maldades y avances contra la Iglesia, no podían quedar, por lo menos en la mentalidad de Salimbene, sin el condigno castigo. En efecto en el año 1245, Inocencio IV dictó contra él sentencia de deposición<sup>9</sup>.

Digno y justo castigo, dice el nuestro, por su ingratitud, ya que levantó su cerviz y su calcáneo contra la Iglesia, que lo había nutrido y defendido contra sus enemigos, elevándolo oportunamente al Imperio. En compensación, él la había perseguido e impugnado, y así fue que por su ingratitud y su mérito fue privado del cargo, ya que no reconoció la gracia que se le había otorgado. Le aconteció a él lo que al ave a quien se quitaron las plumas de las alas, inmediatamente pierde vigor y no puede volar hasta el momento en que reaparezcan las plumas de que fue privada<sup>10</sup>.

En estas reflexiones se pone en evidencia, en todo su vigor, el estilo de Salimbene, junto con la forma de su composición literaria. La descripción de las circunstancias externas, tan prolija como posible, confirma las frecuentes expresiones del cronista cuando dice que lo narrado lo vio con sus propios ojos. El cuadro de la situación de las ciudades del Norte durante el conflicto con Federico, está logrado con vivos colores y detalles precisos; estos últimos, especialmente, no dejan duda de la veracidad de lo afirmado, porque determinadas circunstancias sólo pueden relatarse en esa forma cuando se las ha vivido. Pero la presentación del escenario no impide que Salimbene vuelva de tanto en tanto sobre sí mismo para reflexionar y anotar sus impresiones acerca del problema moral. Es que el cronista nunca permanece indiferente frente al drama que transcurre ante sus ojos, y mientras persigue el hilo de la trama, va tejiendo en cada nudo la explicación interesada, porque en esto podemos pedirle más de lo que está dispuesto a dar, y su objetividad queda inevitablemente tomada en la polémica de güelfos y gibelinos.

## II

El interés de Salimbene por la figura de Federico II no es meramente casual. Como apuntábamos antes, el emperador y sus hechos impregnan

<sup>7</sup> H. E.: pág. 191. <sup>8</sup> H. E.: pág. 196. <sup>9</sup> H. E.: pág. 177. <sup>10</sup> H. E.: págs. 191-92.



toda la Crónica. No debe extrañarnos entonces que dedique largos excursos a señalar el perfil del protagonista, deteniéndose con profusión de adjetivos en sus defectos más que en sus virtudes. Para percibir estas últimas hay que rastrear en la maraña de epítetos, en la que se desliza, como al descuido, el distingo oportuno, Aquí y allá aparece y se impone su sentido de la justicia y otorga a Federico lo que oficialmente le niega. A pesar de su empeño y de su selvática adjetivación, ya no es Salimbene el ingenuo cronista que registra los hechos sin discriminación, como si obrasen a la manera de muñecos incontrolados. Aquí cada acontecimiento aparece con demasiada evidencia el producto de circunstancias humanas. Es Dios quien exalta o humilla, pero al hombre corresponde en última instancia merecer lo uno o lo otro. Esto lo observaremos mejor al ocuparnos directamente de la figura de Federico II, cuya importancia resalta aun en el interés que le dedican las profecías de Joaquín de Floris a las que, como sabemos, no es indiferente Salimbene. Bajo un lenguaje figurado sus dichos señalan al Emperador oprobioso: Caldea es llamada la tierra romana y Assur el mismo Federico; Sicilia se convierte en Tiro, y los días de un rey señalan la vida del César, que no ha de durar más allá de los setenta años, porque Federico perecerá más por decreto divino que por circunstancia humana<sup>11</sup>.

Los males que Federico ocasionó a Italia adquieren en la pluma del nuestro siempre nuevos caracteres, en los que el tema de su iniquidad se enriquece continuamente. Por donde transita Federico, divisiones y maldiciones caen sobre los hombres y las ciudades, y esta acción se prolongó hasta fines del siglo en momentos en que Salimbene escribía su Crónica, ya que dice, mientras exista el hombre se prolongarán sus maldades, sus vicios, e iniquidades, estimuladas por el demonio, tradicional enemigo de los humanos. Si Federico tuvo algunas virtudes, y este tono dubitativo es una concesión de Salimbene, muchos más fueron sus vicios y perversidades, según debe entenderse del tono empleado<sup>12</sup>.

Luego de haber trazado periféricamente el perfil moral de Federico, Salimbene se apresura a explicitar en detalle las imputaciones generales. Siempre plugo al emperador estar en discordia con la Iglesia, atacándola y zahiriéndola, él, que por ella fue nutrido, defendido y exaltado. Pasa luego como a la ligera una acusación de ateísmo, que a los oídos del siglo debía sonar monstruosa, aunque Salimbene parece colocarla en una serie enumerativa de errores y calamidades, más que destacarla con precisión. La afirmación va sin comentarios. Vienen luego los calificativos, sin retaceo alguno: fue hombre experto, astuto, avaro, lujurioso, malicioso e iracundo. No obstante el cronista anota con cierta nostalgia que fue hombre de valor, cuando quiso exponer el mérito de sus bondades, alegre, jocos, capaz de deleitar, industrioso; sabía leer, escribir y cantar y no sólo repetía, sino que también componía de su propia invención. Fue hombre hermoso y de bella estampa, aunque de mediana estatura. Verlo, dice Salimbene, y esto parece extraño en una pluma que tan corrientemente lo fustiga, era amarlo.

Recuerda el nuestro, el episodio de su juventud, en el que Federico intervino ante Elías de Cortona para que éste le permitiese volver ante su padre. Sabía muchas lenguas y hablaba varias de ellas; y como pensando haberse excedido en los elogios, Salimbene anota que, para decirlo en breve, si fuese buen católico y hubiese amado a Dios, a la Iglesia y a su propia alma, pocos iguales a él en el mundo se encontrarían<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> H. E.: pág. 241. <sup>12</sup> H. E.: pág. 591. <sup>13</sup> H. E.: pág. 349.



Todavía otra precisión, acerca del carácter de Federico, queda en la pluma de Salimbene. El emperador parece no haber sido buen amigo, y su fidelidad para con los asiduos a su destino habría dejado mucho que desear. Nada otorgaba que luego no cobrase ampliamente, y aún esto a título precario, pronto a la reacción opuesta que aniquilaba al beneficiado. Las expresiones del cronista son duras y firmes, con ese realismo tan suyo, tan parcial siempre, cuando abandona, como lo hace con frecuencia, la precaria objetividad que en ocasiones le acompaña. "*Nunquam nutrivì porcum, de quo axungiam non habuerim*" y aclara "*Volebat dicere, quod postea expoliabat eum honore impenso et divitiis, quas habebat*"<sup>14</sup>.

Esta referencia tan concreta, daría la pauta de un cerebro calculador, acompañando a un corazón frío, exento de humanidad, aun sin ese mínimo de lealtad para con los que por él se sacrificaban. Esto explicaría, por lo menos podemos deducirlo, el singular destino que padecería el talentoso Pier della Vigna, autor de las más originales creaciones de Federico. Como veremos oportunamente, Dante no acompaña a Salimbene en juicios de este tipo. En el siglo XIII, güelfismo y gibelinismo configuran, no sólo actitudes diversas frente al problema político, sino oposiciones definidas en lo que respecta a la determinación de la sustancia del siglo.

Definido el carácter de Federico, Salimbene pasa a la enumeración de lo que él llama supersticiones y que según nuestra opinión resultan la expresión de su originalidad, de esa originalidad que le permite colocarse en el camino de las anticipaciones transformadoras de su tiempo. El calificativo del cronista nos indica lo inusitado de esa actividad: algunas de esas supersticiones, son un avance en el camino de la ciencia experimental, esa nueva curiosidad que se insinuaba, con creciente insistencia, en el nuevo panorama europeo. Como dijimos más arriba, no podemos pedirle al nuestro que vaya más allá de las posibilidades de su tiempo; además dada la peculiar posición del emperador frente a los hombres de iglesia, toda novedad, toda actitud distinta, debía forzosamente ser mirada con desconfianza.

En la enumeración, Salimbene mezcla los motivos más dispares sin darles mayor orden y otorgando igual jerarquía a actitudes diversas.

Según la enunciación del cronista éstas eran las supersticiones de Federico: A un notario que escribía su nombre de modo diverso, según el antojo del momento, le hizo amputar el pulgar. Quería el Emperador que su nombre se escribiese con *i* en la primera sílaba, vale decir, *Fridericus*, mientras que el notario de marras lo hacía con *e*, esto es *Fredericus*. Esta veleidad le costó la pérdida del dedo.

Otra ocurrencia de Federico, nos lo muestra embarcado en experiencias psicopedagógicas. En efecto, quería experimentar cuál sería la lengua y el habla de los niños que crecieran sin comunicarse con otras personas. Comenzaba por dotar a los niños de nodrizas y niñeras que los alimentasen, bañasen y limpiasen, pero que de ningún modo les hablasen ni acariciasen. Quería saber si fuera de la hebrea, que era la primera lengua, usasen la griega, la latina, la árabe o la lengua de los parientes cerca de los cuales nacieron. Pero Federico obraba en el vacío, porque los niños morían todos, dice Salimbene, porque no podían vivir sin la vista de gestos y actitudes benevolentes, caras alegres y caricias de las niñeras y nodrizas. De ahí

<sup>14</sup> H. E.: págs. 439 y 199-200.



los gestos y cantos que las mujeres dicen acunándolos, sin los cuales los niños no permanecen quietos ni duermen.

La tercera es una referencia geográfica cara al corazón de Federico. Cuando vio las llamadas por Dios tierras de promisión, cuyos ríos manaban leche y miel, mostró cierto disgusto diciendo que el apelativo se debía al hecho de no conocer el Dios de los judíos las tierras donde gobernaba Federico, vale decir, la de Labor, Apulia, Calabria y Sicilia. De haberlas visto no habría exaltado tanto las que prometió y dio a los judíos.

La cuarta superstición fue la siguiente: a un cierto Nicolás, envió contra su voluntad, muchas veces, al fondo del mar del Faro, y éste volvía siempre de su arriesgada misión. Queriendo conocer la verdad, si en efecto descendía hasta el fondo, arrojó Federico su copa de oro, donde creyó que era mayor la profundidad. El hombre, mientras descendía, encontró la copa, la tomó y la restituyó al sorprendido emperador. Como, no obstante, de nuevo quisiese enviarle Federico, díjole el hombre: de ningún modo me envíes allí, porque muy turbado está el mar más profundo y si voy nunca volveré. De todos modos el emperador hizo su capricho y Nicolás jamás regresó porque, dice el nuestro, en el fondo del mar en momentos en que se desata la tempestad, hay grandes peces, rocas y muchas naves desgarradas, como el mismo hombre contaba.

Prosigue luego Salimbene con el relato de otras rarezas de Federico a las que define como supersticiones, curiosidades, maldiciones e incredulidades, perversidades y abusos, de los que dio el nuestro noticias en otra Crónica, según sus propias palabras. Pensaba Federico, dice, que el hombre vivía en su vigor hasta que moría, queriendo con ello demostrar que el alma perecía totalmente con el cuerpo. Era epicúreo y creía poder encontrar en la Divina Escritura por sí, y por sus sabios, ya que lo hacía por ostentación, que no había otra vida después de la muerte.

La sexta curiosidad y superstición de Federico, como también manifestó en otra Crónica, era de carácter fisiológico. Deseando conocer quien digería mejor los alimentos, si el que reposaba después del almuerzo o el que se ejercitaba en algún menester, tomó dos hombres que habían comido; a uno lo envió a dormir y al otro a cazar. Luego hizo que se les abriese el abdomen para observar quien había digerido mejor. Por indicación de los médicos se supo que mejor lo hizo el que había dormido. La última manía que Salimbene relata, según dice, para no abundar en detalles, aburrir al lector y en obsequio a la brevedad, es la pregunta que Federico hizo a su astrólogo Miguel Scoto, acerca de la distancia del cielo y cómo éste se ingenió para dar un veredicto concorde en dos lugares distintos<sup>15</sup>.

No figura en la nómina de sus supersticiones, pero si en la de sus exotismos, según parece deducirse de las comparaciones que trae a colación el mismo Salimbene, otro episodio que el cronista, según su conocida costumbre declara haber visto con sus ojos. En el año 1235, el emperador envió a Lombardía, un elefante, con muchos dromedarios y camellos, leopardos, halcones y gavilanes. Pasaron por Parma donde el nuestro los vio y fueron a establecerse en Cremona. Federico solía llevar en su ejército muchos elefantes, junto con sus sarracenos, y así tenían éstos el aspecto y el poderío de aquellos otros famosos de Alejandro y Antíoco. Aquí de nuevo puede advertirse la singularidad del Suabo y la conmoción que provocó en su tiempo con sus costumbres y arrestos de sátrapa oriental<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> H. E.: págs. 349-53. <sup>16</sup> H. E.: págs. 92-95.



Junto con estas referencias destinadas a ilustrar la extraña conducta de Federico, Salimbene trae otras en las que no puede dejar de advertirse una secreta o por lo menos involuntaria simpatía hacia la extraordinaria figura del inquietante emperador. Salimbene es parcial, pero nunca mezquino. Esto conviene aclararlo para no confundirnos con sus aparentes cambios de frente, y sus manifestaciones, que parecen a veces contradictorias. Vemos así que reconoce en Federico una cualidad no frecuente en los poderosos: sabía oír que hablasen de él, y debe entenderse no favorablemente, sin tomar represalias<sup>17</sup>.

Pero hay algo más que trasluce en sentimiento antes mencionado. Así como enumeró antes las llamadas las supersticiones de Federico, se ocupará también de los que define como infortunios del emperador. Esta calificación sirve de contraparte al tono acre que en otras ocasiones adopta el cronista, porque, según creemos, el alegato disminuye en esta cuestión su tono acusador. El infortunio es siempre objeto de conmiseración, invocá en su favor una suerte esquiva, un destino ineluctable que se cumple inexorablemente, y el que observa desde fuera, aunque sea un enemigo, no se exime de la nobleza necesaria para juzgar sin vanos rencores.

Los diez infortunios de Federico, que Salimbene reseña, están colocados en la línea de ese mínimo de justicia que debemos exigirle a un hombre como el nuestro, adversario sin saña, aunque decidido a no conceder más de lo necesario.

A pesar de su grandeza y poder, Federico fue muy infortunado. El primero de esos infortunios fue la suerte corrida por su hijo Enrique que debía heredarle, y que rebelado contra su padre, pereció en la cárcel. El segundo fue el deseo de supeditar la Iglesia a él, pretendiendo que el Papa, los cardenales y los restantes prelados fuesen pobres y anduviesen descalzos. Esto no lo hacía por celo divino, ya que no era buen católico, y sí, muy avaro y codicioso; y deseando los tesoros y riquezas de la Iglesia para él y sus hijos, no cejó en el empeño de deprimir su potencia. Otra de sus desgracias fue el intento de subyugar a los lombardos, cosa que no alcanzó porque cuando ganaba en un lugar perdía en el otro. El cuarto infortunio fue su deposición ya que fue privado en vida del Imperio, cosa que le causó gran dolor. Otra de sus desgracias fue la rebelión de Parma, que contribuyó a su caída, y el destino que corrió la ciudad de Victoria que había edificado junto a Parma. Tomada por los parmenses, fue quemada y destruída, no quedando de ella vestigio alguno. La rebelión de sus príncipes y barones se unió a sus otras desgracias. Entre ellos menciona Salimbene a Francisco Tebaldo y Pier della Vigna, acogiendo respecto de este último una versión que Dante no aceptará. Otra de sus desgracias fue la prisión que su hijo Enrique sufrió a mano de los boloñeses. Finalmente, para colmo de su orgullo de jefe, uno de sus hombres, Humberto, marqués Pelavicino, obtuvo en Lombardía un éxito que nunca había podido lograr cuando combatía en sus filas.

Tenemos también en esta enumeración, lo acontecido a Federico con motivo de su Cruzada a Jerusalén. El emperador había cruzado el mar para recuperar Tierra Santa, pero defraudando las esperanzas de la Iglesia hizo la paz con los Sarracenos *sine Christianorum utilitate*, resumiendo Salimbene en esas palabras todo lo inusitado de la diplomacia de Federico<sup>18</sup>.

Un último infortunio de Federico fue la suerte de su cadáver. Correspon-

<sup>17</sup> H. E.: pág. 354. <sup>18</sup> H. E.: págs. 341-44.



díale ser sepultado, junto a los otros reyes de Sicilia, pero diversas circunstancias impidieron el evento. Entre ellas las convulsiones internas de la Isla, el deseo de Manfredo de ocultar su suerte, para llegar al lugar antes de su medio hermano Conrado que debía venir de Alemania, y por último y como consecuencia de lo anterior, el hedor que despedía su cuerpo que había entrado en descomposición<sup>19</sup>.

Pero Salimbene no es justo ni bondadoso con Federico y su familia; su ecuanimidad presente a ratos, desaparece en cuanto se impone un juicio definitivo sobre los desgraciados Staufen. No merecía misericordia el hombre que podía ser comparado a Joas y Aman, trágicos personajes del antiguo Testamento, y con él, con su muerte, debía ser arrastrada toda su familia.

La tragedia de los hijos del emperador deja indiferente a su justiciera, aunque parcialísima opinión. Se limita a consignar que Dios hizo bien en limpiar la tierra de sus hijos<sup>20</sup>.

A pesar de esto no podemos ser demasiado severos con Salimbene, tomado aún en actitudes que el franciscanismo no había podido modificar, mas si tenemos en cuenta que su posición dentro de la Orden fue siempre singular. Se impone su güelfismo, y la poca piedad común a su tiempo, en la que el enemigo era mirado como un monstruo execrable. Su adjetivación no es personal, podemos leerla en las bulas intemperantes que se suceden del XI al XIII, y en los dicterios habituales de un tiempo sin caridad.

### III

“..... Io son Manfredi  
Nepote de Constanza imperadrice;  
Ondi'o ti priego che, quando tu riedi,  
Vadi a mia bella figlia, genitrice  
Dell' onor di Cicilia e di Ragona,  
E dichì il vero a lei, s'altro si dice.

*Purgatorio, III, 112-17.*

Salimos así con un juicio anticipado al encuentro de los hijos de Federico en la Crónica de Salimbene. Dante, como veremos en el apéndice al presente capítulo, constituye, más allá de nuestro cronista, la contraparte de sus opiniones, ubicadas en un plano diverso del enfoque histórico. El poeta de Italia, sumergido en los intereses laicos de la unidad italiana, propiciando una restauración imperial que pusiese en sus justos límites la autoridad pontificia, no podía ser indiferente a la política de Federico II y a sus personajes representativos. Entre ellos, en primer término, el bello Manfredo, cuyo cenotafio aún espera en Montevergine, los restos imposibles de aquel que prefirió morir como jefe a salvarse como hombre. ¿Cuántas esperanzas en él frustradas por la muerte anticipada e injusta, cuántos dicterios enlodaron el grande destino que la mezquindad no supo valorar? Pero ahí están, imperecederos, los versos del Alighieri restableciendo el equilibrio de la suprema justicia: “*E dichì il vero a lei, s'altro si dice*”. Y cómo lo sabía Dante: No otro sentimiento traen desde ultratumba esas palabras reivindicadoras, esa exigencia de verdad contra la calumnia ensañada, a la que no es ajeno nuestro cronista. Para Salimbene la escala de valores es otra, despojada de idealismo político y comprometida en la posición ya antihistórica de los intereses güelfos.

<sup>19</sup> H. E.: pág. 347. <sup>20</sup> H. E.: págs. 89-90 y 348.



Pasar del mundo de Salimbene al de Dante es pasar de una Italia a otra, de unos intereses viejos a otros nuevos, del adjetivo injusto y denigrante a la serena esperanza en un futuro mejor. Por eso el Manfredo de Salimbene no es el de Dante.

Como en los otros casos, el cronista da referencias precisas: Manfredo era hijo ilegítimo de Federico y de Blanca, sobrina del marqués de Lancia, aunque casó con ella in articulo mortis<sup>21</sup>.

Nunca ocupó el Imperio, pero fue llamado príncipe por los que habían amado a su padre y por muchos años dominó en Calabria, Sicilia y Apulia, luego de la muerte de su padre y hermanos<sup>22</sup>.

Admite Salimbene que Manfredo fue hombre de paz y casi religioso. Amaba a los religiosos y regulares, y en especial manera a los frailes menores. A todos los regulares obsequiaba abundantemente y sin medida<sup>23</sup>. Este juicio benévolo, pero interesado, nos muestra a Salimbene tomado en un círculo de valores específicamente materiales. Qué lejos estamos del espíritu franciscano en estas reflexiones que señalan la bonhomía del feligrés dadivoso y una valoración colocada en el ángulo de los intereses personales o de su orden. Porque estas concesiones precarias se tornan prontamente adversas, en cuanto la política de Manfredo sufra algún cambio respecto de los intereses eclesiásticos.

Pronto Manfredo será el maldito, digno de la muerte recibida por sus muchas iniquidades<sup>24</sup>. Recoge Salimbene la especie que corría acerca de la muerte de Conrado: éste, por indicación de su hermano Manfredo habría sido envenenado con el agua contaminada de una enema que se le aplicó<sup>25</sup>.

Consigna finalmente el dato que Manfredo casó con la hija de Pedro de Aragón<sup>26</sup>, pereciendo luego a manos de Carlos de Anjou<sup>27</sup>.

Los otros hijos de Federico fueron Enrique, Conrado y Hencio. El primero, causa de tantos sinsabores y secreta angustia para su padre no era hijo legítimo. Estuvo metido en diversas complicaciones y en un momento dado pareció levantarse contra su padre. Murió en Bolonia, no de muerte natural, precisamente, siendo honrado como correspondía a su condición, embalsamado y sepultado, asociándosele en el lugar con Santo Domingo. El otro, Conrado, según la versión de Salimbene antes expuesta, habría perecido por intrigas de Manfredo. Fue hijo legítimo de Federico y de la hija del rey Juan, y no obstante careció del título y del rango de emperador. Sus huesos que eran conducidos para ser sepultados en la ciudad de Palermo, fueron esparcidos en el mar a la altura de Mesina y dados a los peces. Así se privó de la sepultura que los reyes de Sicilia tenían en el lugar<sup>28</sup>.

De todos los hijos, según Salimbene, el que más valía era Hencio, rey de Cerdeña, capturado por los de Bologna y encarcelado hasta su muerte<sup>29</sup>.

El último retoño de esa desgraciada estirpe fue Corradino, hijo de Conrado, que asumió la corona cuando se le daba por muerto. Su destino, no obstante, estaba sellado y pronto sería fríamente sacrificado a las exigencias de la política güelfa, personificada en esos momentos por Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia<sup>30</sup>.

No se advierte en las referencias del cronista la menor emoción. La sucesión de acontecimientos trágicos que presidieron la desaparición de los Staufen le deja indiferente. Esos enemigos no merecen su compasión, cuan-

<sup>21</sup> H. E.: pág. 205. <sup>22</sup> H. E.: pág. 349. <sup>23</sup> H. E.: pág. 376. <sup>24</sup> H. E.: pág. 470.  
<sup>25</sup> H. E.: pág. 471. <sup>26</sup> H. E.: pág. 509. <sup>27</sup> H. E.: pág. 370. <sup>28</sup> H. E.: págs. 486 y 389.  
<sup>29</sup> H. E.: pág. 471. <sup>30</sup> H. E.: págs. 454 y 349-50.



do opina lo hace simplemente para señalar con frialdad lo merecido de la muerte de esos hombres a los que Dios castiga por sus maldades.

Habituados a las conquistas objetivas de la historiografía posterior a Ranke, podemos todavía asombrarnos de tanta parcialidad, especialmente si olvidamos que aun en nuestro siglo, cuando nos compromete la pasión política, la pretendida objetividad se hace trizas.

#### IV

Los hijos de Federico, salvo el caso singular de Manfredo, no alcanzan a sobresalir en la historia del siglo. Lo mismo no podría decirse de otros hombres de su círculo, que encumbrados por Federico a las más altas posiciones sirvieron de base, de uno u otro modo, a la gestación técnica y práctica de su poderío.

Entre ellos y en primer término la extraordinaria figura de Pier della Vigna, de esclarecidos hechos y trágico fin. El destino de este hombre, brazo derecho del emperador y por lo menos tan odiado como él, recuerda en algo al de Manfredo. Él también necesitará que alguien diga la verdad si alguna otra cosa se dice. ¡Y vaya si se decía! El Séneca del nuevo Nerón, el Simón el Mago del Anticristo, el hombre que ineludiblemente y de todos modos aparecía unido a Federico. Salimbene da de él breves pero claras noticias. Fue amado grandemente por el emperador, que de la nada lo levantó a las alturas. Era antes un hombre pobre y el emperador lo hizo dictador, lo llamó Logotheta y lo honró ampliamente. El que ostentaba ese cargo hacía los discursos destinados al pueblo y los decretos que el emperador o cualquier príncipe anunciaba a los súbditos<sup>31</sup>.

Pier della Vigna fue gran personaje en la curia imperial, consejero y dictador, recordando Salimbene lo antes dicho sobre sus condiciones y el origen de su poder. La frase tiene acentos bíblicos: "*De pulvere exaltaverat, et in eundem pulverem eum postmodum fecit reverti*", como si el emperador hubiese obrado a la manera de un taumaturgo. Narra luego Salimbene la especie que circulaba en torno a la calumnia que trajo la desgracia de Pier della Vigna. El emperador, queriendo evitar que el Papa Inocencio IV lo depusiera, envió cerca de él a Tadeo de Sessa y a Pier della Vigna al que amaba mucho. Ambos ocupaban en la corte de Federico cargos importantes, y ésta es la razón, junto con la confianza que merecían al emperador, para que se les enviase a Lyon, donde el Papa preparaba un Concilio con el fin de deponerlo y privarlo del Imperio. El Papa les habría recibido y conversado con ellos en privado, hecho que relatado por los acompañantes, despertó la desconfianza de Federico que ordenó su captura y encarcelamiento. Durante el mismo aconteció su trágica muerte<sup>32</sup>.

Con su capacidad de síntesis, Salimbene describe el tránsito de Pier della Vigna. Pocas palabras le bastan para señalar uno de los acontecimientos de más gravitación en su tiempo, del cual recoge en este caso lo que podríamos llamar la versión oficial, porque el desgraciado fin de Pier della Vigna, como veremos oportunamente, no es susceptible de explicaciones tan sencillas. Un poco más adelante, busca la explicación de estas actitudes en la psicología del emperador, capaz de explicar a su entender todos los excesos que en vida cometió. Ya tuvimos ocasión de leer más arriba su explicación de las interesadas amistades del emperador, que no ele-

<sup>31</sup> H. E.: pág. 343. <sup>32</sup> H. E.: pág. 200.



vaba a nadie al que luego no hubiese de expoliar. Aquí insiste una vez más aportando detalles complementarios: era Federico, nos dice, miserable y avaro, al punto de no parar hasta no haber envilecido, confundido y muerto a sus amigos, despojándoles de sus subsistencia, tesoros y posesiones en beneficio propio y de sus hijos<sup>33</sup>.

Es indudable que el trágico fin de Pier della Vigna no favoreció la posterior fama de Federico, ya que no pudo evitar el aparecer en franca contradicción respecto del hombre que tan bien y con tanta eficacia le había servido. La explicación de estos hechos alcanzan a través de Salimbene un acento demasiado interesado, y a veces pueril, porque, o los acontecimientos no son coincidentes o lo expuesto no conforma las más elementales leyes de la lógica. ¿Podía el experto logoteta esperar mejor suerte bajo un nuevo año perteneciente a una facción política que siempre le había odiado? Y en el mejor de los casos, ¿tan fácil hubiera resultado para su avisada experiencia dar cuenta del emperador? Dante, en este caso como en otros, nos expondrá otros puntos de vista que tendremos ocasión de cotejar.

Otro de los hombres siniestros en la galería de Salimbene fué Huberto, marqués de Pelavicino. Él también sirvió al juego político de Federico y esto, más que sus crueldades basta para que el nuestro lo sumerja en su infierno particular. Lo describe como hombre viejo, grácil y débil, dotado de un solo ojo. Siendo un párvulo, mientras yacía en la cuna, un gallo picoteó uno de sus ojos, y extrayéndolo con el pico de su cabeza, lo comió. Fue Pelavicino poderoso señor en el Norte de la Península, dominó en Brescia, Cremona, Piacenza, Alejandría, Milán, Como, y otras ciudades. Disponía de muchos soldados reclutados en Parma y otras ciudades, y percibía un tributo anual que se le entregaba, más por temor que por solidaridad<sup>34</sup>. Fue ciudadano de Parma, pobre en un principio, pero luego enriquecido y dadivoso quería hacer notar su gran corazón. Le acompañaban constantemente dos escuderos que cabalgaban en macilentos rocines, como lo vio el propio Salimbene, y se daba con ello gran importancia. Cuando obtuvo el dominio de su ciudad, que ejerció durante veintidós años, sus gastos aumentaron hasta veinticinco libras diarias en pan y vino. Su apetito sobrepujaba al de todos los hombres, quizá, dice Salimbene, para resarcirse de las penurias anteriores<sup>35</sup>.

Por otras referencias de nuestro cronista sabemos que era hombre hermoso, alegre y dado a las canciones, dejando entre otras cosas una larga descendencia<sup>36</sup>. Podemos ver en esto, como en otros datos, que Salimbene mezcla las referencias a diversas etapas de la vida del personaje sin mayor discriminación.

Más terrible aún fue Ezzelino de Romano, acerca de cuya fama encontramos ecos en el Infierno dantesco: "*E quella fronte, c'ha il pel così nero, è Azzolino*". Esta referencia se aplica al rumor que circulaba en su tiempo acerca de la ascendencia de Ezzelino. Se le creía hijo de Satanás, lo cual explicaba en parte sus atrocidades y despropósitos. Si en Dante encontramos un eco de la versión, ¿qué no será en Salimbene, tan dado al apóstrofe y al adjetivo truculento?

Considera que el Diablo jamás tuvo en el mundo tan cumplido representante, ni tan experto en todo tipo de malicias y depravaciones<sup>37</sup>. Se le

<sup>33</sup> H. E.: pág. 202. <sup>34</sup> H. E.: pág. 344. <sup>35</sup> H. E.: pág. 345. <sup>36</sup> H. E.: pág. 376.  
<sup>37</sup> H. E.: pág. 464.



temía más que al diablo, tan dado era a la crueldad y al asesinato de hombres, mujeres y niños. Ni siquiera Nerón podía comparársele en la materia, ya que su sevicia lo superaba ampliamente; ni Domiciano, ni Decio, ni Diocleciano, que fueron excelsos tiranos. Largo sería, dice Salimbene, enumerar todas sus crueldades, ya que todo un libro sería necesario para ello. Así como Dios quiso tener en Francisco un amigo que se asemejase a él, así el diablo, al escoger en igual dirección, tomó a Ezzelino. Es de conocer, dice el nuestro, que Ezzelino fue igual al demonio por sus muchas malicias y crueldades<sup>38</sup>. La narración de los crímenes de su familia adquiere en la pluma de Salimbene singular verismo.

Cuando se ocupa de su hermano Alberico se ve que tenía poco que envidiar al anterior, siendo también él, hijo de iniquidad y miembro diabólico. Un día, en la ciudad de Vernona, en el prado de San Jorge hizo quemar a mucha gente, en una gran casa donde los había encerrado. Fue el peor hombre del mundo y difícil, acota Salimbene, que hubiese otro igual desde el comienzo de todas las cosas hasta estos días. Así como el junco se estremece en el agua, así temblaban, y no sin causa, todas las gentes ante él. Como le placiese, solicitaba indistintamente el hijo al padre o el padre al hijo, para entregarlos a la muerte. Destruyó a todos los hombres de abolengo, los mejores, más nobles y más ricos de la marca Trevisana; castraba a las mujeres y con sus hijos las sepultaba en la cárcel donde perecían de hambre y miseria. Dio muerte a muchos religiosos, sea de la orden de los frailes menores como de los Predicadores, así como de otras órdenes. Al ánimo cruel de Alberico debe sumarse su irreligiosidad que demostraba frecuentemente con rasgos que orillaban lo pornográfico, tal el exponer en lugar abierto las posaderas al aire para burlarse de Dios o el defecar sobre el altar para ridiculizar los sacramentos<sup>39</sup>.

El cuadro de horrores se morigera ante la bondad de otras figuras del siglo. Así, Guido de Montefeltro, resulta una verdadera antítesis de Ezzelino. Era éste, hombre noble y sensato, discreto, morigerado, liberal, amigo de la Iglesia, generoso, soldado intrépido y justo, al par que perito en el arte de la guerra. Amaba a los frailes menores y no sólo a los que tenía cerca de sí, esto porque el beato Francisco lo había librado de la cárcel y del rigor del señor Malatesta. No obstante, sus virtudes, indica Salimbene, con alguna indignación, no le libraron de las ofensas de algunos necios miembros de su Orden<sup>40</sup>.

También merece excepción en la pluma del cronista, Mabilia, esposa del marqués Azo de Este. Esta mujer prodigó, en vida bondades sin fin, y en la muerte dispensó a los pobres limosnas y les dejó las posesiones que de su padre había heredado en Soragne. Cuando Salimbene estuvo en Ferrara, ciudad en la que residió siete años, tuvo oportunidad de conocerla. Fue mujer hermosa, sabia, clemente, benigna, amiga de la Iglesia, honesta, pía, humilde, paciente, pacífica y en todo momento devota del señor. Lejos de ser avara de sus bienes, los daba con liberalidad a los pobres y en un lugar secreto de su palacio tenía un alambique que Salimbene vio con sus ojos y donde hacía agua rosada que daba a los enfermos, razón ésta por la cual los médicos y boticarios, al igual que los oficiales del fisco, no la querían. Ella, no obstante, no se preocupaba y buscaba de auxiliar a los enfermos de todos modos y hacerse agradable a Dios. Vivió muchos años con su esposo y fue siempre estéril<sup>41</sup>.

<sup>38</sup> H. E.: pág. 195. <sup>39</sup> H. E.: pág. 367. <sup>40</sup> H. E.: pág. 517. <sup>41</sup> H. E.: pág. 378.



Para terminar el capítulo anotemos algunas referencias acerca de los hombres cuya intervención en Italia iniciaría la larga serie de invasiones, guerras y sujeciones.

De Carlos de Anjou, conviene saber, dice el nuestro, que fue hombre de gran corazón, fuerte y valeroso, perito en la guerra se exponía a muchos peligros con el fin de procurarse fama, de lo cual quedan como constancia muchos y probados hechos<sup>42</sup>.

Con Pedro de Aragón, repite el cronista los mismos términos, agregando que fue hombre de gran audacia y presunción, como se puso en evidencia con motivos de su intervención en el reino de Sicilia, durante la cual debió combatir contra Carlos de Anjou y el Papa Martín IV<sup>43</sup>.

No redundaremos en comentarios ya efectuados para perfilar la posición política de Salimbene. Sus propias expresiones, su enfoque, sus puntos de vista, ilustran suficientemente. No obstante, deseamos insertar un apéndice, la visión dantesca de algunos problemas para que se contraponga a su pasión güelfa, la pasión gibelina y del contraste, alcance nuestra comprensión una mayor solidez. En ese siglo apasionado y decisivo para el futuro de Occidente, lo nuevo y lo viejo, lo que periclitaba sin remedio y lo que alboreaba pujante, tendría en ambos actores, Salimbene y Dante, acabada expresión. Desde nuestra cómoda perspectiva de siglos, fuera del alcance de los intereses que vitalmente los conmovieron, podemos asir lo sólido y objetivo de algunas imputaciones, lo aventurado y pasional de otras, lo dudoso de muchas. Así una vez más nos encontraremos con la vieja cuestión que subyace en el fondo del problema historiográfico: si es posible una historia que se despoje de los intereses vitales de su tiempo, si es posible una historiografía sin problemas, en fin, si es posible, más allá de la fórmula de Ranke, la difícil objetividad.

#### APENDICE: EL SUEÑO DE DANTE

Que la posición de Dante fuese diversa, se advierte en cuanto se observan las referencias que su poema dedica a la familia de Suabia. Los Staufen no parecen estar bajo el signo de la permanente condenación que surge espontánea de la pluma de Salimbene. El abuelo de Federico, el díscolo Barbarossa, no es ya, en su Purgatorio, el enemigo tenaz del Papado, es sólo el *buon Barbarossa* (XVIII, 119, 20), al que incluso se le perdona el castigo tremendo que infligió a Milán. Es que en Dante, las razones del localismo aparecen escasas frente a la autoridad del Emperador, síntesis de sus aspiraciones de paz política y religiosa.

Sus sentimientos de italiano, involucrados en un definido idealismo, superaban las exigencias del mero espíritu partidista; esperaba la unidad italiana y esta preocupación no cedía incluso frente a las calamidades parciales que aquí y allá sufría el anhelado reino. Ir contra el Emperador, aunque el que lo intentase fuese un italiano, parecía una culpa inexpiable, un atentado contra sus más caros intereses, y en ese caso el dolor de las heridas resulta merecido frente a lo que reputaba una traición. Dante, ya entrado en los intereses del partido gibelino, no retrocede ante las exigencias del programa italiano. Es cierto que Federico está en el Infierno, quizá en pago de sus vacilaciones ante la sagrada causa; pero ya no lo está Manfredo, cuya situación como vimos nos deja en Dante un recuerdo

<sup>42</sup> H. E.: pág. 599. <sup>43</sup> H. E.: pág. 598.



emocionado. Dante recoge también la versión de su epicureísmo y esta coincidencia con Salimbene parece indicar la difusión que la especie tuvo en su momento. Allí en el círculo de Farinata están los epicúreos, "*che l'anima col corpo morta fanno*" (X, 14, 15), el cardenal Octaviano y el segundo Federico, junto con muchos otros que parecen seguir la actitud de aquel que, erguido con el pecho y con la frente, tenía al Infierno en gran desprecio. Todavía queda Federico como último emperador de los romanos, lo cual en Dante no era poca cosa. (Conv. IV, 3). En su *De Vulgari Eloquentia* (I, 12-3), Federico y Manfredo aparecen unidos con Sicilia en el elogio de las virtudes literarias de la lengua que finalmente se impondría en toda Italia. Ambos son en su texto, "*ilustres heroes*" y Manfredo es especialmente el "*bene genitus*". No queda duda de las simpatías de Dante.

Queda ahora la cuestión tan mentada de Pier della Vigna, de quien Dante se ocupa extensamente en el canto XIII del Infierno. Su definición del hombre de confianza de Federico II no coincide ciertamente con la de los hombres del partido güelfo. Una melancólica simpatía sobrevuelta los emocionados versos del florentino que desea en ellos restablecer la justicia lesionada.

Dejemos hablar a Pier della Vigna:

"Io son colui, che tenni ambo le chiavi  
Del cor di Federigo, e che le volsi,  
Serrando e disserrando, si soavi,  
Che, dal seereto suo, quasi ogni uom tolsi.  
Fede portai al glorioso offizio,  
Tanto ch'io ne perdei li sonni e i polsi.  
La meretrice, che mai, dall'ospizio  
Di Cesare, non torse gli occhi putti,  
Morte comune, delle corti vizio,  
Infiammó contra me gli animi tutti,  
E gl'infiammati infiammar si Augusto,  
Che i lieti onor tornare in tristi lutti.  
L'animo mio, per disdegnoso gusto,  
Credendo, col morir, fuggir disdegno,  
Ingiusto fece me contra me giusto.  
Per lo nuove radici d'esto legno,  
Vi giuro che giammai non ruppi fede  
Al mio signor, che fu, d'onor, si degno,  
E se, di voi, alcun, nel mondo, riede,  
Conforti la memoria mia, che giace  
Ancor del colpo, che invidia le diede".

*Infierno, XIII, 58-78.*

De este largo discurso se desprenden varias conclusiones: 1) la causa de la caída de Pier della Vigna fue la envidia, a que alude en Dante la figura de la meretriz. 2) El suicidio del favorito se interpreta como un acto de angustia y desesperación por la injusta suerte. 3) Dante no acepta la versión de una posible infidencia y mantiene firme la lealtad del hombre de confianza de emperador. 4) Federico resulta digno de la lealtad que se le presta, y en boca del Pier della Vigna, se le absuelve de las imputaciones corrientes de egoísmo y versatilidad.

Las dos figuras tan atacadas y execradas por la opinión güelfa alcanzan así, en la tragedia de Pier della Vigna, cumplida satisfacción. El honor del uno y la fe del otro se complementan mostrándose, en toda evidencia, la mezquindad de los que imaginaron el engaño, como la de los que lo acep-



taron como verdadero. Francisco D'Ovidio<sup>44</sup>, da explícita cuenta de las diversas versiones que corrían acerca del desgraciado asunto y entre ellas no podía faltar la que ya consideramos en Salimbene, que está en las antípodas de Dante. El florentino, firme en sus simpatías, rechazó por igual la traición de Pedro y la mezquindad de Federico, y su enfoque más ideal y menos comprometido en la lucha partidaria, resulta también más moderado y justo.

En Dante se preparaba así la comprensión de los ideales gibelinos, que en ese momento no eran más que la expresión de las nuevas formas políticas, insinuadas cada día más audazmente, de las nuevas formas de cultura, desplazadas hacia el campo de los intereses laicos y de la nueva religiosidad que bajo las normas del *Poverello*, desvanecía la rigidez de una estructura escasamente cristiana<sup>45</sup>.

Junto a la pila bautismal del nuevo tiempo en la que Europa iría abandonando su rudeza, como en otras partes, lo primitivo dejaba el paso a formas cultas de vida y expresión que acrecerían su eficacia con las nuevas experiencias que cabalgaban la línea del horizonte.

De vuelta de su desilusionado joaquinismo, ateniéndose a una realidad histórica más concreta, Salimbene se le aproximaría bastante, esto sin empecinarnos en adjudicaciones arbitrarias, porque no en vano él también, es un documento de la otra cara de su siglo bifronte.

#### LA CRISIS RELIGIOSA

Así como en su discurso sobre la situación política Salimbene no puede escapar, a pesar de la adjetivación, al hechizo de Federico II y su círculo, al analizar sus observaciones sobre el clima religioso y moral de su tiempo, no podemos dejar de advertir que su enfoque gira preferentemente en torno a la historia y a los intereses de su Orden.

Hay en ella una figura, que incluso por razones de su amistad personal con el emperador, y por los vicios que el cronista señala, sirve, en cierto modo, de contraparte eclesiástico a la máxima figura del campo político: Este hombre, que ocupa in extenso la atención de Salimbene, es fray Elías de Cortona, primer general de la Orden que ejerció el cargo aún en vida de San Francisco y que, si nos atenemos a lo que de él se dice, traicionó los ideales y el programa del maestro. El mismo Santo, según registran los Fioretti, tuvo revelaciones acerca del incumplimiento del espíritu y la forma de la Regla que el mismo fray Elías ayudó a redactar, y vio cuál sería el fin de su inconstante hermano en la vida religiosa<sup>1</sup>.

En este caso como en el de Federico, Salimbene anota prolijamente una serie de defectos que fray Elías hizo pesar sobre la Orden hasta el momento en que, colmada la medida, fue depuesto del cargo. Pertenece a esa serie de personas, bíblicamente aludidas, que por exaltarse sin medida y desconocer las gracias recibidas, caían en desgracia y recibían de Dios el condigno castigo. La deposición resultaba así, el vértice de toda una serie de atropellos que la Orden pacientemente debió soportar hasta el límite extremo. En ese punto la sanción merecida resultó también definitiva, porque su caída, como tendremos ocasión de ver, fue definitiva<sup>2</sup>.

<sup>44</sup> Op. cit., págs. 260-81. <sup>45</sup> G. PEPE: Op. cit., pág. 57.

<sup>1</sup> Véase FIORETTI. Hoepli, Milán, 1908, cap. IV y sig.; cap. XXXVIII, 105 y sig.

<sup>2</sup> H. E.: pág. 98.



Pasemos ahora a la reseña de las causas que, según el nuestro, produjeron la desgracia del General y su separación del cargo. La larga serie de imputaciones que Salimbene efectúa pueden resumirse de la siguiente manera, y nos atenemos al texto, aunque algunas de las mismas parezcan extrañas, cuando no infantiles.

Fray Elías hablaba parabólicamente y no defendía los intereses de la Orden, ya que facilitó el ingreso en la misma a gran cantidad de inútiles, laicos todos ellos, que, para conseguirlo, le entregan dinero. Las dignidades dentro de la Orden recaían en gente incapaz e indigna, distribuyendo entre laicos, como si no hubiese buenos clérigos en la misma, los cargos de guardián, custodio y ministro<sup>3</sup>.

Salimbene insistirá a menudo como veremos, en estas franquicias que fray Elías otorgaba a los laicos; su espíritu de cuerpo se siente herido por estas medidas, que, a su juicio, no tenían ninguna razón de ser. Siempre que se refiere a los laicos dentro de la Orden, lo hace con acento peyorativo, calificándolos de ociosos e inútiles, y no es necesario esforzarse mayormente para advertir el fastidio que les tenía. Este sentimiento se refleja en las acusaciones contra Elías de Cortona, todas las cuales aparecen como graves infidencias, contra el espíritu de la Regla.

Otra arbitrariedad del General debe considerarse la de no dictar durante el tiempo que duró su gobierno Constituciones generales, convenientes, anota el nuestro, para la buena marcha del Instituto. Tuvo ocasión Salimbene de presenciar algún capítulo provincial, en el que, entre trescientos hermanos presentes, había gran número de laicos que nada bueno hacían sino comer y dormir<sup>4</sup>.

Uno de los pocos rasgos de utilidad que Salimbene admite en el gobierno de fray Elías fue el de promover dentro de la Orden los estudios teológicos. ¡Pero esto junto a qué defectos! No quería el General visitar personalmente los lugares de la Orden y prefería permanecer siempre en un mismo sitio. Afligía y vituperaba a los ministros provinciales que no se congraciaban con él con tributos y regalos<sup>5</sup>. Esto explica que los visitantes que enviaba fuesen más recaudadores que correctores de hábitos y costumbres<sup>6</sup>.

En este momento de su relato, hace Salimbene una digresión para hablarnos de las seis clases de hombres que clamaron al Señor para defenderse de determinados males. La sexta clase está formada por los frailes Menores que solicitaron al Papa Gregorio IX los librase de Elías de Cortona<sup>7</sup>.

Todos esos defectos se referían más bien a los aspectos administrativos de su gestión, pero fray Elías tenía otros al decir del cronista, que debemos sobreentender iban contra el espíritu que el fundador había impreso a la Orden. Téngase en cuenta, al pasar, que el acusador en no pocas ocasiones se encontraba también a regular distancia del mismo espíritu, cuyo desconocimiento cargaba sobre las espaldas del General. Fray Elías, según parece, amaba la buena vida, y vivía con delicia y pompa. Tenía palafrenes gordos y cuadrados, y cabalgaba con frecuencia, aun cuando se dirigía de una Iglesia a otra, todo lo cual lo hacía contra lo explícitamente establecido en la Regla, que prohibía a los frailes menores el ir a caballo, salvo en casos de enfermedad o extrema urgencia. Tenía junto a sí, como criadillos, a niños laicos, como tienen los obispos, vestidos con ropas multicolores, que le asistían y le ayudaban en todo. Otra veleidad del General

<sup>3</sup> H. E.: pág. 99-101. <sup>4</sup> H. E.: pág. 102. <sup>5</sup> H. E.: pág. 104. <sup>6</sup> H. E.: pág. 107.  
<sup>7</sup> H. E.: pág. 110.



era la de no comer en el convento con los demás frailes, salvo en ocasiones, sino solo en su celda, como los avaros. Tenía, para su particular empleo, en el convento de Assis, un cocinero, fray Bartolomé de Padua, al que Salimbene vio y conoció, que le preparaba comidas muy delicadas. Este fraile estuvo continuamente con él hasta el último día en que Elías permaneció en el convento. Si nos atenemos a lo que Salimbene afirma, ésta parece haber sido una vieja costumbre de familia<sup>8</sup>.

El General tenía consigo a gente de su familia y a un cierto Juan, que sometía a los frailes a durísima disciplina. Para dominar con violencia a la Orden, poseía el General variados recursos de sagacidad: cambiaba con frecuencia a los ministros, para que la permanencia en el mismo lugar no los llevase a insurgir contra él. Otro recurso era el de elevar a ese cargo a sus amigos. Para evitar el posible riesgo de una deposición, no convocaba ni al Capítulo General, ni a los provinciales de la Orden, especialmente a los de provincias ultramontanas. Todo lo cual no evitó que cuando plugo a Dios, todas esas artimañas de nada le valieran y fuese igualmente depuesto.

Enviaba por toda Italia, en misión de obediencia, a los hermanos laicos. y los recibía en Capítulo general, hasta que, por acción de fray Arnulfo, y según lo mandado por las Constituciones, se evitó su presencia y se casaron muchas resoluciones que ellos, por indicación de fray Elías, habían emitido<sup>9</sup>.

Luego de su deposición, lejos de humillarse y hacer penitencia, adhirió totalmente a Federico II que a la sazón había sido excomulgado por el Papa Gregorio IX. Cabalgaba junto al Emperador, y con él vivía llevando los hábitos de la Orden junto con otros frailes de su familia, lo que, naturalmente, era motivo de gran escándalo dada la situación de Federico. Visto lo cual el Papa lo excomulgó también.

Otra de las acusaciones que Salimbene le hace es la de haberse dedicado a la alquimia, por donde fray Elías venía a coincidir con las extrañas prácticas del emperador. Luego de su deposición, acompañando siempre a Federico, llegó a un lugar donde había frailes menores, los reunió en Capítulo y los quiso convencer de su inocencia y de la injusticia de la medida que con él se había adoptado<sup>10</sup>.

Fray Elías no quiso reconciliarse nunca con su Orden, permaneciendo en obstinación hasta su último día. Uno de los generales que siguieron a su caída, Juan de Parma, envió a su amigo, fray Gerardo de Módena, para que le convenciese de humillarse y solicitar perdón, pero fue en vano. Salimbene termina el relato diciendo que ignora si en punto de muerte, fray Elías fue absuelto y dispuso bien de su alma<sup>11</sup>.

La deposición de fray Elías fue dispuesta por Gregorio IX en 1239, y se le reemplazó por decisión de los ministros y custodios de la Orden, por fray Alberto de Pisa, al que Salimbene define como varón bueno.

Una disposición de la Regla evita que acontezca entre los menores lo que pasa a los benedictinos, cuyos abades duran toda la vida. Estos abades comen carne con los seculares mientras los frailes en el refectorio deben contentarse con legumbres, y así, mientras sus subordinados padecen inconvenientes ellos viven espléndidamente y con toda libertad. Aprovecha Salimbene la ocasión para fustigar a los prelados que comen pan blanco y beben buen vino delante de los suyos a los que mantienen en la pobreza<sup>12</sup>.

<sup>8</sup> H. E.: pág. 157. <sup>9</sup> H. E.: pág. 158. <sup>10</sup> H. E.: pág. 160. <sup>11</sup> H. E.: pág. 161-62.  
<sup>12</sup> H. E.: pág. 111-13.



Otro superior de Salimbene del que éste conserva un recuerdo poco grato fué fray Pedro, ministro y custodio de la Orden, hombre de letras, perito en derecho canónico y hombre de grandes condiciones, pero hipócrita y amigo de intrigas, al que aborrecía el Papa Alejandro IV. Transcurrió su vida, dice el cronista, en torpezas y enormidades que no merecen la dignidad del relato, siendo su muerte digno corolario de tantas hazañas<sup>13</sup>.

Que la situación del clero de su tiempo preocupa a Salimbene se advierte en el extenso excursus de su crónica que tituló *Liber de Prelatis*, en el que hace, no sólo la requisitoria de fray Elías de Cortona, como ya vimos, sino también la de otros hombres de Iglesia, cuya conducta no parecía muy concorde con su condición. Este espacio que la Crónica dedica a las deseadas virtudes y repudiados defectos de sus colegas, no es el único lugar en que el nuestro se ocupa de ellos. El *Liber de Prelatis* se erige en atención a la peculiarísima figura del expulso General de los menores y tiene en su concepción un propósito definido que Salimbene no oculta. Se trataba de explayarse acerca de los ministros generales de la Orden, entre los cuales estaba fray Elías que lo recibió en la Orden y cuyos hechos contenían materia suficiente para exponer la historia. Por esa razón, se ocupa primero de él, para que, narradas sus hazañas, el relato pudiera proseguirse con mayor facilidad<sup>14</sup>.

Salimbene entiende con claridad cuáles deben ser las virtudes y obligaciones de buen prelado, entendido esto en sentido amplio. El buen prelado debe poseer sabiduría, vivir santamente, según las rectas costumbres, tratando de hacer el bien en lo posible y con el mismo empeño evitar el mal. El pensamiento del cronista acerca de la ilustración de los prelados está empeñado más en las exigencias del siglo que en las del franciscanismo. Entiende que el prelado ignorante es una calamidad: "*prelatus enim sine scientia est sicut asinus coronatus*", y se da el caso de que en él se conjuguen la dignidad y la estolidez. Es grande y grave desgracia el tener que tratar con un prelado idiota e insensato, mientras que el súbdito posee gran consuelo cuando tropieza con un prelado sensato y discreto en cuyo trato su espíritu descansa<sup>15</sup>.

La caridad y ecuanimidad cristianas parecen haberse ausentado del espíritu de estos prelados que describe Salimbene. Los prelados de nuestro tiempo, dice, no aman igualmente a todos sus súbditos. A unos tratan como hijos y a los otros como si sólo fuesen hijastros. A los primeros alimentan bien tanto un día que otro, repitiéndolo de continuo. Por el contrario los otros disminuidos y relegados en el refectorio, murmuran y se lamentan continuamente de su triste suerte. Ni las palabras del Señor, ni el ejemplo del beato Lorenzo logran inclinar favorablemente la conducta de estos prelados<sup>16</sup>.

Narra luego Salimbene los afanes de ciertos sacerdotes, más dados a los menesteres del siglo que a su divina misión. Este desconcierto que se advierte en las costumbres y en la vida de aquellos que por regla general debieran conducir a los demás, atestigua de la profunda zozobra espiritual de este tiempo, en el que Europa se está transformando. Los siglos de tránsito suelen presentar espectáculos semejantes, en los que se advierte que la ruptura con el pasado no encontró aún su compensación en algo nuevo que lo reemplace. La misma Europa que excogita en el franciscanismo su primer gran anhelo de pureza después de siglos, nos muestra en la otra

<sup>13</sup> H. E.: pág. 577. <sup>14</sup> H. E.: pág. 163. <sup>15</sup> H. E.: pág. 121-23. <sup>16</sup> H. E.: pág. 118.



cara del tiempo, la permanencia y exacerbación de aquellos males que durante tres siglos, por lo menos, harán crisis, si observamos, el período que de Francisco de Asis y Domingo Guzmán conduce a Trento, a través de Loyola.

Estos sacerdotes recuerdan un poco a los del siglo IV; piénsese en aquellos cánones de Arlés y de Elvira contra la usura y otras habilidades; y en los floridos abates del siglo XVIII, que no dubitaban, como ignorando el hábito, en hacer gala de ateísmo en los torneos galantes del siglo. Es que estos tres siglos, el IV, el XIII y el XVIII, marcan tres profundos virajes de la trayectoria occidental, de los que no podemos ocuparnos aquí, pero que algún día esbozaremos, convencidos de que en estas etapas hay que buscar la definición de Europa.

Estos sacerdotes que nos revela el Cronista, exhiben virtudes semejantes; entregados a la usura se procuran un peculio que dar a sus espúreos, otros tienen pública taberna donde expendían vino, la casa llena de hijos, y la concubina, que noche a noche, yace con ellos en el mismo lecho.

Cuando el pueblo comulga y abundan las hostias consagradas, colocan las mismas en las fisuras de las paredes, dando tal tratamiento al mismo cuerpo del Señor. Cometían, dice Salimbene, otras muchas torpezas que callo por razones de brevedad. Los ornamentos para el sacrificio de la Misa, misales y corporales, mantienen en estado indecente, sucios y manchados, en general ennegrecidos; los cálices están herrumbrados, el vino para la Misa es ordinario o avinagrado. La hostia con la que deben comulgar es muy pequeña, tanto que apenas aparece entre los dedos, no tiene forma circular sino cuadrada, y de su vejez atestiguan los rastros de moscas. Para finalizar, puede decirse, anota Salimbene, que cualquier mujer liga sus prendas con mayor empeño que estos sacerdotes, cuyos cíngulos, estolas y manípulos, según vio con sus ojos, apenas permanecen sobre ellos<sup>17</sup>.

Estas bellezas abundan a lo largo de la Crónica, y aún pueden superarse con la narración de la lujuria imperante como el abuso del sacramento de la confesión y otras tropelías por el estilo. Salimbene recuerda la narración que el Papa Alejandro IV hizo a San Buenaventura, del castigo moral y la vergüenza que una mujer infligió a un sacerdote que quiso valerse del confesionario para aprovecharse de ella<sup>18</sup>. Dígase lo mismo de otra mujer que violada por un hombre fue a confesarse, tocándole con tres sacerdotes diversos idéntica suerte. Al cuarto al que refirió el asunto, le dijo que llevaba consigo un cuchillo para darse muerte si él la hubiese invitado a la misma acción<sup>19</sup>.

No sólo los sacerdotes incurrieran en estas prolijas variantes de los siete vicios capitales, sino también los obispos, de quienes seguramente los primeros tomarían ejemplo. Algunos de estos prelados, si cabe, eran quizá por su mayor jerarquía, más refinados y procaces. Salimbene conoció a uno que se entretenía en desnudar sobre su lecho a una mujer joven para verla y tocarla, al tiempo que colocaba sobre su cuerpo florines de oro que luego le regalaba<sup>20</sup>.

Datos más precisos da el nuestro acerca de Guillermo de Foliano, obispo

<sup>17</sup> H. E.: pág. 425.

<sup>18</sup> H. E.: pág. 409-10. La mujer para burlarse de él y castigarlo, le envió una torta confeccionada con su propio excremento. Visto el aspecto externo de la misma, que era prometedor, el sacerdote, deseando congraciarse con su obispo, se la envió a su vez. El obispo descubierta la desagradable sorpresa, lo llamó ante sí y éste debió confesar su culpa.

<sup>19</sup> H. E.: pág. 411. <sup>20</sup> H. E.: pág. 427.



de Regina. Fue, dice, hombre avaro, iletrado y casi laico. Gustábale vivir y comer espléndidamente, y según le pedía el cuerpo, banqueteara ricamente con sus próximos al tiempo que cerraba su corazón a toda piedad para con los pobres. Se especializaba en despojar a los huérfanos, pupilos y viudas hasta un límite indecible. Quitaba sus bienes, en lugar de procurar su matrimonio, a las niñas casaderas que estaban bajo su tutela. Fue hombre grosero, rudo y tonto, y a pocos se encontraba que hablasen bien de él. Siempre que pudo despojar de algo a alguien lo hizo, congregando en su provecho gran tesoro, que luego, próximo a la muerte, dejó a sus sobrinos. Mejor le hubiera valido el ser porquero o leproso que obispo, dice Salimbene: su muerte fue digna de su vida, y ni los perros parecen haber respetado su sepultura. En realidad, dice el cronista, correspondía haberle sepultado en un estercolero, porque no otra cosa merecía ese hombre al que define como maldito, duro y avaro, cuya vida estuvo dedicada a alterar la paz de los que la poseían<sup>21</sup>.

Para terminar con este cuadro de los hombres de iglesia del tiempo, observemos lo que anota Salimbene respecto de las mujeres. Según lo que narra entre éstas se encuentran también conspicuos ejemplares de ese clero relapso. Nos encontramos con el episodio de la abadesa Cecilia que avara y rústica como era, rechazó a una monja que, incidentalmente, fray Bonifacio, de la orden de los menores, había dejado en el convento de las clarisas, que aquélla regenteaba. Ante este rechazo, el Visitador se vio obligado a llevarla al convento de las januenses quienes la acogieron. En ese convento había una monja vieja y devota de Dios, que sabedora de lo acontecido, se postró ante el Señor para pedirle que castigara a la abadesa intolerante. Esto aconteció, dice Salimbene, y en punto de muerte reconoció el castigo que recibía por su injusta acción<sup>22</sup>.

Al margen del ingenuo y cómodo providencialismo, frecuente en la causalidad que suele utilizar nuestro cronista, corresponde señalar lo poco cristiano del pedido de la monja, y la también poco cristiana satisfacción que el nuestro evidencia. Ese sentido de venganza que en diversos trechos despunta la Crónica, nos muestra a un hombre totalmente alejado del ideal franciscano al que, por lo menos teóricamente, debía adherir. El cristianismo de Salimbene, ante casos como éste, se muestra sumamente vacilante y ve a Dios bajo los tintes sombríos e intolerantes del Antiguo Testamento. Siente y se expresa, en el fondo, con las pasiones, los afectos y los odios de la clase a la que perteneció en el siglo. Aquí como en otras ocasiones el sayo no alcanza a cambiar su alma.

Otro ejemplo de abadesa sui generis, también de la orden de Santa Clara, para que en la familia franciscana el desequilibrio no fuera solo masculino, fue Gatharola. Esta mujer, a lo que parece, poco escrupulosa, se quejaba de que los franciscanos la atacaban porque no les permitía fornicar con sus hermanas. Salimbene, por supuesto, se apresura a desmentir la acusación atribuyéndola a la mala fe de la abadesa<sup>23</sup>.

El cuadro que el cronista perfila no es alentador; a través de él podemos penetrar en el clima moral de ese siglo tomado en grandes discordias, en desequilibrios profundos, en pasiones titánicas encarnadas en las figuras del César y el Pontífice; junto a ellos la nota pintoresca, el vicio pequeño, la miseria simple en toda su humana realidad con sabor acre y desalentadores matices. En estas incursiones, Salimbene no descuida la narración

<sup>21</sup> H. E.: pág. 517-18. <sup>22</sup> H. E.: pág. 63-65. <sup>23</sup> H. E.: pág. 67-68.



de lo fundamental, no desdeña señalar el vicio ni fustigar el clero corrompido, incluso cuando forma parte de su Orden, a pesar del evidente propósito que se advierte en la Crónica de elevar en el cuadro de su tiempo lo que pertenece a los menores y a los predicadores para los cuales tiene con frecuencia una nota de grandeza. Resulta evidente que para Salimbene ambos Institutos, al margen de algún defecto de sus miembros, sostienen el ansia de pureza de su siglo.

Una última noticia acerca de los clérigos de su época corresponde a los predicadores, que el nuestro destaca en ambas Ordenes. Entre los franciscanos, merecen señalarse fray León de Milán, famoso y solemne predicador, gran perseguidor y confutador de herejías; provincial de la Orden, fue luego arzobispo de Milán. En especial lugar, por sus excelencias, y por la amistad con el propio Salimbene, corresponde citar a fray Gerardo de Módena uno de los primeros franciscanos, amigo del fundador y digno de celebrarse por sus virtudes. Fue hombre liberal y magnánimo, religioso, honesto, morigerado, templado en sus obras y palabras; sus conocimientos literarios fueron escasos, pero no así su habilidad como cantor y predicador, menester este último en el que fue excelente y agradable<sup>24</sup>.

En tiempos de *Alleluia*, se hizo notar fray Benedicto que predicó en Parma, ciudad de Salimbene; se le llamaba Fray Corneta, porque convocaba al pueblo a los sonos de una trompeta. Era seguido por una multitud de niños y repetía continuamente, "*sia lo spiritu sancto*", y en seguida por tres veces, ¡*Alleluia!* Primero trompeteaba y luego iniciaba su predicación con buenas palabras en alabanza de Dios. Menciona también Salimbene, a Juan de Vicenza, que venía de Bolonia y a Jacobino de Reggio, que era oriundo de Parma; de ambos anota que eran iletrados<sup>25</sup>.

Estos predicadores no siempre eran escrupulosos en sus sermones, por el contrario ideaban tretas para engañar y convencer al pueblo de supuestos milagros que no eran más que el producto de su ingenio. Varios de ellos se ponían de acuerdo sobre la hora, el lugar y el tema que predicarían. Reunido el pueblo, comenzaban su sermón diciendo que en tal otro lugar, en esos momentos, Fray Juan de Vicenza por ejemplo y Fray Jacobino, iniciaban su prédica con idénticas palabras, queriendo mostrar con esto lo milagroso de lo que no era más que un truco de su invención. Estos far-santes pululaban tanto entre los Predicadores (Juan de Vicenza), como entre los franciscanos (Detesalvo de Florencia), con lo que Salimbene entiende atestiguar lo extendido de la práctica<sup>26</sup>.

## II

En esta Crónica tan prolija no podían faltar datos acerca de los movimientos heréticos del tiempo, o simplemente de esa exaltación mística del sentimiento religioso, que como señalamos antes, impregnó buena parte del siglo XIII con sus imágenes alucinantes y descabelladas. Uno de esos hervores fue el de *Alleluia*, tal se le llamó posteriormente, dice Salimbene, tiempo de quietud y paz, alejadas las controversias, alegrías y gozos, exaltaciones, júbilos y expresiones laudatorias. En esta devoción, según apunta el Cronista, participaron todas las ciudades italianas y en ellas todos los hombres, soldados, civiles y campesinos, jóvenes y vírgenes, ancianos y niños. Llegaban de las aldeas a las ciudades, con estandartes, gran número

<sup>24</sup> H. E.: pág. 74-75. <sup>25</sup> H. E.: pág. 71-73. <sup>26</sup> H. E.: pág. 76-78.



de hombres y mujeres, niños y niñas, para oír la predicación y alabar a Dios. Cantaban “voces de Dios y no de hombre”, entendiéndolo conducir los hombres a la salvación. En su empeño, embriagados de amor divino, no cesaban de alabar a Dios. Todo en ellos era paz, no había lugar para ningún rencor, ira o perturbación, y pensaban que sólo era bienaventurado quien podía hacer el bien y alabar a Dios<sup>27</sup>.

Menos amable se muestra Salimbene con los llamados apostólicos de Gerardino Segalello, a los que considera impúdicos, farsantes sin organización, cultura ni fundamento. Hablando de ellos, con su habitual prolijidad, señala el nuestro, enumerándolos, todos sus defectos. Comienzan por no tener jefes, constituyendo una organización, si cabe el término, anárquica. En su predicación van solos y vagan todo el día ociosos charlando sin ocuparse en nada. Disciplina no se les conoce, ni han menester de instrucción previa a su empresa, ni observancia de regla alguna. Se van hospedando de casa en casa, y emprenden esta peregrinación apostólica dejando el oficio que les es propio, el ejercicio de la agricultura y la custodia de vacas y puercos. Esto sucede porque se entrometen en cosas que no son de su competencia, ya que no son aptos para la enseñanza y la predicación por no tener ciencia ni misión. Son indoctos y necios que se llaman a sí mismos apóstoles, porque quieren predicar sin la instrucción necesaria, sin el conocimiento de la Escritura, sin buenas costumbres ni vida honesta. Van por el mundo, dice Salimbene, sembrando estulticias y herejías. En verdad, van contra lo enseñado por los apóstoles, a los que dicen imitar, y no pueden compensar de ningún modo a los que les dan limosnas, porque, además de iletrados, son idiotas y no pueden ni predicar ni celebrar misa, con lo que defraudan a los que en ellos confían, y al mismo tiempo a los que debieran ser destinatarios de tales limosnas, a saber: los frailes Menores y Predicadores. Para colmo de necedades se adjudican el alto nombre de apóstoles, estos hermanos de Gerardino Segalello, que son malvados y tramposos, evitan el esfuerzo y recusan el trabajo y a los que compete mejor custodiar vacas y puercos, limpiar letrinas o ejercer cualquier otro vil menester que hacer lo que pretenden. El primero de ellos, puede entenderse el instigador, fue Gerardino Segalello de quien toma origen esta congregación de necios y bestias malvadas que a sí mismos se llaman apóstoles. Quieren vivir del trabajo y sudor de los otros y no son capaces de rendir ninguna utilidad. En su número ingresan los malvados, seductores, tramposos, ladrones y fornicadores que cometen con las mujeres, cuando no con los niños, muchas torpezas y maldades<sup>28</sup>.

En este cuadro podemos observar qué juicio merecen a Salimbene estos hombres que pertenecen a la hez del pueblo y pretenden arrogarse una misión que les excede en demasía. Aparte de sus costumbres, propias de bajo pueblo, de su incultura y vagancia, todas propias de hombres aprovechados que simulan una actitud evangélica que no les compete, y al margen del caso concreto, puede advertirse aquí, como en otros lugares, la adversión de Salimbene por hombres que no pertenecen a la clase de la que él salió. Ese orgullo de burgués enriquecido, que sigue conservando bajo los hábitos, se transparenta en todas sus referencias al pueblo, al que siempre define como necio, inculto, lleno de defectos e incapaz de acciones elevadas. Sus mismas señalizaciones sobre la cultura de sus colegas en el sagrado ministerio, son precisas en lo que se refiere al conocimiento y domi-

---

<sup>27</sup> H. E.: pág. 70. <sup>28</sup> H. E.: pág. 264-93.



nio de las letras, cuya carencia no vacila en indicar. Hay en Salimbene un profundo sentido aristocrático que su condición de franciscano no alcanzó a disminuir o simular. En la Crónica se complace a veces, con efusiones de advenedizo, en reseñar con indicaciones claras y personales, el número y calidad de sus amistades, al par que sus éxitos curialescos y sociales. Él es un hombre de calidad y desea hacerlo manifiesto a sus posibles lectores. No debe extrañar entonces que fustigue con tanta acritud a gente, que como los llamados apostólicos, no tenían ni jerarquía social, ni eclesiástica, ni cultura y ni siquiera buenas costumbres. Su destino, como en ocasiones lo señala, es la piara de cerdos. Cuando en un pasaje de su Crónica desea amonestar acerca de las gentes cuyo dominio es torpe y cruel, enumera cinco clases: las mujeres, los siervos, los necios, los niños y los enemigos<sup>29</sup>. Excluidos estos últimos, que sólo definen una actitud general que debe suponerse, los que quedan nos dan una clara idea de la psicología de nuestro franciscano. Acerca de las mujeres, podemos recordar sus referencias al episodio que le aconteció con su madre, cuando era un niño de cuna y su curiosa definición de la propia importancia masculina. Los niños quedan fuera de competencia porque no puede otorgárseles la autonomía que pretende Salimbene, aunque de sus caprichos podemos decir que configuran en un momento dado una verdadera tiranía. Los siervos y los necios aparecen igualados, si nos atenemos a otras versiones del nuestro en su Crónica, con lo que vemos que sólo los hombres y de éstos aquéllos de calidad social, con inteligencia y letras, se eximen de su comentario.

Las profusas citas bíblicas con que Salimbene adereza la Crónica y las reflexiones particulares, no alcanzan a disimular, que más que fundamentar las afirmaciones del cronista, están ahí para justificarlas. En cada momento las Escrituras podrán, bien utilizadas, constituirse en excelente autoridad para sostener las opiniones muy propias de este burgués con hábito franciscano, pero con juicios muy laicos y seculares.

### III

En este capítulo sobre la historia religiosa del siglo, tal la fue escrutando Salimbene, no podía faltar el juicio incisivo sobre la Curia, que desde siglos habíase comprometido en una pugna de apetencias materiales en la cual no siempre su papel había sido airoso. Nuestro franciscano, como tuvimos ocasión de señalar cuando nos ocupamos de las figuras políticas, estaba embarcado en la corriente güelfa, incluso en razón del hábito que vestía, aunque éste no fuera siempre en ese tiempo, argumento decisivo; su imparcialidad, no obstante, y la contundencia de que suele hacer gala para fustigar los defectos o vicios que observa, lo llevan también a embestir contra la Curia, que con demasiada frecuencia, en esos tiempos de hierro, se mezclaba en acciones pequeñas y exhibía una voracidad palaciega propia de los soberanos seculares. Salimbene nos deja en pocas líneas un cuadro claro de esa tensión política entre la Curia y los señores laicos.

Al referirse a la Romañola, nos la describe como una provincia pequeña, pero muy poblada, fértil y de gran utilidad; estaba situada entre la marca de Ancona y la ciudad de Bolonia y había sido otorgada a la Iglesia Romana por Rodolfo, elegido emperador por el Papa Gregorio X. A propósito de esta donación, que más bien podría calificarse de exacción,

<sup>29</sup> H. E.: pág. 65-66.



si tenemos en cuenta lo habitual en estos casos, el cronista se expresa con tal precisión y firmeza que preferimos transcribir sus palabras para que éstas conserven todo su sabor. "*Semper enim, dice Salimbene, Romani pontifices de re publica aliquid volunt emungere, cum imperatores ad imperium assumuntur*"<sup>30</sup>.

Esta política de especulación de circunstancia, tenía tomada a la Curia desde su entrada en el siglo VIII, en el juego político de los Carolingios, y resultó demasiado evidente que la constitución de un patrimonio territorial, no benefició en modo alguno su alta misión espiritual. A lo sumo fue un motivo de fortalecimiento de su autoridad, de su fuerza, diríamos, frente a la prepotencia de los señores laicos en la Italia de los siglos férreos, lo cual no dejaba de tener importancia, para evitar el posible manoseo de la autoridad pontificia. Queda siempre como casi imposible, un juicio histórico definitivo acerca del particular, porque el desarrollo de los acontecimientos obliga a sus actores a determinadas conductas que no siempre pueden preverse desde la cómoda posición del espectador, en este caso el historiador lo es, que describe y comprende en una atmósfera de serenidad que difícilmente acompaña a los protagonistas. De todos modos, Salimbene demuestra que sabía observar con suma perspicacia el espectáculo del siglo, incluso cuando sus simpatías personales estaban comprometidas.

Veamos ahora otros aspectos de la actuación de los pontificios contemporáneos de Salimbene, en relación con los emperadores germánicos y con la orden de los Menores. Esto último adquiere en la pluma del nuestro singular relieve, porque el cronista, embarcado en un espíritu de curiosas venganzas, no vacila en señalar la propia adversión y el castigo divino que caen sobre aquellos Papas que lesionaron o quisieron lesionar los privilegios otorgados a su Orden.

Los papas que tuvieron frecuentes litigios con los emperadores fueron Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX e Inocencio IV. De ese continuo conflicto se derivaron muchos daños para la Iglesia, en especial por obra del señalado adversario, nuestro Federico II, que llegó a ocupar el patrimonio de San Pedro<sup>31</sup>.

De estos pontífices, quien atrae especialmente la atención de Salimbene es Inocencio III, varón probo y fuerte, que se definía a sí mismo como poseedor de las dos espadas, a saber la espiritual y la temporal. Defendió a Federico III, cuando éste, un niño, necesitó de apoyo para sostener su condición de rey de Apulia y Sicilia, lo elevó, luego del fracaso de Otón IV, al Imperio y lo hizo su pupilo, designándolo como hijo de la Iglesia. Fue Inocencio III, eximio conocedor del derecho, tanto canónico como civil; como jefe de la Iglesia excitó a los cristianos al servicio en Tierra Santa, fue poderoso en hechos y palabras y si hubiese vivido algo más a toda la tierra habría subyugado, uniendo a las naciones en una sola fe<sup>32</sup>.

Otros pontífices tuvieron gobiernos más pacíficos. Fueron Honorio III, Alejandro IV y Clemente IV, que vivieron en concordia con los emperadores. El otro aspecto de la acción de los pontífices que interesa al nuestro, es el tratamiento que otorgaron a la Orden franciscana. Entre ellos menciona con especial inquina a Honorio IV e Inocencio IV, del que en otras ocasiones, como sabemos, hizo un cálido elogio. Honorio IV quiso privar a los menores y a los predicadores del derecho de confesar y predicar, interviniendo en la ocasión el cardenal protector de la Orden, Mateo Rubens,

<sup>30</sup> H. E.: pág. 509. <sup>31</sup> H. E.: pág. 35-36. <sup>32</sup> H. E.: pág. 19-20.



que a pesar de sus gestiones no tuvo éxito. Ante el fracaso de su intervención, pidió a los Menores que rogasen a San Francisco, para que éste hiciese uno de sus habituales milagros contra aquellos que querían perturbar la buena marcha del Instituto que había fundado. Los franciscanos rogaron y el Señor les escuchó, porque el Papa murió poco después<sup>33</sup>.

Algo parecido le sucedió a Inocencio IV, que se dejó convencer por la enemistad que los seculares tenían para con los Menores y los Predicadores. Dios como de costumbre castigó al Pontífice. El Papa Alejandro IV, rectificó las decisiones de su antecesor y protegió a la Orden<sup>34</sup>. Este papa fue hombre de letras, amante de los estudios teológicos, buen predicador que con frecuencia hacía gala de su habilidad; durante su gobierno consagró muchas iglesias<sup>35</sup>.

En esta enumeración de méritos y defectos, no podía Salimbene dejar de mencionar a Gregorio IX, que mucho combatió con Federico II y canonizó a Francisco de Asís, el año 1228<sup>36</sup>.

Otro aspecto de la Crónica que se relaciona con las ideas de Salimbene, es el que nos da cuenta de la difusión en su tiempo del joaquinismo, al que adhirió con empeño hasta el momento en que desilusionado por el incumplimiento de algunas profecías, manifiesta haberlo abandonado. No obstante lo que asevera, sabemos que en el fondo siempre le quedó algo de ese sentimiento que trasunta aquí y allá en su escrito. Estos testimonios se refieren tanto a Joaquín de Floris y algunos aspectos de sus profecías, como a otros personajes que se distinguieron por su adhesión a esas enseñanzas, entre ellos especialmente, su amigo y maestro fray Hugo de Digne.

La primera referencia a las profecías de Joaquín de Floris está dada por la indicación que el abad hizo de la aparición de las dos órdenes religiosas que iluminarían el siglo: Menores y Predicadores. Con diversas y variadas figuras, a la manera del Antiguo y el Nuevo Testamento, prefiguró la aparición de esos Institutos. Estas comparaciones son las del cuervo y la paloma, la de los dos ángeles que el señor envió a Sodoma para advertirle de sus pecados y el futuro castigo, la de la pareja de Esau y Jacob, la de José y Benjamín, la de Manasés y Efraín, la de Moisés y Aarón, la de Elías y Eliseo, la de Juan Bautista y Jesús, en cuanto hombre, la de Pedro y Juan y la de los dos discípulos de Emaús<sup>37</sup>.

Todos estos personajes y símbolos pareados prefiguraban la aparición de franciscanos y dominicos.

Da cuenta luego de la muerte de Joaquín en el año 1197, que tuvo espíritu de profecía y que lo ejerció, prediciendo la muerte del emperador Enrique, padre de Federico II, la futura desolación del reino de Sicilia, y la disminución del Imperio Romano, cosas todas, anota Salimbene, que claramente se manifestaron, pues el reino de Sicilia estuvo muy perturbado y el Imperio entró en cisma y disensiones<sup>38</sup>.

Explica luego las dificultades que tuvo el abad Joaquín a pesar de su santidad. Estos impedimentos, según dice el nuestro, fueron tres: el primero la reprobación de su escrito (*libelli sui*) contra Pedro Lombardo al que llamaba insano y herético, como Salimbene según cuenta escribió en otra Crónica; la segunda fue su don de profecía y su capacidad para hablar de las tribulaciones futuras; la tercera derivó de aquellos que creían en sus profecías y quisieron anticipar los términos que Joaquín había puesto a las mismas<sup>39</sup>.

<sup>33</sup> H. E.: pág. 629-30. <sup>34</sup> H. E.: pág. 419-20 y 454. <sup>35</sup> H. E.: pág. 453. <sup>36</sup> H. E.: pág. 36. <sup>37</sup> H. E.: pág. 20-21. <sup>38</sup> H. E.: pág. 19. <sup>39</sup> H. E.: pág. 238-39.



Estos distingos del Cronista trasuntan un no disimulado desconcierto ante las dificultades que la extensión del joaquinismo tuvo en su tiempo. En ocasiones Salimbene no parece ni seguro de la ortodoxia de esas doctrinas. No es que haga explícita manifestación de este sentimiento, pero parece sobreentenderse de sus vacilaciones y reticencias, y se verá luego que sin repudiarlo abiertamente abandonará el joaquinismo decidido a no creer sino en lo que veía.

Luego de estas aclaraciones generales sobre las enseñanzas de Joaquín de Floris, entra Salimbene a ocuparse de la figura singular de fray Hugo de Digne<sup>40</sup>. Era éste Hugo de Bariola, llamado también de Digne, y por los lombardos, Hugo de Monte-Pesulano. Era, según palabras de Salimbene, que repite en ocasiones para otros personajes, uno de los mayores clérigos del mundo, solemne predicador y agradable tanto al clero como al pueblo, gran disputador, preparado para todo género de cosas. Era capaz de tratarlas y concluir las con eficacia, cosa para la que le ayudaba su lengua hábil y su voz potente semejante al trueno y a la trompeta y aun al sonido de las aguas rumorosas cuando se derrumban en cataratas. Nunca vacilaba ni ejercía presión sobre los demás, siempre se encontraba dispuesto para toda respuesta y decía maravillas de la curia celeste, esto es de la gloria del paraíso y horrores de las penas infernales. Es interesante consignar lo que trae Salimbene acerca del diálogo de Hugo con los cardenales y el Papa, en el que se advierte el espíritu de una actitud nueva, de esas que generalmente suelen involucrarse en el concepto de prerreforma. En primer término puede advertirse el sentido de independencia que Hugo demuestra frente a la Curia, inusitado aun en las palabras que trae el propio Cronista. Si nos atenemos al tono de la exposición, éste aparece como francamente admonitorio. Los cardenales no eran elegidos en el conjunto del pueblo sino de la parentela y los próximos del Pontífice (configura esto, una acusación de nepotismo), y lo mismo podía decirse de los primados arzobispos y obispos. Además, en ese tiempo (*moderno tempore*), habían aumentado su honor y jerarquía en forma desmedida, desde que Inocencio IV les había otorgado el capelo purpurino, para que cabalgando en el cortejo, se distinguiesen de los otros capellanes. En otro tiempo (*antiquo tempore*), dice Hugo a través del cronista, no os llamábamos cardenales sino diáconos de la Curia romana y vuestros predecesores eran simplemente presbíteros, como claramente se puede demostrar por ejemplos históricos. Cuando el papa Silvestre fue a visitar a Constantino, no se mencionó a ningún cardenal entre sus acompañantes sino a dos diáconos y cinco presbíteros. Igualmente antes de ser elevado al Solio, el beato Gregorio fue llamado diácono de la Curia romana y no cardenal, lo mismo que el historiador de los longobardos, el diácono Paulo, y así a otros sucesivamente por mucho tiempo. Por todo esto, dice Hugo, con buen humor a través de Salimbene, bien os llamó el abad Joaquín al definiros como *carpinales*, en lugar de cardenales, porque en verdad sabéis magníficamente carpir, succionar y agostar la bolsa de mucha gente. Tampoco, sigue Hugo, vais al consistorio del Papa sino es luego de comer y beber espléndidamente, recurriendo luego a los buenos oficios de un mullido lecho. Estáis todo el día en vuestras habitaciones ociosos, y propiciáis la pereza deleitándoos en juegos diversos con vuestros parientes y próximos como si fuerais niños. Poseéis numerosa familia bien mantenida próspera y con nobles

<sup>40</sup> Debe sobreentenderse que la disposición de los materiales no corresponde al orden de la Crónica sino a nuestra intención en la exposición ordenada de los mismos.



comodidades. ¡Tal es vuestro ejercicio! Por todo esto y otras cosas, Hugo podía ser reputado el sucesor de Joaquín de Floris al que imitaba en los hechos y en las palabras<sup>41</sup>.

Cuatro grandes amigos tuvo fray Hugo: Juan de Parma, también devoto de Joaquín al decir de Salimbene; el arzobispo de Viena; el obispo de Lincoln, Roberto Grosa-Testa, el que conocemos como filósofo y científico, maestro de Roger Bacon; fray Adam de Marisco; hablándose también en esa página de otro gran franciscano, Alejandro de Hales<sup>42</sup>.

Digamos algo ahora de la situación personal de Salimbene frente al problema del joaquinismo. En sus propias manifestaciones tomamos asidero para hablar de su adhesión a las enseñanzas de Joaquín, conociendo también sus relaciones con Hugo de Digne cuya figura exalta. Era joaquinista, dice el cronista, y creía, y esperaba y atendía que Federico cometiese aún mayores males que los que había obrado, aunque había obrado muchos. A esta reflexión le mueve el anuncio de Inocencio IV, que predicando en Ferrara, a su vuelta de Lyon en 1251, dijo que la muerte de Federico II le había sido anunciada<sup>43</sup>.

Pero lo que el joaquinismo anunciaba para el año 1260, esto es el advenimiento de los varones espirituales, luego que Federico II muriese no se realizó y el apocaliptismo pierde en Salimbene a un notable secuaz. Él mismo nos dice que abandonó totalmente esa doctrina, disponiéndose a partir de ese momento a no aceptar sino lo que veía, "*et dispono non credere nisi qui videro*"<sup>44</sup>. En esta afirmación en la que Salimbene aparece librándose del hechizo de esa atmósfera de profecías y apocalípticas visiones, encontramos un elemento típico de la llamada modernidad: creer lo que se ve, lo que se palpa, lo que se experimenta. Es también un sereno esperar los acontecimientos en la alegre incertidumbre del futuro, lo que resulta siempre más conveniente que el estar aguardando el cumplimiento de un destino inexorable. El mismo sentido de la muerte, que sufrió tantas modificaciones desde siglos, ya no preocupa tanto a los hombres como en el período de sombrías predicciones y temores. El hombre moderno, tan preocupado en prepararse para la vida, descuida con frecuencia la disposición para el tránsito final. Todos saben que el fin es inevitable, pero se trata de pensar en él lo menos posible, como si íntimamente se esperase que no acontezca con nosotros, lo que vemos cumplir en los demás.

La frase de Salimbene, que aparece en primer término como mera reacción contra el espíritu de profecía, en lo que a él afectaba, reviste en la perspectiva del hombre de su tiempo, una importancia mucho mayor. Se trataba, y esto es bien moderno, de no anticipar el futuro, de vivir en la experiencia del presente y de transitarlo tan apegado a él, como para evitar que los acontecimientos posteriores pudieran impedir o coartar las realizaciones en las que se vivía empeñado. Al superar el joaquinismo en la propia experiencia, Salimbene cumplía con el propio espíritu una liberación que estaba tomando a toda la sociedad europea y en la que su padre, así como también Pietro Bernardone, el padre de Francisco, habían entrado con antelación. La conciencia burguesa lentamente ganaba el horizonte y limpiaba las sombras, prometiendo, a su manera, en reemplazo de la "Curia celeste" de la que hablaba Hugo de Digne, las aventuras de otro paraíso excogitado por la inteligencia y el trabajo del hombre. Con Salimbene como con tantos otros hombres excepcionales, podemos ver que generalmente dijeron más de lo que supusieron decir, incluso porque un proceso

<sup>41</sup> H. E.: pág. 226-31. <sup>42</sup> H. E.: pág. 233-34. <sup>43</sup> H. E.: pág. 174. <sup>44</sup> H. E.: pág. 302-03.



de esa importancia para Occidente, no se cumple en el lapso de una sola vida de hombre. Queremos indicar esto, porque pronto veremos que lo viejo vuelve por sus derechos en otras observaciones de Salimbene, y además porque éste, más que un creador de cosas nuevas es el termómetro que indica la ruptura del equilibrio, el comienzo de la confusión en la que luces y sombras configuraban un retablo de relampagueos precursores y admonitorios.

#### IV

Para finalizar con este capítulo anotemos algunas referencias que contribuyeron a ilustrar la religiosidad de Salimbene y que permiten confirmarnos en nuestra opinión de que el cronista está en la balanza del siglo entre lo viejo y lo nuevo. Junto a rasgos de agudeza, a certeros atisbos y enunciados de carácter racional, tropezamos en Salimbene con creencias ingenuas que exceden el marco de la ortodoxia y que aún en el clima de su siglo, tan escéptico en muchos sentidos, seguían perviviendo. Nos referimos a la acción de los demonios en el disponer de los acontecimientos humanos. El diablo no aparece aquí en su característica función de supremo tentador, el Luzbel de la caída, sino como fastidiado conserje de algunos secuaces rebeldes o de enemigos fuertes ante su acecho. Resulta demasiado evidente que estos demonios flageladores y homicidas, que maltratan a los hombres desprevenidos por los caminos, escapan un tanto a la posición doctrinaria de la Iglesia y sólo configuran en la mente del cronista una manifiesta exageración. Una visión semejante y absurda de la acción de los demonios la tenemos en algunos cronistas de la Conquista española en América. En Cieza de León, por ejemplo, hemos tenido ocasión de presenciar estas hazañas, donde los hombres bajo la acción del demonio son arrojados por los aires, suben y bajan en un sin fin de piruetas, destinadas a evitar que el secuaz abandone, ante la exhortación del misionero, el servicio diabólico. En estos casos no se trata simplemente de endemoniados acerca de los cuales hay doctrina eclesiástica, sino de una acción punitiva externa de los demonios, de algo que viene de fuera y que se manifiesta en castigos más o menos rudos, sin excluir la muerte, bajo la que caen los rebeldes y los desprevenidos. Salimbene narra, aceptando dos episodios de este tipo, en lo que podemos deducir su adhesión a ideas y sentimientos de la mentalidad prefranciscana, hecha de lúgubres presagios y tétricas asechanzas y esto porque el nuestro, a pesar de sus protestas, se manifiesta en ocasiones más joaquinita que franciscano, sumergido en un mundo espiritual del cual lo alejan, por otra parte, otras tendencias y actividades.

Ilustremos entonces un primer caso de falsa promesa por parte del demonio. Cuando vivía aún el papa Martín IV, cierto religioso recibía con frecuencia la visita del diablo que se le aparecía bajo aspectos tranquilizadores y deleitables. Asumía al efecto la figura del Crucificado, de la Virgen, de San Francisco, del beato Antonio (de Padua), de Santa Clara o Santa Inés. Engañado por ese aspecto, el religioso escuchaba, a pesar de las exhortaciones de un amigo, las promesas del diablo que le prometía el Papado. Cuando Honorio IV llegó al Solio, el religioso que prestaba fe a esas promesas, a pesar de ser un desconocido en la Curia, quedó desilusionado. Entonces se le apareció de nuevo el demonio para decirle que no llegó al cargo por no haber cumplido lo que él le indicaba, con lo cual conoció el origen de esas perversas insinuaciones<sup>45</sup>.

<sup>45</sup> H. E.: pág. 566-67.



El segundo caso se refiere a una acción punitiva del diablo respecto de tres compañeros que estudiaban en la ciudad de Bolonia. Desearon éstos, un buen día, ingresar en la orden de los menores y para ello dispusieron que uno de ellos se dirigiese a Tuscia, que era la común ciudad natal, con el fin de recabar los recursos necesarios para su decente ingreso en la Orden. Éste, luego de haber pasado Casaleclum, llegó al puente Reno, lugar desde el que iba a Crespelanum. En este sitio cogióle el diablo que lo golpeó y lo precipitó al río sumergiéndolo y reteniéndolo hasta su completa sofocación. Su cadáver fue encontrado frente a la ciudad de Polesno donde tuvo digna sepultura.

Como no volviese el así desaparecido, los dos que quedaron en Bolonia convinieron que uno de ellos emprendiese el mismo camino con idéntico fin, y para saber ahora qué sucedía con el que le había precedido sin noticias. No corrió éste mejor suerte, porque el diablo, situado en el techo de una pequeña iglesia de su ruta, le arrojó desde lo alto una piedra que dándole en el cráneo se lo partió causándole la muerte instantánea. El segundo cadáver fue sepultado en la mencionada Iglesia. El que quedó en Bolonia, visto que sus compañeros no regresaban e ignorando su destino, decidió ingresar por su cuenta en la Orden. Fue éste fray Pedro de Cora, de cuya boca escuchó Salimbene el relato que transcribe. El mismo fray Pedro pudo saber lo acontecido por lo que le manifestó el propio demonio en una conversación, en la que éste revistió el aspecto de un rústico del lugar. Cotejadas esas informaciones con las de hombres de los lugares en que se desarrollaron los hechos, fray Pedro comprobó la verdad de lo aseverado y el fin que sus compañeros habían tenido<sup>46</sup>.

En estos relatos, que Salimbene da como reflejo fiel de acontecimientos sucedidos, no como alegorías ilustradoras, vemos al demonio adquirir una sustantividad inusitada. No se trata en su planteo y creencia de la figura negativa del tentador que acecha la ocasión del posible pecado, sino de un personaje que se mezcla en las decisiones de los hombres, exhibiendo pasiones muy humanas y tratando de obstaculizar el progreso de mejores intenciones.

Scivoletto apunta<sup>47</sup>, que en Salimbene parece primar la noción de un arbitrio ligado a la inexorable e irresistible acción del demonio. De acuerdo con lo que estamos exponiendo, no creemos que la idea esté lejos de la verdad, porque en todos los casos en que el demonio aparece, el hombre hace entre sus manos figura de juguete tímido e impotente, como si nada pudiese contra él más que resignarse a su capricho. Por lo menos parece otorgarle in mente lo que hacía en forma explícita respecto del Dador de tronos y fortunas, de éxitos y tribulaciones. Todavía respecto de Dios el hombre aparecía, como vimos, colaborando para merecer la exaltación o el castigo; en este otro caso, el diablo le aniquila o le engaña sin que medie de su parte ninguna acción de colaboración o defensa.

Y es que, a pesar de la actitud de árbitro que asume para juzgar a los demás, dando cuenta de sus virtudes o desviaciones, la religiosidad de Salimbene es una extraña mezcla de motivos encontrados. Su gran familiaridad con el Antiguo Testamento, lo aproxima a sus formas duras y vengativas, sin la dulzura de Jesús reavivada por Francisco, de la que él debería haber estado impregnado incluso por su condición de franciscano. A pesar de sus protestas prima en su valoración de los hechos y la conducta

<sup>46</sup> H. E.: pág. 576-77. <sup>47</sup> Op. cit.: pág. 161.



de los hombres el fondo tétrico y apocalíptico de la prédica joaquinita, tan diversa de la fresca y optimista actitud del fundador de su Orden que encontraba en la tímida hierba o en el insecto más deleznable un motivo de alegría con que elevarse a la inmensidad del Creador.

## REGIONALISMO Y COSTUMBRISMO

### I

Al margen de las grandes cuestiones que toman en la Crónica el decidido empeño de Salimbene, queda aún lugar para otras, que si bien tienen menor trascendencia histórica, nos permiten penetrar en aquellos aspectos minúsculos del siglo que dan sabor al tono de esa época decisiva del proceso occidental. En ellos, el hombre de su tiempo y el hombre Salimbene que observa, describe y acota, transparentan su sentir hecho de grandezas o de pequeñas miserias que también, aunque generalmente se descuiden, amalgaman con ingredientes especiosos la entraña de la historia. Aparece así con mayor claridad, una historia de hombres que en su plenitud, luces y sombras, gestan en la explicitación de su espíritu, que no siempre reviste caracteres épicos, una vida cotidiana que transcurre, sino en la superficie donde actúan y se mueven los grandes muñecos que dan nombre a determinados capítulos del acaecer de su época, por lo menos en las capas profundas que son las que alimentan secretamente a las más evidentes que transitan en la corteza.

El hombre Salimbene aparece aquí tomado en el círculo de lo minúsculo, en los apetitos y las pasiones personales que le sirven de criterio a partir del que discrimina a los grupos sociales del siglo XIII.

Vemos así, en sus rápidos esbozos, el acentuarse de ese regionalismo que fue creciendo en Europa, por lo menos desde el establecimiento de los primeros reinos bárbaros, en los que se insinuaba un perfil peculiar a cada grupo o región, muchas veces expresado no sólo con sentido de oposición distintiva sino también en el tono áspero y encontrado de lo que serán luego las rivalidades nacionales.

Salimbene no se substraee a estos sentimientos y nos testimoniará su sentir, que, en algunos aspectos es el sentir de su tiempo, acerca de esas diferencias y rivalidades. Como italiano, lo veremos colocado frente a los franceses, de los que da una definición poco halagüeña, y que se debe en gran medida, a las consecuencias de la primera intervención francesa en la Península, a raíz de la especialísima política que sigue el Papa Inocencio IV respecto del círculo de los Staufen. La presencia de los franceses de Carlos de Anjou, que se coronaría con el sangriento episodio de las Vísperas sicilianas y se complementaría con la intervención aragonesa y el fin de las guerras de Italia hasta el siglo XVI, dejaría en algunos hombres un resabio amargo y un claro resentimiento. Salimbene, que con tanta energía atacó a Federico II y su familia, pero que en ocasiones no pudo ocultar una casi secreta simpatía, no piensa bien de esos franceses que a la postre resultan entrometidos en el destino de su patria.

Atendiendo a sus palabras, los galos son muy soberbios y necios, hombres pésimos y malditos, que desprecian a todas las naciones del mundo y especialmente a los ingleses y lombardos, incluyendo entre éstos a todos los italianos y cismontanos en general. En realidad ellos mismos son dignos



de desprecio y todos debieran hacerle sentir ese sentimiento. Por otra parte como son grandes bebedores, y suelen agotar de un sorbo las copas, creen poder vencer y engañar a todo el mundo. Narra diversas tropelías comedidas por los franceses y termina con estas palabras: "Por lo tanto el dominio de los galos siempre estuvo lleno de soberbia y crueldad"<sup>1</sup>.

Ya en paz con los sentimientos patrióticos de Salimbene, veamos qué nos dice acerca de sus compatriotas distribuidos en las principales ciudades de ese momento.

Comencemos por Florencia. Los florentinos al decir del nuestro, eran ya gente divertida y amante de la buena vida, por eso cuando alguno de los Menores abandona la ciudad no se escandalizan, por el contrario comentan el caso diciendo, nos admiramos que éste haya permanecido tanto tiempo, porque los Menores son hombres desesperados que a sí mismos se afligen de diversas maneras. En otra ocasión, cuando oyeron que fray Juan de Vicenza, de la orden de los Predicadores, del que Salimbene habló en otras ocasiones, quería ir a la ciudad, exclamaron: "Por Dios que no venga ése, porque oímos que resucita a los muertos, y nosotros los que ahora vivimos no queremos que nos quite la ciudad". Estas palabras dichas en su dialecto suenan muy agradablemente al decir de Salimbene<sup>2</sup>.

Evidentemente hay constantes históricas. ¿No nos preanuncian estas palabras el fracaso de Savonarola, dos siglos después? ¿No nos insinúan acaso el medio propicio, hecho de alegría y optimismo en el que florecerá la espléndida cultura que por doscientos años asombrará a Europa? Podemos agregar que al respecto, y según lo que la experiencia demostró, las observaciones del cronista se revelan de una exactitud indudable, lo que no es ocioso cuando se trata de calar en el valor de un testimonio.

Yendo hacia el Norte, detengámonos ahora en la región lombarda, grata al corazón del nuestro, en la que destacaremos su ciudad natal, la altiva Parma que resistió a Federico II. Con evidente satisfacción, Salimbene nos habla de la federación lombarda, clave de la resistencia que los Staufen encontraron siempre en Italia. En estos días, nos dice, estas ciudades están unidas en gran federación de amistad, y en amoroso y prieto vínculo conjugadas. Eran Placentia, Parma, Cremona, Reggio, Módena, Bolonia, Ferrara y Brescia. Todas ellas estaban de parte de la Iglesia, vale decir que resistían a Federico embanderadas en el güelfismo. El sector que favorecía al Imperio andaba en ese momento bastante desconcertado y sin mayor esperanza, al contrario de los que sostenían la otra parte. En esa comunidad de intereses hacía excepción Mantua, dominada en la ocasión por el señor de Pinamonte<sup>3</sup>.

No obstante lo dicho, Salimbene no concede más de lo debido y conveniente, y cuando es menester torna el tono de amable en agrio. Al hablar de la firmeza de los lombardos, ya no se muestra tan optimista. Dice que la paz establecida por ellos no ofrece mayor confianza, porque se asemeja al juego de los niños, cuando ponen y superponen las manos sobre las rodillas, sacando la de abajo y poniéndola arriba el que quiere vencer en el juego, golpeando la mano del rival y estimando con ello lograr la victoria<sup>4</sup>. La comparación resulta sumamente plástica y expresiva del juego de indecisiones y apresuramientos que afectaba a la política de las ciudades lombardas, al par que nos sitúa a Salimbene como experto observador.

Al juzgar a los de su ciudad natal, no advertimos ningún sentimentalismo.

<sup>1</sup> H. E.: pág. 651-52. <sup>2</sup> H. E.: pág. 83. <sup>3</sup> H. E.: pág. 530. <sup>4</sup> H. E.: pág. 590.



mo, ninguna concesión que podría temerse en quien pospusiera la verdad a los sentimientos. Cuenta Salimbene que Jesús, hablando de Jerusalén, dijo lo que podría aplicarse a los de Parma, en especial en lo que se refiere a su rudeza y falta de misericordia para con los siervos de Dios. Abundando en noticias, dice que debido a eso, en los cuarenta y ocho años que estuvo en la orden de San Francisco, nunca quiso residir en la ciudad de Parma que se destacaba por su poca devoción. No se preocupan por honrar a los religiosos ni de beneficiarlos cuando pueden y saben hacerlo magníficamente. Sólo bastaría que quisiesen como lo hacen los histriones, cómicos y charlatanes, a los que obsequian en abundancia, lo mismo que a los soldados. De no mediar esa circunstancia y dada la importancia y recursos de la ciudad, bien podrían vivir en ella por lo menos cien frailes menores con abundancia y largueza<sup>5</sup>.

Tomemos nota entonces del poco afecto de sus paisanos por los religiosos en general y los Menores en particular. De paso anotemos que Salimbene no olvida nunca su condición de franciscano y los posibles beneficios que puede recabar la Orden. Corresponde observar, no obstante, que esa preocupación se sitúa en un plano laico de prosperidad y bienestar, cosas que en poco debieron haber afectado a un Instituto que nació bajo el signo de la humildad y pobreza. Es que nuestro cronista no olvida bajo el sayo, como ya observamos otras veces, su condición secular de rico burgués, que en ocasiones, en el silencio de la celda, le hace emitir pensamientos y reflexiones desconcertantes en un hombre, que tras tantas dificultades, abrazó tal vocación. ¿Fue sólo un arrebató de lírica juventud? A juzgar por ciertas constantes en la concepción social de Salimbene, esta posibilidad merece considerarse. Y qué empeño poco franciscano el de este hombre que no vacilaba en atribuir a la intercesión del Santo la muerte de los papas que no simpatizaban con la Orden. La defensa de la misma se sitúa siempre en la esfera material del que defiende la propia casa, la familia, la hacienda, cuando no el rango y la consideración social.

Vayamos ahora a la rica y poderosa Venecia, la opulenta ciudad que rezumaba en sus piedras un rocío de Oriente sobre la tenacidad emprendedora de la Europa en ascenso. Salimbene no simpatiza con esa ciudad que finca su poder en el éxito de sus operaciones comerciales a las que apuntala una audaz y marinera flota de guerra. Poco antes de su nacimiento, el dux Dándolo había dado en la cuarta Cruzada, un claro ejemplo de que sus ideales no perdían contacto con la tierra. En su Crónica retiene el hecho de la operación en Dalmacia, con la toma de Zara en el año 1204<sup>6</sup>, advirtiendo también de los sucesos que precedieron a la toma de Constantinopla.

Los vénetos, nos alecciona, son hombres avaros, tenaces y supersticiosos, cuyo deseo es subyugar a todo el mundo. Lo hacen en cuanto pueden y tratan con rudeza a los mercaderes que van a su ciudad. Venden caras sus mercancías y someten a diversos peajes a todos aquellos que transitan por sus distritos. Si algún mercader lleva entre ellos sus mercancías para venderlas, debe hacerlo de todas maneras porque le impiden que se vuelva con ellas. Si alguna nave de otras regiones, cargada de mercadería, debido a algún accidente recalca en su puerto, no puede volver a salir sin haber vendido en el lugar lo que traía. Para justificar el atropello dicen que el hecho acaeció por disposición divina, y que si la nave se orientó hacia ellos no hay que contrariar al destino<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> H. E.: pág. 597. <sup>6</sup> H. E.: pág. 23. <sup>7</sup> H. E.: pág. 481.



Salimbene parece un tanto escandalizado de tal fundamentación de una medida de fuerza, pero si pensamos que él mismo no desdeña este tipo de conexiones, cuando le conviene, podemos pensar que en él como en la generalidad de los hombres, los argumentos valen según quien los enuncia. Dejamos así esbozado su juicio acerca de los franceses, florentinos, lombardos y vénetos que en el juego político de su Italia contemporánea y en la de los tres siglos siguientes desempeñarán lo principal de esa actividad.

## II

En esta reseña de las apetencias y reacciones personales del hombre Salimbene, no podemos descuidar la cuestión de la buena mesa: los manjares y el licor de Baco. Uniendo, como en otras ocasiones, la teoría a la práctica, nuestro cronista nos ilustra acerca de las nuevas modalidades que la historia engendró en materia de gustos. En efecto, los hombres primitivos se revelaban menos exigentes y más conformes con la frugalidad que un medio menos cultivado les deparaba; los modernos, en cambio, dice el nuestro, se expresan en la confección de sus comidas de acuerdo con las exigencias de su gula refinada. A estas tendencias no escapaban, al parecer, los fieles devotos de *Madonna Pobreza*, que cuando, como en el caso de Salimbene, podían ir de aquí para allá, sentándose a la mesa de ricos señores, hacían lo posible para resarcirse de las mortificaciones del claustro. Valga pues el recurso de apelar a la Historia para justificar las inclinaciones de aquellos que ya no se conformaban con los *cibis a natura creatis*<sup>8</sup>.

Pasando al terreno de las experiencias concretas, Salimbene, con evidente satisfacción, trae el recuerdo de los agasajos con que el rey de Francia, el pío San Luis, honró a los franciscanos que compartieron su mesa. Su orgullo de hombre y sus apetencias de experto catador, lograron en esa oportunidad cumplida satisfacción. El rey se dignó comer en el refectorio con los frailes, participando del ágape, además de tres hermanos del rey, cardenales de la curia romana y el Ministro General de la Orden. Ese día hubo algo especial: cerezas, pan muy blanco, vino, tan abundante como correspondía a la regia magnificencia. Según la costumbre de los galos, muchos que no querían deber fueron invitados a hacerlo, y notemos de paso que, según el texto, entre ellos no parece encontrarse Salimbene. Luego se sirvieron habas frescas cocidas en leche, pescados y cangrejos, tortillas de anguilas, arroz con leche de almendras y polvo de canela, anguilas asadas con exquisita salsa, tortas y frutas en abundancia como correspondía al decoro de un convite real<sup>9</sup>.

El interés de la reseña, aparte de ilustrarnos acerca de las devociones gastronómicas de nuestro cronista, nos muestra qué clases de manjares solían consumirse en una comida decente de la época.

Salimbene no deja de aludir al otro objeto de sus amores, el vino. Según apunta, fray Fabriel de Cremona le asesoró acerca de las clases de vino que produce Francia, algunas de las cuales, especifica con acentos patrióticos, no son tan buenas como las de Italia. Tres regiones destacan su producción vitivinícola: Bripella, Belua y Altisodoro. Los vinos de esta última región son blancos, tirando a veces al rubio oro, olorosos, de buen sabor, confortables y dignos de beberse. Estos vinos son tan fuertes que cuando permanecen mucho tiempo en el tonel transpiran bañando el exterior<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> H. E.: pág. 547. <sup>9</sup> H. E.: pág. 223-24. <sup>10</sup> H. E.: pág. 218.



De esos vinos italianos, a los que antes se refirió al pasar, recuerda al hablar de Arduino de Clavara, hombre de letras, el buen vino de Vernacia. Vino óptimo y abundante el de esa región, capaz de hacer de cualquiera un ardiente aficionado<sup>11</sup>.

Salimbene, que recoge en su crónica muchas creaciones de esa fresca inspiración concretada en las formas poéticas de un latín que se transformaba rápidamente, cosa que hace de su escrito una fuente de indudable importancia para el conocimiento de la literatura que se aprestaba a manifestarse como italiana, y que desde tiempo, a pesar del idioma, ya no era latina. Por creer que esta cuestión debe ser objeto de otro estudio que trate especialmente el problema, lo hacemos ahora a un lado, sin dejar de transcribir, ya que nos ocupamos de sus elogios del vino, los versos que compuso en su honor, el maestro Morando, gramático de la ciudad de Parma. En estos versos, que sólo superficialmente son latinos, porque transpiran la forma y el vocabulario de la lengua vulgar, puede observarse esa ingenua expresión de todos los atisbos líricos, que sin distinción de áreas culturales, participan de la misma frescura, sencillez y donaire. Esa puerilidad de la forma, liberada de todo artificio, ya que éste es propio de formas cultas avanzadas, nos pone frente al ejemplo elocuente del nacer de una literatura.

En lo que nos interesa ahora, la transcripción da cuenta del entusiasmo del nuestro por el jugo de las vides y de su interés por no descuidar todas las formas vitales de la época compleja que describe.

He aquí esos versos:

Vinum dulce gloriosum  
pingue facit et carnosum  
atque pectus áperit.

Et maturum, gustu plenum,  
valde vobis est aménium,  
quia sensus ácuit.

Vinum forte, vinum purum  
veddit hominem securum  
et depellit frígora.

Sed acerbum linguas mordet,  
intestina cuncta sordet  
corrumpendo corpora.

Vinum vero quod est gláucum  
potatorem facit ráucum  
et frequenter mingere.

Vinum vero turbulentum  
solet dare corpus lentum  
et colorem tingere.

Vinum rubeum subtile  
non est reputandum vile,  
nam colorem generat.

Auro simile citrinum  
valde favet intestinum  
et langores suffocat.

Alba limpha maledicta  
sit a nobis interdicta,  
qui splenem próvocat<sup>12</sup>.

El ejemplo nos compromete para estudiar el asunto en otra oportunidad. Pasemos ahora a otras cuestiones.

### III

En la gran variedad de noticias que la Crónica retuvo, queremos destacar finalmente las que se refieren a los acontecimientos meteorológicos y fenómenos celestes de su tiempo. Estas referencias dan al recuerdo cierto sabor de vida diaria, como para que desde la distancia, comprendamos mejor el cuadro que Salimbene configura.

<sup>11</sup> H. E.: pág. 572. <sup>12</sup> H. E.: pág. 219.



El año 1192, gobernando Enrique VI, padre de Federico II, cayeron grandes lluvias, con truenos, relámpagos y granizo, como no se recordaba desde mucho tiempo. Verdaderas piedras, cuadradas y ovales, cayeron del cielo junto con la lluvia, destruyendo árboles, viñedos, sembrados y dando muerte a muchos hombres. A esto se unió, y entramos en la atmósfera de lo maravilloso, el espectáculo de cuervos y otras aves que transitaban por los aires llevando en el pico carbones ardientes con los que incendiaban las casas<sup>13</sup>.

El año 1239, por tantos motivos digno de nota: excomulgado Federico II, depuesto Elías de Cortona, derrotados los francos en Gaza, se destacó también por el eclipse de sol que afectó la tranquilidad de las gentes. El sol se obscureció "orribiliter et terribiliter", aparecieron las estrellas y los hombres y las mujeres padecieron gran temor: iban con pavor y tristeza de aquí para allá, como vio el propio Salimbene testigo ocular del fenómeno. Desconcertados por lo que ocurría, en gran número fueron a confesarse, se reconciliaron los enemigos y en la ciudad de Lucca se efectuó una procesión<sup>14</sup>.

Obsérvese de paso cómo de un acontecimiento natural en el ciclo de las revoluciones celestes, se hizo un motivo de temor y expiación. Abundando en el mismo tema, anota el cronista que el 7 de agosto de 1264 apareció un cometa<sup>15</sup>.

En el año 1275 cayeron grandes lluvias durante todo el invierno, los ríos salieron de madre y en los montes vecinos se observó nieve abundante. La lluvia y la nieve, prolongadas durante meses, alcanzaron al siguiente; el frío y el hambre, agostados los campos, produjeron gran mortandad de animales<sup>16</sup>.

Para terminar, anota que en los años 1283 y 84 las inclemencias del tiempo provocaron la muerte de hombres y animales<sup>17</sup>.

Dejamos así esbozado, salvo las aclaraciones efectuadas, el material aprovechable de la Crónica de Salimbene. Junto a estas cuestiones susceptibles de tratarse orgánicamente, quedan muchos otros datos que servirían para ilustrar tal o cual aspecto de la vida de su tiempo, valga esto para las operaciones bélicas, disposiciones estatutarias o reglamentos de las ciudades, rivalidades menudas de seculares y regulares, supersticiones aisladas, acontecimientos todos sin verdadera trascendencia, que constituyen el aderezo cronológico o argumental de la Crónica. Luego de la interesante incursión en este terreno tan lleno de frutos y sorpresas, volvamos al autor en un ensayo de aproximación crítica.

## SALIMBENE, LA HISTORIA Y LA CULTURA

### I

Desde el autor y a través de su libro, de peldaño en peldaño, descendimos hasta la entrada del siglo. Volvamos ahora a la superficie, rehaciendo el camino, enhebrando los hechos hasta dar con el hombre Salimbene que ya significa para nosotros algo más que una mera instancia biográfica. Nuestro cronista tiene en este momento toda la importancia de un destino humano tomado en el arco tenso de un siglo apasionante, de un siglo que

<sup>13</sup> H. E.: pág. 17. <sup>14</sup> H. E.: pág. 164. <sup>15</sup> H. E.: pág. 469. <sup>16</sup> H. E.: pág. 491-96.  
<sup>17</sup> H. E.: pág. 515.



tanteando vacilante busca la salida de nuevos tiempos y otras cosas, que pugnando por deshacer ataduras, y en avances y retrocesos, no acertando con el camino, irá deshojando sus mejores energías en una lucha gigante.

Siglos como éste en los que se amasa ya con nueva levadura, tienen todos sus hombres bifrontes, que vienen entre los escombros buscando los cimientos del nuevo edificio que concrete las ardientes esperanzas que alborazan en el horizonte. Es que, como anota Apolonio, con este homenaje póstumo a la expresión universal del Medioevo, Salimbene lo despide de la escena del mundo<sup>1</sup>, y se coloca en el número de aquellos que viven ya de otro modo, "sfiduciato del vecchio e condiscendente al nuovo", tenazmente empeñado en una observación sin pausas ni demoras.

Es hombre de la Italia comunal y su arte realista cala hondo en la entraña popular, aunque como sabemos, sin ribetes plebeyos. En su andar constante, mezclado en los episodios de la lucha de las ciudades lombardas con el emperador, "recoge las voces infinitas de esa vida y deja que poco a poco se adormezcan en el transcurrir del tiempo, entre certezas más humildes, entre cotidianas risas y ocasionales dolores, las pensamientos heroicos que había gestado en Fano, en la marca de Ancona, donde comenzó a formar parte de la familia de San Francisco, y en Pisa, en la marca de Toscana, donde aprendió de los libros joaquinistas, el sentido místico que podía atribuirse a la historia de su Orden"<sup>2</sup>.

Es que la vida del tiempo era la más apta para substraer los impulsos ascéticos, diluyéndolos en las exigencias materiales de la ganancia ineludible, que enseñaba, como ya tuvimos ocasión de ver en el diálogo de Salimbene con su padre, a sacrificar los impulsos religiosos a los derechos del siglo. La pobreza tenía rostro de ángel en la poesía mística del Doscientos, pero en la poesía laica reviste forma de áspid que amenaza las ganancias y el provecho de los negocios. En una poesía laica del siglo se leen las siguientes palabras que significan el absurdo de alabar a la pobreza:

"Che di pecare e via  
facendo spesso a giudici far fallo,  
e d'onor donne e damigelle spoglia,  
e fa far furto forza e villania  
e ispeso far bugia  
e ciascuna priva d'onorato stallo?

.....  
Certo parmi grand'arte  
chiamar virtute quel che spegne il bene"<sup>3</sup>.

De todos los estudios que hemos podido leer sobre Salimbene, su obra y su tiempo, ninguno más profundo, a pesar de su esquematismo, que el de Toffanin. Esta circunstancia nos mueve a tener en cuenta sus opiniones, entre otras cosas, porque no tenemos inconvenientes en coincidir con ellas, siempre tan interesantes y que penetran en la esencia de los problemas que trata. Su vida que reproduce circunstancias de la del maestro, resulta en realidad el revés de la trama. Ni cínico ni desilusionado, dice Toffanin, su actitud es simplemente la del burgués gentilhomme que se mueve en un plano de serena impassibilidad. Le gustaba vivir en paz

<sup>1</sup> MARIO APOLLONIO: Uomini e forme della cultura italiana delle origine (Storia letteraria del Duecento), 2da. ediz. acc. Sansoni, Firenze, 1943, pág. 113.

<sup>2</sup> Ibid.: pág. 103. <sup>3</sup> G. TOFFANIN: Il Secolo senza Roma. Zanichelli, Bologna, 1943, pág. 147. Los versos citados en pág. 148.



y en ese siglo borrascoso, su figura adquiere singular relieve. Si con San Francisco estamos en la poesía, con Salimbene nos reintegramos al mundo de la prosa<sup>4</sup>.

Si la figura de nuestro cronista aparece compleja y a veces vacilante, se debe al encuentro en su persona de la mentalidad de los mercaderes con la mentalidad de los monjes. Los mismos frailes estaban divididos entre el joaquinismo que buscaba la emancipación de la creciente sociedad laica, como obra perecedera de Satanás, y el antijoaquinismo de los que apoyaban el evento laico contra lo apocalíptico insinuado. Salimbene comienza estando con los primeros, aguardando como ellos la edad del espíritu; luego abandona esa dirección para no aceptar sino lo que ve. En esa doble orientación de los religiosos, la de los gentilhombres que apuntando al joaquinismo sólo salen de él por el camino de la santidad o el de la herejía, y el de los hombres vulgares que adecuándose al siglo, comprometen las premisas de su vocación religiosa, no hay más acuerdo que el de la certidumbre<sup>5</sup>.

En medio de su desconcierto, de su tantear vacilante, Salimbene queda como una tímida y débil voz de los impulsos prehumanistas en lucha contra el invadiente averroísmo, como se observa en las indicaciones que hace de la afición de fray Elías de Cortona por astrólogos y alquimistas, en lo que coincide con su amigo y semejante Federico II, al que Toffanin niega la firme convicción de la *Renovatio Imperii*, y que privado de Pier della Vigna, al que define como humanista de cuarto orden, sólo quedó rodeado de nigromantes<sup>6</sup>.

También Gebhart coincide en definir a Salimbene como religioso calmo, de celo discreto, extrañamente desenvuelto frente a las prácticas litúrgicas y los sacrificios del oficio nocturno, difíciles en invierno por el frío, molestos en el verano por el calor y los piojos...<sup>7</sup>

¿Hace falta decir que estos hombres que predicaban y exaltaban el ideal de la vida evangélica no la vivían en realidad en su plenitud? ¿De este desencuentro entre anhelos y realidad aprovecharía la Curia, temerosa del efecto que podía surtir esta prédica del primitivo ideal evangélico, para las exigencias de su poder temporal. Su habilidad diplomática se serviría de estos hombres para armonizar las nuevas doctrinas con las realidades de sus directivas oficiales<sup>8</sup>.

Por si fuera menester el testimonio directo de este aserto, nuestro cronista no lo escatima, pudiendo así comprobarse que la vocación religiosa nunca fue en él más que la vestimenta exterior de otros motivos personales, decididamente antiheroicos. De noche, en el silencio de su celda, reflexionando sobre el cotidiano laborar, surge de su espíritu una voz en la que el siglo prima sobre el destino elegido, hecho de ásperas renunciaciones y frutos discutibles. Revelaba acaso comprensión de los ideales del franciscanismo esa su apelación del libro de los Proverbios X: "*Non affliquet Dominus fame animan iusti, quare non das abundanter servis et amicis tuis, que te laudant et benedicunt, me cum tanto labore (et rubore) mendicare cogantur?*"<sup>9</sup>.

Dentro del plano de la estricta lógica, ¿a qué lamentar un destino tan arduamente cumplido? ¿A qué la disputa con su padre si la vocación así se frustraba? ¿Es que era realmente vocación religiosa la suya, de pobreza y mansedumbre, en el Instituto que había elegido, o simplemente una simulada huida del siglo que a tan duro precio pagaba?

<sup>4</sup> Ibid.: págs. 150-51. <sup>5</sup> Ibid.: pág. 158. <sup>6</sup> Ibid.: págs. 163-65. <sup>7</sup> E. GEBHART: op. cit., págs. 176-79. <sup>8</sup> N. SCIVOLETTO: op. cit., pág. 153. <sup>9</sup> H. E.: pág. 46.



Si nos atenemos a otras manifestaciones ya reseñadas, su gusto prolijamente documentado, por los manjares y el buen vino, su ojo experto para con las mujeres, debemos pensar que Salimbene no tenía de franciscano sino el sayo. Podemos concederle sí, que esa perplejidad suya estaba hecha de motivos inconscientes, como si el hombre asomase, sin proponérselo debajo del hábito, dejándolo en descubierto a su pesar, pero sin que él lo advierta con claridad. Esto en cuanto al ideal de pobreza; en cuanto a la mansedumbre, ¿qué pensar de su justicia vengadora, de sus actitudes intolerantes, de los episodios que narra donde transparenta inexorable un Talión sin esperanzas? ¿Conoce el Evangelio? A juzgar por el espíritu de su Crónica, éste no dejó en su alma ningún sedimento, nada que apagase esa mezquindad cerrada, esa intolerancia vengadora, esa sed de predominio para él y los suyos. Su ojo alerta discierne a los demás en la medida en que le benefician, o enaltecen a su Orden que en su pluma hace figura de corporación con intereses laicos, apegado como está a una fórmula de intereses materiales y pequeños.

Ese siglo divorciado de la ley cristiana, a la que se ve como enemiga de sus tendencias dominantes, siglo pagano si cabe el término que plácele usar a Toffanin, tiene en Salimbene un máximo exponente que con su Crónica logra reflejarlo en toda su compleja amplitud.

## II

¿Es Salimbene indiferente a los intereses culturales de su tiempo? ¿Respondía con ello a la desconfianza de la Iglesia por la ciencia que se extendía, y al espíritu del Fundador, como pretende Scivoletto?<sup>10</sup>

No nos sentimos tan dispuestos en este caso al asentimiento. Si no le interesaba la cultura, ¿a qué la prolija distinción que hace entre hombres letrados e incultos, y que difícilmente abandona en todas sus caracterizaciones de los personajes? ¿A qué la reseña de las habilidades poéticas de Federico II y de su hijo Enzo? ¿Por qué recoger con tanta prolijidad las incipientes creaciones de la lírica que se estaba insinuando? En ese su vituperio de las necesidades e incultura de los Apostólicos, ¿no resplandece un sentimiento aristocrático del saber y la ilustración? ¿No se complace él mismo en exhibir sus conocimientos bíblicos y profanos, criticando la puerilidad de los que antes de él escribieron de historia?

Creemos que todos estos motivos deben tenerse en cuenta para valorar su obra sin dejarnos llevar por algunos clisés que hace tiempo envejecieron. Además conviene tener muy en cuenta lo observado por Toffanin en lo que se refiere al honesto deseo de saber y las manifestaciones supersticiosas y heterodoxas de una falsa ciencia.

Juzgándolo y comprendiéndolo en su momento, con el criterio que al mismo cabe aplicar, no con el nuestro, no olvidando que hasta el siglo xvii tenemos una historiografía poco diferente de la suya, y que Italia no es toda Europa, podemos inferir que su labor sin responder a las exigencias del método científico, que aún no se había formulado, es de utilidad y mérito.

Es indudable que su narración no sigue siempre un motivo ordenador, que los materiales acarreados se depositan como derrumbados, sin elevar la construcción que deseáramos; pero en ellos, cuántas sugerencias, cuán-

<sup>10</sup> N. SCIVOLETTO: op. cit., pág. 104.



tos datos preciosos para los que viniesen después, cuánto espíritu flotando en los folios como para que de entre sus páginas descarnadas, extraigamos la savia vital del nuevo tiempo. Que conserva mucho de la vieja crónica, es indudable; pero también reconozcámosle cierto sentido de selección, chispazos clarificadores de su mundo contemporáneo, un verbo, un adjetivo justo, que dan al relato conspicua fuerza.

La tarea de juzgar a los otros, si es honesta, ya que del juicio fácil estamos advertidos, es tarea ímproba y compleja, tanto como decir que fue tal o cual acontecimiento, costumbre o institución. Por eso no enmarcaremos al desconcertante Fra Salimbene de Adam, dentro de la pretendida objetividad, que nunca, a pesar de las apariencias, deja de ser alegato o pasión encubierta. Preferimos que con toda su apasionante humanidad de hombre múltiple, interesado y sagaz, nos siga diciendo desde las páginas de su Crónica la difícil y comprometida verdad de su siglo.